

# EL REY DEL AZÚCAR

José Miguel Borja

Al alba, en la deliscuencia del negro al rosa, coincidiendo con la llegada de los bergantines y el vapor correo de Matanzas al puerto de La Habana, se presentaron de súbito los dolores del parto, y doña Julia, con la respiración entrecortada, los recibió en la misma cama matrimonial de palosanto donde tras doce meses de bonanzas, sufrió durante tres años los virulentos esfuerzos de su marido por dejarla preñada, con el miedo acuchillándole las entrañas cada vez que sentía aquel cuerpo grande y peludo restregarse con avidez sobre su vientre. Esperaba que con el alumbramiento cesaran los malos humores de don Luis al ver calmado por fin, el deseo de tener un heredero, un continuador de su pasión por el negocio del azúcar, un orgullo familiar que, desde los tiempos de la conquista, se transmitía de generación en generación.

Los dolores que iban en aumento le hicieron evocar las historias amargas de aquel trienio negro en busca del hijo: visitas a médicos, santeros, curanderos... Don Luis, en su obsesión, removió Roma con Santiago y no dudó en recurrir a todas las ciencias y religiones de la isla. El protomedicato de la Habana en pleno estudió la matriz de su mujer sin encontrar ninguna anomalía que justificara su esterilidad. Pensando que no pudiera engendrar una nueva vida por tratarse de un caso de posesión diabólica intervino el Cardenal-Arzobispo e hizo venir, ex-profeso desde la isla de Santo Domingo, al Penitenciario de la Catedral, sobrino del Inquisidor General de Toledo, que gozaba de justa y merecida fama de exorcista. La santera de Cienfuegos recitó sus salmodias y restregó ungüentos mágicos sobre su vientre, y dos curanderos célebres de la provincia de Camaguey prepararon un bebedizo de hojas de guacocoa que solo consiguió tenerla dos meses al borde de la muerte por un cólico miserere, luego sucedió aquel paréntesis de paz y sosiego durante siete días en el convento de las clarisas de Villaclara, y después siguió el lento transcurrir del tiempo cargado de

penalidades. Hasta que, al fin, un buen día del mes de diciembre, en que sin saber por qué extraño motivo dejaron de florecer las jayabacanas, no le vino el menstuo, y ahora, en septiembre, le llegaba el ansiado hijo. Un hijo que para ella suponía el alivio y la esperanza de que fuera el punto final de sus padecimientos y la liberación del terrible suplicio del débito conyugal, cuando los mimos y ternuras del primer año dieron paso a todo un cúmulo de sufrimientos y vejaciones.

La partera miraba, palpaba y daba consejos a la parturienta que, entre jadeos y gritos quejumbrosos por las contracciones, se esforzaba en echar al mundo a la criatura mientras, en un rincón de la estancia, una mulatica de doce años, con el pasmo reflejado en las pupilas, atizaba los carboncillos del pebetero, y el sahumero inundaba la estancia de dulzones olores a espliego y bignonia.

En la cocina hervía el murmullo del agua en dos grandes pucheros, y Adoración, el ama de llaves, preparaba paños de hilo y sábanas de Holanda ayudada por una cohorte de sirvientas que zascandileaban entre la cocina y el dormitorio admirando aquellos muslos blancos de la señora que la luz del amanecer revestía de nácar.

Tardó más de una hora en aparecer la cabeza envuelta en flujos y humores sanguinolentos, y la mulatica que atendía el pebetero no pudo contener una exclamación:

- ¡Dios mío! ¡Tiene los cabellos de fuego!

A doña Julia le dio un vahído que a punto estuvo de interrumpir el curso normal del alumbramiento y elevó sus ojos a la imagen del Corazón de Jesús, regalo de la Priora del convento de Villaclara, que desde una peana adosada en la pared presidía la habitación. Viéndola desfallecida, sin fuerzas para expulsar a la criatura, con los ojos en blanco y la color quebrada, cundió el pánico entre las mujeres, y la comadre, temiéndose lo peor, mandó aviso urgente al señor médico.

El ama de llaves, que fue educanda de las Monjas Pasionistas de Lisboa y por su condición de calambuca muy dada a oraciones, salmos y novenas, inició el rezo del santo rosario y antes de finalizar el tercer misterio apareció el doctor Valdés vestido con sus negros ropajes y el bonete amarillo de los rectores de Salamanca. Su sola presencia devolvió el sosiego a las sirvientas que contemplaban admiradas su magra y señorial figura intentando vislumbrar el aura que, según decían, desprendía su ahuevada cabeza llena de talento.

El doctor Valdés tuvo un gesto de sorpresa por el enorme parecido de doña Julia con su prima Laura Esquivel, pero se repuso al instante y mandó que se retirase todo el personal excepto la matrona; se sentó junto a la cama, sacó una hoja de álamo plateado de entre las páginas de su inseparable vademecum y la pasó por la frente de la parturienta, luego tomó con delicadeza la mano de doña Julia entre las suyas y comenzó a susurrar unas palabras en su oído. La paz volvió al semblante de la señora, el niño se deslizó suavemente y la partera apenas tuvo tiempo de recoger al recién nacido que con sus lloros anunció el final del parto. El doctor Valdés curaba solo con la palabra.

Al mediodía, después del toque del Ángelus, llegó el silencio impuesto por la verticalidad lacerante del sol tropical que ahuyentaba a las gentes y a los animales de calles y plazas, y doña Julia, agotada por el esfuerzo, quedóse dormida. En su sueño apareció el día feliz de su boda en Sevilla: las campanas de la Giralda llenaban el cielo de alborozo, revoloteaban las palomas como señal de buen augurio, y una novia radiante de veinticinco años, en la calesa de fiesta de los Mendoza, llegaba a la puerta de la catedral donde un caballero de buena planta, rondando los cuarenta, pelo negro ensortijado, a juego con el color de unos ojos que parecían comer con la mirada, la esperaba para casarse.

La capilla de la Virgen de la Asunción, con las paredes cubiertas de una magnífica selección de pintura italiana, donación del duque de Medinaceli, estaba

iluminada por la luz multicolor que se filtraba a través de las vidrieras y envuelta en una nube de incienso. Olía también a cera y a rosas de otoño, y los seises cantaban el Aleluya de Haendel.

- Te voy a convertir en la reina del azúcar.

Ella pensó en deleites y melodías nupciales y, con esa creencia, embarcó rumbo a Cuba la misma tarde de la boda. Y a decir verdad, ternuras y arrumacos abundaron a lo largo de los días de navegación. Tanto en las jornadas de calma, cuando la mar tranquila y la ausencia de viento invitaban a largos paseos por cubierta, como en los días en que el mal tiempo obligaba a permanecer en la intimidad del camarote donde aquel hombretón se derretía en ternuras, mimos y garatusas haciéndola gozar, con el descubrimiento de los placeres que guardaba su cuerpo, momentos de infinita felicidad nunca soñados, donde ella encontraba la embriaguez de la virginidad perdida.

Tras los sofocos y arrebatos, iniciaba él la conversación dulce y placentera contándole las maravillas que encerraba su mágica isla y la felicidad que le aguardaba como princesa de un insólito cuento de hadas tropicales en un paisaje poblado por exóticas plantas y pájaros policromados que poseían el don maravilloso del habla. Pero al final, don Luis de Villena siempre acababa hablándole de sus grandes plantaciones de cañamiel y de sus innumerables ingenios y trapiches donde se producía el mejor azúcar del mundo. Luego volvía otra vez a buscar en ella las dulzuras del placer y con la lengua recorría su cuerpo estremecido por la emoción y el deseo.

Estaba pendiente en todo momento de sus caprichos, cualquier ocasión era buena para una caricia; se entretenía peinando el oro de su pelo sedoso, y, devoto, se arrodillaba ante ella para desatar sus botines de cordobán y frotarle los pies tras el largo paseo por cubierta.

En La Habana la esperaba un magnífico palacio, una servidumbre fiel, y todos los lujos y comodidades de la casa de un personaje al que se le conocía como El Rey del Azúcar. Un rey que parecía dulce y acabó siendo implacable y despiadado por su obsesión en que le diera un hijo. Un rey que guardaba oculto a los ojos del mundo el gran secreto de su impotencia; un secreto que ni él mismo conocía, envuelto en su soberbia de macho poseedor; un secreto que descubrió Levítica, la santera de Cienfuegos, una mujer gallaruzca y matrona hija de un célebre behique al que la Santa Inquisición sometió a tormento cuando alumbraba el siglo, y perfecta conocedora de la vida en la casa de Villaclara, donde don Luis vivía de lunes a jueves entregado a la administración y cuidado de sus ingenios y trapiches.

Don Luis de Villena y Braganza, cuarenta y cuatro años altos y fornidos, piloso, cogotudo, de maneras bruscas y trato difícil, Hermano Mayor de la Real y Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo establecida en la muy ilustre catedral de Villaclara, el mayor propietario de trapiches y plantaciones de cañaduz de la isla de Cuba, descendiente por línea directa de un hijo bastardo del virrey del Perú don Francisco de Borja de Aragón y Villena, que trajo a la isla las primeras plantas de la caña de azúcar, llegó muy cansado del ingenio, se tumbó en la hamaca sujeta entre dos columnas del patio porticado que rodeaba el jardín poblado de dagames y jayacabanás, y permaneció con la mirada perdida mientras el aire se poblaba de los tenues rumores que llegaban desde la plaza de la catedral envueltos por la salmodia de los canónigos cantando completas.

Cuando sus antepasados llegaron a Cuba, decidieron que el lugar ideal para el cultivo de la cañamiel eran las tierras del centro de la isla que los

aborígenes llamaban Cubanacán, alrededor del pequeño poblado del Asiento Viejo del Cayo. Desde entonces las tierras, los ingenios, los trapiches, los cañamelares, los esclavos y la gran casona solariega con el escudo del toro borgiano de los fundadores, levantada en la plaza de la catedral, fueron pasando de padres a hijos.

La luz del breve atardecer tropical menguaba entre rosácea y amoratada y casi de repente, llegó la oscuridad borrando los lejanos recuerdos. Candelaria, la mondonguera, acudió trayéndole el vaso de ron frío con hojas de hierbabuena y una rodajita de limón, y desapareció como una sombra en el silencio de la casa.

La casona de Villaclara estaba al cuidado de Juan de Dios y Diamantina, una pareja de zambaigos muy serviciales, honrados a carta cabal, que ocupaban dos habitaciones en la planta baja. En el resto, sin tabicar, convertido en un almacén de aperos, hasta los corrales situados en la trasera del patio, se apiñaban varias docenas de esclavos para el servicio de la casa y los trapiches cercanos a la población.

Don Luis, cada semana, cuando venía de La Habana para pasar los cuatro días en Villaclara, habitaba el piso superior lleno de recuerdos bélicos de antiguas dominaciones y conquistas: viejas armaduras oxidadas y panoplias repletas de lanzas, sables, ballestas, arcabuces, pistolas... Allí comía, recibía a los amigos, no muy numerosos, y leía en "El Eco de Villaclara":

*Se solicitan 6 u 8 hombres blancos o de color, libres que quieran acomodarse para los trabajos de un ingenio; ocúrrase al de D. Salvador Martí o a la casa esquina contigua a la del Ldo. Joaquín Pérez de Prado.*

*Se avisa a las personas que no han pagado el diezmo de cuarton de los Cabezones pasen a tomar el recibo lo más pronto en la tienda del Sr. D. Andrés González, en la calle de Santa Teresita.*

*Se vende un negro calesero, joven, sano y sin tacha, buen cocinero e inteligente en los trabajos del campo, además un carruaje de muy buen uso con los arreos de pareja y cuatro o seis caballos maestros. También se vende una negra de nación, joven, regular cocinera y lavandera o se permuta por otra pequeña; ocúrrase a D. Antonio Grozo.*

*Se vende o se alquila una esclava de buen servicio para una familia, sana y sin vicios; en esta imprenta se informará.*

*Un individuo inteligente en la elaboración de azúcar de caña y la de miel de purga se ofrece a los Srs. hacendados de esta villa; en la casa de D. Vicente González, darán razón.*

#### *ESCLAVO PRÓFUGO*

*Del ingenio Sin Nombre del Ldo. Manuel Giménez se ha fugado hará doce días, un negro nombrado Santiago, joven, lampiño, de estatura regular, trabado, color un poco colorado, ojos saltones y muy ladino aunque es de nación Congo; tiene una cicatriz en el labio superior y es quebrado, por lo que usa braguero. Va vestido con camisa y calzones de rusia y otra camisa de bayeta verde, debiendo llevar sombrero de guano y hasta un gorro de colores. El que lo aprenriere y entregare a su dueño, sería bien gratificado, y si alguno lo ocultare se le reclamarán los perjuicios.*

*VACUNA: Hoy se administrará en la casa del Dr. D. José Felipe Fernández a las cuatro de la tarde.*

*TEATRO (con permiso del Gobierno).*

*Hoy sábado se pondrá en escena el acreditado drama cómico traducido por D. Ventura a la Vega nombrado “Amor de Madre”. Y la chistosísima pieza en un acto nominada: “Las Citas a media noche”. Precios por una función: Palcos del primer piso, 1 peso y cinco reales sevillanos. Ídem del segundo, 2 pesos. Luneta, 2 reales sevillanos. Entrada general de 4 reales ídem.*

Pero don Luis no se decidió por el teatro, y como acostumbraba la mayoría de las noches, para conciliar el sueño pidió que le subieran alguna mulatica. Mulaticas, que ni por casualidad quedaban preñadas por más que don Luis insistía una y otra vez en las noches largas y húmedas de Villaclara. Por eso, cuando nueve meses antes, Levítica, la santera, fue llamada de nuevo a la Habana por don Luis para intentar por segunda vez poner remedio a la esterilidad de doña Julia, ya sabía dónde se ocultaba la dificultad y tenía pensada la receta:

- La señora deberá recluirse durante una semana en el Convento de las Clarisas de Villaclara. Allí me acompañarán tres mujeres de la Martinica para realizar una nueva ceremonia de rito mengue que ha dado muy buenos resultados en las Antillas francesas.

- ¿Y por qué en el convento y no en mi propia casa? -preguntó Don Luis.

- ¿Acaso no sabéis que las clarisas guardan en su oratorio de Villaclara el cingulo de san Francisco de Asís que se ciñó la duquesa Juana para alumbrar a san Francisco de Borja?

Obcecado por el deseo del hijo, don Luis no reparó en la descabellada idea. El vicario episcopal, dispuesto siempre a satisfacer los deseos del Hermano Mayor de la Real y Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo, dictó las oportunas providencias, y Sor Manuela de la Cruz, priora del convento, la del célebre lobanillo en la sotabarba del que manaba sangre los viernes de cuaresma, venciendo la profunda aversión que le producía el hijo del asesino de su padre, dio todas las facilidades para que la voluntad de aquel descendiente de la familia Borja, tan ligada siempre a la santa congregación de las clarisas, tuviera el convento, del que era espléndido y magnánimo benefactor, a su entera disposición.

Habilitáronse las olvidadas dependencias del ala sur que llevaban cerradas largos años guardando polvo, telarañas y murciélagos; se retiraron las celosías

que cubrían las ventanas desde donde se divisaba la sierra de Escambray serpenteada por el río Arimao, lleno de cabalísticas leyendas, que espejeaba sus meandros a la caída del sol; enjalbegaron las paredes, pintaron las puertas de añil, y en la estancia destinada a doña Julia desempolvaron las imágenes que reposaban en sus hornacinas, colgaron reposteros y tapices de Flandes y pusieron muebles franceses y la cama de bronce con esmaltes de santos que guardaban para la visita anual del señor Arzobispo. Instalaron también un baldaquino de gasa para preservar a la señora de las picaduras de los mosquitos; limpiaron el jardín de pitajayas, matanegros y guacolotes dejando solo las palmeras buscando el cielo y volvieron a poner en uso un balancín de los tiempos del cólera que, según decía el padre García Márquez, cronista del convento, usaba Sierva María, una posesa que murió de amor en aquel columpio con los ojos radiantes y la piel de recién nacida mientras los troncos de los cabellos le brotaban como burbujas en el cráneo rapado.

Bebía a pequeños sorbos saboreando el ron y una de las veces, al acercarse el vaso a los labios, observó en el dorso de la mano unas manchas oscuras de sangre reseca. Con frecuencia se le iba la mano con el zurriago; aunque tenía bien aleccionados a los mayores para que hostigaran a la negrada también a él le gustaba meter el látigo o el hierro entre bagaceros, juntadores y cargadores de caña mientras Pepe Antonio, el maestro de azúcar que gobernaba la casa de calderas, le miraba con gesto desaprobatorio.

A Pepe Antonio, un gallego alto, con treinta y tres años recién cumplidos, barbitaheño, de ojos verdes y de muy buenas maneras que fue seminarista en Santiago de Compostela, se lo llevaban los demonios, y aunque algunas veces, en ausencia del amo, hablaba a los negros intentando fomentar en ellos la idea de la libertad, tal como predicaba su amigo Carlos Manuel de Céspedes, nunca se

atrevió a dar el paso definitivo y encabezar una rebelión entre los cientos de trabajadores de los trapiches que vivían reducidos a la condición de bestias.

Volvió ahora al ensueño de la parturienta aquel primer año espléndido de alegrías en su descubrimiento de la vida cubana. Aquella luz blanquísima y cegadora, como nunca viera en sus marismas sevillanas que la recibió cuando, de amanecida, el vapor fondeó junto al muelle de la Real Tesorería, y la mezcla de nuevos olores y dulzonas vaharadas que hizo temblar las aletas de su nariz.

Presenciaba atónita la maniobra de atraque y amarre subrayada por el silbato del contramaestre y las voces de órdenes del capitán, y, al punto un sinnúmero de hombres fornidos, de cuerpos satinados entre el betún y el chocolate, rebosantes de excitante sensualidad en sus movimientos, comenzaron la algarabía del desembarco de fardos y equipajes; por un momento los vio desnudos en toda su extraordinaria belleza y tuvo la sensación de pecado; cerró los ojos y musitó una jaculatoria. Su marido la vio turbada y, atrayéndola junto a él, le dio un beso que ella agradeció mientras la multitud en el muelle, curiosa y expectante, agitaba pañuelos y daba gritos de bienvenida al pasaje.

Les esperaba el viejo Napoleón al pescante de la calesa descubierta tirada por dos soberbios caballos de color almacigado con mucho lujo de guarnicionería y el escudo de armas de don Luis. Subió al coche envuelta en el resplandor de la seda y la blancura de sus organzas, protegiéndose del sol con una graciosa pabela de raso cuyas cintas volaban al viento a modo de gallardetes como la bandera que ondeaba en lo alto de la Garita de la Maestranza. Hermosa, elegante, orgullosa,

sentada al lado de su marido inició el paseo triunfal entre el gentío algarazado que llenaba los muelles camino del palacio del Rey del Azúcar.

Desde que el barco atracara en el muelle, no podía asimilar tanta belleza, la intensidad de las sensaciones que absorbía por todos los poros de su cuerpo se acentuaba a medida que la calesa avanzaba entre el paisaje urbano saturado por un estallido de tonalidades que hacía de las calles habaneras un lugar admirable y caprichoso lejos de la blancura monótona de su Andalucía. La Alameda de Paula mostraba las bellas fachadas donde se juntaban, en una armonía heterogénea, intimidades mudéjares con estilos neoclásicos y coloniales mezclados a veces con barrocos y churriguerescos portales de piedra labrada. Luego, al torcer a la izquierda y enfilarse la Calle de los Oficios, resguardada de las brisas del mar, le impresionó la larga sucesión de balcones cubiertos por celosías, y, al llegar a la Plaza Vieja, pasmada ante la belleza del palacio de don Luis de Villena, apretó entre las suyas las manos del esposo y el carruaje atravesó el portalón de alabastro sostenido por dos atlantes.

Tenía razón su marido cuando le decía en aquel corto mes de noviazgo bajo los naranjales de Sevilla:

- Te enamorarás de Cuba. Se apoderará de ti. Te seducirá como yo estoy cautivado por tus encantos.

Y se abrazaban llenándose de besos, envueltos por el aroma de los naranjos nevados de azahar.

La carroza hizo su entrada en el patio principal y la legión de sirvientes, que esperaba para darles la bienvenida, prorrumpió en aplausos cuando el amo la tomó en brazos para bajarla del carruaje y la llevó en volandas por la escalinata hasta el salón principal del primer piso. Un salón, cargado de historia, donde el Gobernador de la isla recibía las audiencias de protocolo durante el tiempo posterior al gran terremoto que destruyó parte del palacio oficial de los Capitanes Generales.

A la semana siguiente de su llegada, don Luis organizó una fiesta de bienvenida. Pero tuvo buen cuidado en que fuera una recepción seria y de respeto, un rendibú de mucho fingimiento; la antítesis de aquellas célebres reuniones licenciosas con que solía divertirse la buena sociedad de La Habana. Y en aquel salón noble, ahogado por el oro de las cornucopias, resplandeciente con la luz de las arañas de cristal de Bohemia y enriquecido con la mejor colección de pintura holandesa que se conservaba en el Caribe, sentó en el trono, que antaño usó el Gobernador, a la sevillana gentil y donairoso para que comenzara ya a ejercer como Reina del Azúcar. Y de pie, a su lado, fue nombrado uno por uno a todos los asistentes, desde el Cardenal-Arzbispo recién purpurado, el Penitenciario y los Magistrales de la catedral, hasta el Gobernador General, un vividor que desde su cargo omnímodo y omnipotente manejaba, con otros próceres de la isla, el negocio de la compra y venta de esclavos, pasando por los Partagás que reinaban en los asuntos del tabaco, los Balboa por cuyas manos pasaba todo el café cubano, la Marquesa de Esquilache, alcahueta de prestigio, y una serie de artistas que daban lustre a la buena sociedad, como el pintor Landaluze, el novelista Cirilo Villaverde, y el escultor Giuseppe Gaggini, al que pocos días después, con el beneplácito de don Luis, serviría de modelo para la estatua "La Noble Habana", que al año siguiente se inauguró en el centro del Paseo del Prado frente al Campo de Marte.

Durante aquel primer año fue la mujer más feliz y envidiada de la Habana. Ajena a cuanto sucedía en Villaclara -a su marido nunca se le ocurrió llevarla a conocer la casona, las plantaciones y los ingenios- vivía como una reina mimada por él de viernes a domingo, y de lunes a jueves ocupándose del Palacio que también guardaba su parte de misterio y leyenda en las habitaciones del segundo piso que, por mandato expreso de don Luis, estaban prohibidas a todo el personal de la casa.

Doña Julia trajo desde Sevilla un sinfín de muebles, cuadros y otros objetos de su especial predilección y se ocupaba de redecorar toda aquella enorme casona ejerciendo de dueña y señora en su actual condición de esposa de don Luis de Villena. Le encantaba que Adoración, el ama de llaves, que llegó muy jovencita a Cuba como doncella de la madre de su marido, doña Virtudes de Braganza, le enseñara los secretos de la cocina y las historias de toda la servidumbre a la que, desconocedora de las costumbres de la isla, trataba con la sencillez y el encanto con que acostumbraba en su casa de Sevilla. Recibía lecciones de música del célebre profesor granadino Osvaldo Ruiz para perfeccionar sus estudios de piano, pues de ningún modo quería perder el recuerdo sonoro de su Andalucía y pasaba mucho tiempo frente al bastidor bordando, ilusionada, la ropa para el niño que pronto iba a venir.

Algunas tardes, Napoleón la llevaba en el quitrín, acompañada de su doncella Rosinda, para conocer los maravillosos alrededores de La Habana. Y los lunes y miércoles visitaba el asilo y el orfanato de Nuestra Señora de la Leche, donde, ante la presencia de los recién nacidos, sentía la llamada de la maternidad mientras un monjerío de tocas almidonadas revoloteaba entre las cunas.

Una tarde de sábado, tras aquellas siestas gozosas repletas de mimos y arrebatos amorosos, doña Julia arrebujaada contra el cuerpo desnudo de su esposo le susurró al oído:

- Llevamos casi un año de matrimonio y todavía no he logrado ganarme vuestra confianza.

Don Luis se volvió hacia ella y preguntó sellando su boca con un beso:

- ¿Pero qué cosas se le ocurren a mi niña?

Ella hizo un mohín de pena y respondió cubriéndose con las sábanas:

- Vuestra niña está muy disgustada porque cree que le ocultáis parte de vuestra vida.

- Mi vida os pertenece por entero -contestó mientras la abrazaba.

Doña Julia se liberó del abrazo y sentándose en la cama siguió el juego entre seria y risueña:

- Por lo menos, sé de dos secretos.

Él se puso de rodillas frente a ella, sonrió tomando sus pezones entre los dedos y le respondió con afectada seriedad:

- Os juro por lo más sagrado que no tengo secretos para vos.

- Sí, y no son precisamente estos dos que acariciáis -contestó ella dejándose hacer.

- Pues no voy a soltarlos hasta que me digáis cuáles son esos dos secretos que tanto os preocupan.

Le miró a los ojos y le preguntó:

- ¿Qué hacéis durante toda la semana en Villaclara? y ¿Qué guardáis en las habitaciones del segundo piso?

- ¿Ésas son todas vuestras preocupaciones?

- ¿Os parece poco no saber de vuestra vida durante cinco días a la semana y no poder entrar en las habitaciones de mi propia casa?

Don Luis intentó abrazarla y fundirse en el amor para obviar la respuesta pero ella, por primera vez, lo rechazó sin dejar de sonreírle.

- Ah. No, no. Si algo queréis, respondedme primero.

- Está bien, os confesaré mis dos secretos. En Villaclara trabajo vigilando de cerca nuestras plantaciones mientras me consumo esperando el viernes para volver a vuestro lado.

Doña Julia insistió con suave firmeza:

- ¿Y mi otra preocupación?

- Se trata de un secreto de familia. A las habitaciones del segundo piso no se puede entrar por una promesa que les hice a mis padres.

- ¿Una promesa?

- Sí. Ellos, pensando en su nieto, mucho antes que yo me casara, le construyeron un paraíso particular y llenaron las habitaciones con la más grande colección de juguetes traídos de Europa. Y yo he querido mantener su ilusión hasta que llegara el heredero.

- ¿Entonces...?

- Sencillamente que no existen secretos. Y si vos lo tenéis a bien os pediría que por respeto al deseo de mis padres las mantuviéramos cerradas hasta que podáis subir con nuestro hijo.

Ahora fue ella quien le abrazó llenándole de besos.

El final de aquel año de delicias coincidió con la inauguración del célebre monumento del escultor Gaggini.

Era un domingo excesivamente caluroso pero la gente, con sus mejores galas, llenaba el Paseo del Prado. El alcalde tiró de la bandera española que cubría la estatua, la multitud prorrumpió en aplausos, miles de palomas asustadas levantaron el vuelo y la banda municipal inició con brío una marcha militar. La visión de la estatua con los pechos descubiertos produjo en don Luis el primer latigazo de celos, una mordedura en su orgullo como nunca imaginó que pudiera sentir. Lívido de rabia tomó a su mujer del brazo y la arrastró fuera de la tribuna

de autoridades, desde donde el alcalde pronunciaba el discurso oficial a las gentes que se apiñaban alrededor admiradas de la perfección de la obra.

Todavía sonaban los aplausos cuando don Luis, crispado el rostro, preguntaba:

- ¿Qué hubo entre vosotros?

En su inocencia, Julia le miró extrañada sin saber qué responder. Ella solo tenía un hombre en su pensamiento: su marido; el enamorado con el que durante un año gozó la más fascinadora luna de miel que nadie pudiera imaginar, y hoy, por primera vez, percibía en su mirada un brillo de ruindad y perfidia que la atemorizó. Aquella noche no la tocó. Llamó a la doncella y permaneció sentado en un sillón observando cómo Rosinda y la mulatica la ayudaban a desvestirse subyugado por la belleza de aquel cuerpo que todavía lo enloquecía. Fue la primera noche que doña Julia no logró conciliar el sueño, el tic-tac del reloj de péndulo martilleaba sus sienes y de madrugada oyó cantar a los gallos, sin haber pegado ojo, sobrecogida por aquella reacción tan inesperada y violenta.

Y los mismos insomnios y duermevelas continuaron en la soledad de la cama con la vista perdida en las pinturas del techo débilmente iluminadas por el quinqué que no se atrevía a apagar por temor a la oscuridad, mientras aquel dechado de marido, otrora gentil y enamorado, dejaba transcurrir dos meses sin acercarse a ella para comprobar la ausencia de faltas en su sanguina. Y, aunque esta prueba evidente de la inexistencia de embarazo no le devolvió la paz ni aplacó sus celos, al tercer mes tornó de nuevo al lecho marital dispuesto a lograr la preñez a toda costa; pero a partir de entonces todo fue diferente. Se iniciaba un largo y angustioso período de pesadillas que duraría tres años.

Al atardecer, volvió el bullicio callejero bajo los balcones de palacio donde se juntaban la Plaza Vieja y la de San Francisco, voces pregonando siropes y aljofores, la charanga de unos volatineros, el ladrido de los perros y... el llanto

del recién nacido despertó a doña Julia. La comadrona le acercó al niño para que le diera el pecho. Desabotonó el camisón y acercó el pezón a la boca del niño. Succionó éste con avidez y al momento apartó la boca babeando y devolvió las pocas gotas de leche. Jesualda con toda su sapiencia en recién nacidos advirtió:

- No le deje que se separe. Al principio cuesta, hasta que se acostumbra.

Doña Julia intentó de nuevo que el niño se cogiera al pezón amoratado, pero éste apretó los labios con fuerza en un gesto de repulsa. Las hábiles manos de Jesualda manipularon la carita del recién nacido para que abriera la boca, pero el niño se convulsionó con un ñeque impropio de sus pocas horas de vida y rompió a llorar. La madre intentó aplacar el llanto acunándolo contra su regazo.

- ¡Ea! ¡Ea! mi niño. ¡Ea! ¡Ea! no llores, no llores...

En cuanto se calmó, lo intentaron otra vez; pero el gapaleo y el berrinche fueron de tal intensidad, que la criatura se puso colorada como una brasa y la comadre tuvo que quitarle los pañales dejándola desnudita para aliviarla del sofocón. Luego, una vez aquietado, depositó en la cuna aquel pedazo de carne encendida y le frotó el cuerpecito con agua de caléndulas para calmar su desasosiego.

Jesualda del Perpetuo Socorro gozaba de alta consideración y de merecida fama entre las mejores familias de La Habana que la solicitaban con meses de antelación para que atendiera a las parturientas, no solo en el momento del parto, sino durante la semana siguiente en los primeros días de lactancia. Era una mujer frágil y cujita, con unas manos virtuosas dotadas de una fuerza y destreza inusitadas para hurgar en las vaginas de la buena sociedad habanera. Contaba ya medio siglo pero, desde los veintisiete años en que se inició en el oficio, hízose arrancar todos los dientes para, de esta manera, poder aliviar a las recién paridas cuando la criatura se negaba a mamar y los pechos poníanse duros como ciñuelas a punto de estallar. Doña Julia comenzaba a quejarse del dolor que le producía la

subida de la leche y Jesualda del Perpetuo Socorro mamó con sus encías desdentadas y mitigó sus padecimientos, luego entornó las contraventanas, se atenuaron las claridades y los ruidos procedentes de la calle, y todo quedó sosegado y tranquilo.

Al cabo de unas horas la comadrona llevó de nuevo al recién nacido junto a su madre, y en el mismo instante en que las primeras gotas de leche entraron en su boca comenzó la llantina. Los espasmos fueron de tal violencia que obligaron a retirar al niño a toda prisa mientras las figuras pintadas en el techo por Federico Mialhe, representando una alegoría del cultivo de la caña de azúcar, contemplaban asombradas lo que sucedía en aquella habitación. Jesualda indicó a doña Julia que le diera el otro pecho, pero la reacción fue la misma y tuvo que separar a la criatura que parecía posesa cuando se la acercaba al pecho de la madre, que sin salir de su asombro preguntó:

- ¿Tendrá algo mi leche?

- Vuestra leche es magnífica y está en su punto exacto de dulzor -contestó Jesualda relamiéndose las encías, mientras abotonaba el camisón guardando el precioso tesoro de aquellos pechos exuberantes-. Quizá el niño tenga aversión por lo dulce.

La mulatica que atendía el pebetero se sorprendió de que al niño no le gustara la dulzura de la leche materna; la insólita noticia se extendió rápidamente por todas las dependencias del palacio del Rey del Azúcar y, poco a poco, se fueron congregando otra vez en la habitación, doncellas, sirvientas, esclavas,

mucamas y todo el personal de la casa, con el estupor reflejado en el semblante, para admirar a aquel extraño recién nacido.

Jesualda pidió a la cocinera que trajera un platito de sal refinada y la comadrona untó el dedo meñique y lo puso en la boca de la criatura. Ésta abrió los ojos por primera vez, y ante el pasmo general, comenzó a chupar el dedo con gran deleite.

Adoración, la devota ama de llaves, mandó traer un vasito de leche, apartó la cacuja, diluyó una cucharadita de sal y entre un murmullo de letanías y gloria patris, se lo acercó a la boca y el niño lo bebió con fricción. Luego quedóse muy sosegado con sus grandes ojos esmeraldinos mirando al techo como sonriendo a todos los personajes que se afanaban en el trasiego de la cañaduz. Rosalinda, la doncella particular de doña Julia, abrió las contraventanas y la habitación semioscura perdió todo su misterio, mientras los presentes desfilaban ante la cuna para contemplar de cerca al recién nacido que permanecía inmóvil como una figurita del niño Jesús. Cuando se acercó Napoleón, el calesero, con el sombrero de copa entre las manos, hizo un saludo con la cabeza descubierta y sentenció:

- De un niño que llega con tres años de retraso no se puede esperar nada bueno.

Doña Julia oyó el comentario, y se le ensombreció el semblante. Miró la imagen que presidía la habitación y musitó:

- ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!

Nadie más oyó el mal augurio de Napoleón y desde ese mismo día, pensando que con la llegada del heredero al fin acabarían los malos humores del amo, el niño se convirtió en el bitongo de todo el personal de la casa que ahora celebraba el nacimiento con gran regocijo y algarabía hartándose en la cocina de bienmesabes, cusubes y frangollos.

A Napoleón no le faltaban motivos para desconfiar sabiendo que Levítica, la santera de Cienfuegos, tuvo que ver con la llegada al mundo de la criatura. Su

conocimiento de Levítica venía de antiguo. Aún no había cumplido Levítica los trece años cuando el Tribunal de la Santa Inquisición se estableció en Cienfuegos, en el castillo de Jagua, y una de las primeras personas a las que el Santo Oficio llamó a declarar fue a su padre, el célebre Behique Francisco Abraham cuya fama de brujo y curandero se extendía por todo el sur de la isla, y por cuyo chinchal desfilaban todos los días decenas de personas aterrilladas en busca de sus poderes mágicos. Los métodos inquisitoriales de tortura con olor a carne quemada eran sobradamente conocidos y Levítica, que desde pequeña solía acompañar a su padre en todos los rituales, temiendo que el largo brazo de los inquisidores tomase represalias entre la familia, decidió marchar a La Habana y emplearse en la pulpería de unos conocidos de su madre cerca de la calle de los Oficios.

La muchachica era un prodigio de belleza adornada con mucha sandunga, alegre y siempre de ribote con los parroquianos. Napo que contaba entonces quince años y trabajaba de mozo de cuerdas en el palacio de los Villena, la conoció un buen día, se gustaron y se hicieron novios. Napo, por su hechuras y decires, también tenía el aspecto de hacer feliz a cualquier mujer y durante tres años disfrutaron de un noviazgo al completo en el soberao de la pulpería donde Levítica tenía su dormitorio.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estampas de santos y exvotos de cera. Además de la cama, silla y bacinica, había una mesa con frascos de cristal repletos de hojas secas de diversas plantas salutíferas, un mortero y una botella de aceite de aloe para preparar los ungüentos; presidía la mesa un pequeño caguayo disecado alrededor del cual encendía dos velones que seguramente afaná en la iglesia de Nuestra Señora de las Ánimas. Allí celebraba todas las noches, con gran recogimiento, ciertos rituales que el bueno de Napo contemplaba sin

comprender nada esperando que terminara la ceremonia para iniciar sus efusiones amorosas.

Al cuarto año el Tribunal del Santo Oficio puso en libertad al padre de Levítica, pero el behique se encontraba en tan lamentable estado que, viéndose a las puertas de la muerte, mandó llamar a su hija para transmitirle, antes de morir, los secretos de la santería. Levítica acudió a Cienfuegos. La ausencia apenas duró tres meses pero, cuando regresó a La Habana, Napo intuyó que algo había cambiado pues los rituales solitarios en el soberao se convirtieron en públicos. Su padre le había transmitido todo su acervo de ritos y conjuros y desde entonces comenzó a desfilar por aquella habitación un sinnúmero de gentes buscando remedios a todo tipo de males.

Levítica dejó de trabajar en la pulpería pero el dueño le permitió continuar en el soberao ya que los clientes aguardaban turno para las visitas echando un trago y eso era bueno para el negocio. Y aunque el noviazgo continuó, Napoleón notaba de alguna manera que ella iba desinteresándose poco a poco de los amoríos. Para colmo, un buen día practicó con Napoleón un conjuro para aliviarle de un molesto sarpullido que, seguramente por montar a pelo en la cuadra de don Luis de Villena, le había aparecido en los entremuslos. Levítica le aplicó un unguento de raíz de mabinga y hojas de marabú y a los dos días los testículos de Napo se hincharon de tal manera que durante una semana no pudo montar a caballo, y cuando Levítica le dio otro potingue de su invención, el remedio fue peor que la enfermedad, pues se redujeron sus partes pudendas a un tamaño digno de un niño de siete años. Ella quiso intentar nuevas fórmulas para recuperar la belleza de los atributos de Napo, pero éste había cobrado miedo de aquellos rituales y su recelo precipitó la pérdida del enamoramiento y rompieron sus relaciones.

A Levítica no le preocupó la huída de Napo pues conocía demasiadas fórmulas para el amor y sabía que nunca le iban a faltar los hombres. Ella regresó a Cienfuegos, su pueblo natal, y ya nunca más se vieron hasta mucho tiempo después, en que Levítica, llamada por don Luis, apareció en el palacio de La Habana para poner remedio a la supuesta esterilidad de doña Julia. Cuando se cruzó con Napoleón se saludaron de cortesía como si nunca en la vida se hubieran conocido y Levítica, más por curiosidad que por deseo, preguntó entre el personal de servicio qué fue de los atributos del cochero que en su juventud la deslumbraron, y supo por más de una mucama de la casa que Napoleón fue persona siempre cumplidora en la cama, aunque al principio, en los prolegómenos, causara cierta sorpresa el tamaño de su miembro poco acorde con la corpulencia de un hombretón que pesaba más de un centenar de kilos.

En verdad, el escultor Giuseppe Gaggini había quedado prendado de la belleza de doña Julia. Al principio intentó alejar de su mente la idea de enamorarse nada menos que de la esposa del Rey del Azúcar, pues el escándalo le hubiera traído consecuencias irreparables, pero... se pasaba horas y horas contemplando ensimismado los bocetos y dibujos que le hizo a aquella atractiva mujer cuya perfección solo había visto en las esculturas clásicas de los modelos de belleza griegos y romanos, y cada vez tomaba más fuerza en su pensamiento la idea de volverla a ver, de hablar con ella, de acariciarla... Llegaba a convertirse en una obsesión y daba vueltas a su cabeza pensando en un plan, en una excusa para visitarla en su palacio.

Al fin, un buen día maquinó una estrategia y, por mediación de sus ayudantes, un mulato que se daba muy buena maña con los buriles, buscó a la

doncella Rosinda y la convenció para que acudiera al estudio y posara para él. La doncella feliz y orgullosa de servir de modelo para tan famoso artista no faltaba a las sesiones ningún miércoles. Poco a poco Gaggini se fue ganando su confianza y conoedor de las ausencias de don Luis, ocupado en sus negocios de Villaclara, entregó a Rosinda una carta para doña Julia solicitándole ser recibido en su casa.

El recuerdo de las desagradables consecuencias que tuvo el asunto de "La estatua de Noble Habana" hizo que doña Julia, atemorizada, rompiera la carta y no diera ninguna respuesta.

Gaggini insistió una y otra vez a través de la doncella hasta que una tarde Rosinda le trajo la ansiada respuesta.

- El próximo miércoles, yo misma os acompañaré.

El recibir al célebre escultor no suponía ninguna prueba de amor por parte de doña Julia, simplemente había vencido al fin los temores hacia el terrible esposo alentada por ciertos libros que le proporcionaba el profesor de música, y le parecía de justicia y buena educación recibir a un artista del que tan orgullosos se sentían todos los ciudadanos de La Habana.

Giuseppe Gaggini era un excelente y ameno conversador y el encuentro transcurrió agradable y distraído para una mujer que, por aquellos tiempos, apenas tenía relaciones con gentes de fuera de su palacio.

Quedaron para un próximo encuentro y el escultor comenzó a abrigar la esperanza de iniciar el asedio a la fortaleza de la fiel esposa. Pero las ilusiones del bueno de Giuseppe no iban a durar mucho. El siguiente fin de semana, cuando don Luis regresó de Villaclara, al fiel Napoleón le faltó tiempo para dar cuenta al amo de la visita del escultor.

Cada vez que don Luis de Villena pasaba por el Paseo del Prado y veía la estatua de "La Noble Habana" con el pecho descubierto, notaba un sabor ácido en el estómago que le revolvía todo el cuerpo. Pero era sobre todo en La Casa

Árabe, donde se reunía con los amigos para beber, fumar opio y alternar con las pupilas de la Marquesa de Esquilache, donde, a veces, ante los comentarios jocosos de los amigos, sentía más profundamente la mordedura de los celos. Unos celos que se negaba a exteriorizar presumiendo del abandono al que tenía relegada a su esposa. Ahora, con la noticia que le daba Napoleón, veía llegado el momento de dar un escarmiento público al artista que hizo despertar en él la terrible hidra de los celos. Nada más apropiado que organizar un duelo en toda regla, donde además de sentirse a sus anchas en el manejo de las armas, la noticia de venganza sobre el osado escultor, tendría amplia repercusión por toda la ciudad.

Cuando Giuseppe Gaggini recibió la visita de los padrinos apenas podía dar crédito a lo que oía pero conociendo la fama del Rey del Azúcar y su carácter arbitrario no tuvo más remedio que aceptar el reto. Aunque no se le ocultaba la destreza del de Villena en el uso de las armas, mientras él solo se consideraba diestro en el manejo del martillo y del cincel, ahora se veía en el trance de tener que empuñar una pistola.

Despuntaba el día en el pequeño bosquecillo de Gavinas, a tres leguas del recinto amurallado, cuando llegaron los dos carruajes de los contendientes acompañados de médico y padrinos. Restos de neblina parecían estar prendidos de los árboles empañando la visión, y el silencio más absoluto reinaba en aquel solitario paraje.

Balboa, el Rey del Café, que actuaba como padrino de don Luis de Villena y el pintor Landaluze, que lo hacía como padrino del escultor, examinaron concienzudamente las pistolas y las sortearon entre los contendiente.

Los duelistas se situaron espalda contra espalda. El juez del duelo dio las órdenes oportunas, anduvieron veinte pasos, dieron la vuelta y quedaron mirándose frente a frente.

Giuseppe Gaggini tuvo un momento de lucidez para preguntarse ¿qué hacía él aquí, a punto de recibir un tiro en la frente y acabar con sus días llenos de proyectos, en este triste y solitario bosquecillo de Gavinas? Viendo a don Luis apuntándole con la pistola pensó que aquel loco estaba convencido de que había existido algún tipo de relación con su esposa. Tenía que sacarlo de su error y acabar aquella descabellada aventura.

- Señor de Villena, puedo juraros...

No hubo tiempo de continuar, oyó un disparo y sintió un cuchillo de fuego que le quemaba la mejilla.

El estampido provocó la desbandada de los pájaros que dormían en la arboleda. Médico y padrinos corrieron a atender al escultor que sentado en el suelo se palpaba el rasguño del que manaba un hilo de sangre.

La noticia del duelo con la victoria de don Luis se extendió rápidamente por toda La Habana. A Gaggini se le fueron las pocas ganas de insistir ante doña Julia, pero la estatua de La Noble Habana continuó impertérrita mostrando su belleza a las gentes que, cada vez más numerosas, se acercaban a contemplar sus encantos.

La noticia del alumbramiento llegó a Villaclara dos días más tarde, pero don Luis no demostró ningún interés por acudir junto a su mujer; desde que tuvo la certeza de que estaba encinta cesaron sus desasosiegos y abandonó toda relación carnal con ella. Desconocedor de las singularidades del recién nacido, lo único que pensó y le llenó de orgullo fue que su imperio del azúcar ya tenía, por fin, un heredero.

De amanecida don Luis mandó a Juan de Dios que ensillara el caballo y partió para vigilar la zafra que se hallaba en pleno apogeo. La vista no podía alcanzar el final de los cañaverales, cruzados por las guarda-rayas, donde la cañaduz se extendía en un paisaje de verdor infinito manchado por la presencia blanca de las casas de calderas, exhalando su penacho de humo, donde el guarapo, recién extraído de la caña, hervía con la exactitud necesaria para obtener el mejor azúcar de la Isla del que tanto presumía don Luis de Villena. Por todas partes se movía una legión de manchas negras, eran espaldas musculadas y sudorosas en las que se reflejaban las huellas del zurriago debido a la inveterada costumbre de los mayores de meter el látigo por el más insignificante motivo, mientras el desgraciado negro, con el espanto reflejado en el rostro, se agarraba con todas sus fuerzas al tumbadero para atenuar el dolor del fuste.

Del ingenio de santa Margarita habían huido aquel día catorce esclavos, alentados muy en secreto por Pepe Antonio, para unirse a una partida de cimarrones que desde hacía un mes traían en jaque a las fuerzas del Gobierno que andaban muy alertadas por el inicio de la revolución que propiciaba el abogado Carlos Manuel de Céspedes. "Habría que decidirse de una vez y matar a todos los revolucionarios". Éste era el pensamiento de don Luis que pasó la mañana recorriendo ingenios y trapiches, por la tarde revisó el trabajo y las cuentas en el almacén, y a la caída del sol regresó a la casa de Villaclara.

Cuando entró Candelaria con el vaso de ron y hierbabuena que le servía todos los atardeceres, le dio orden para que avisara a Pepe Antonio. Tenía ganas de contar a alguien la feliz noticia y nadie mejor que su hombre de confianza en Villaclara. Pepe Antonio, con el miedo en el cuerpo, se presentó sumiso ante el amo.

- Tómate un mojito de ron y brinda por mi hijo.

Pepe Antonio notó un ligero temblor en las piernas y se limitó a beber sin hacer ningún comentario. Mientras paladeaba el aroma de la hierbabuena añadió el amo:

- Alegra esa cara. La santera de Cienfuegos acertó con sus conjuros. Acaba de nacer mi hijo.

No tuvo que forzar el gesto, se congratuló de que el ritual de Levítica hubiera dado buen resultado y se limitó a contestar:

- Pues que sea enhorabuena.

Don Luis continuó hablando sobre los nuevos proyectos de mecanización de los ingenios, pero en la cabeza de Pepe Antonio solo resonaba la musicalidad excelsa de los benditos versos de Salomón.

Por un permiso especial del arzobispado de La Habana, los viernes de cuaresma se levantaba la clausura en el convento de las clarisas de Villaclara para que la devota ciudadanía pudiera acceder a la sala capitular y admirar de cerca el prodigio del lobanillo sangrante de sor Manuela de la Cruz. Desde muy temprana hora se formaban dos largas colas de devotos a las puertas del convento, una de blancos y otra de gentes de color, desde cameruneses a haitianos pasando por mulatos y congueses. La hermana portera regulaba el paso de ambas, que por privilegio especial de la santa Abadesa -una mujer excepcional, hermana del famoso abogado que lideraba el movimiento prerrevolucionario, Carlos Manuel de Céspedes, y enemiga acérrima de la segregación por causas de color- se hacía de manera exactamente paritaria: un blanco, un negro; un blanco, un negro...

La Priora estaba expuesta en un sitial bajo palio, y una novicia sujetaba junto a la sotabarba una bacinilla en la que iba goteando la sangre del casabillo.

Los más devotos mojaban su pañuelo en la bacinilla y lo guardaban como reliquia milagrosa contra enfermedades de los humores intestinales y las fiebres de los pantanos. El resto de sangre, que al final del día quedaba en la bacinilla, se depositaba en una ampolla de vidrio y a la mañana siguiente, finalizada la Misa de Gloria, se llevaba en solemne procesión hasta la catedral donde quedaba expuesta todo el año en el altar mayor. La ampolla, cerrada con lacre por el notario y el alcalde de la ciudad, solo abandonaba la catedral cuando se hacían rogativas para implorar la lluvia y, siempre que la sangre se licuaba, era seguro que se avecindaban copiosos aguaceros; lo cual explicaba la extraordinaria devoción que los habitantes de Villaclara profesaban a la Priora de las clarisas.

Como todos los años, aquel Viernes Santo por la mañana, don Luis de Villena, que pese a su carácter licencioso y despótico era muy amigo de cuanto giraba alrededor del mundo religioso por el poder que ejercía sobre las gentes, se sumó al devoto pueblo de Villaclara, y por la tarde, ataviado con sus mejores galas de Hermano Mayor de la Real y Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo, solicitó ser recibido por la Priora para agradecerle su inestimable ayuda en la reciente preñez de su esposa, y patentizarle su gratitud entregándole personalmente un espléndido donativo para las necesidades del convento. Sor Manuela, sobreponiéndose a la aversión que le producía el hijo del asesino de su padre, mandó abrir las celosías de gruesos barrotes de hierro que separaban la zona de clausura. Acudieron todas las monjas para acompañar a tan insigne benefactor y visitar la habitación del singular prodigio, y allí, frente a las tres imágenes, don Luis se postró de hinojos y, fingiendo una devoción que nunca tuvo, rezó en voz alta, con gesto emocionado, el acto de contrición. La Priora, haciendo de tripas corazón, todavía tuvo fuerzas para decirle:

- En prueba de gratitud por vuestra generosidad, es mi deseo obsequiaros esta venerable imagen del Sagrado Corazón de Jesús con objeto de que sea

debidamente entronizado en vuestro palacio de La Habana para que siga derramando sobre vuestra esposa toda suerte de bendiciones.

A los pocos días la imagen fue llevada a La Habana y entronizada personalmente por el Cardenal-Arzbispo en el dormitorio principal de la casa. Entre aspiraciones de rapé, su Eminencia hisopó e incensó convenientemente la habitación y, finalizados los latines, hizo especial hincapié ordenando que debía disponerse de un paño morado para cubrir la imagen en los momentos en que el matrimonio tuviese que realizar ayuntamiento carnal. Pero esta norma era de todo punto innecesaria, pues desde que se produjo la noticia de la preñez, don Luis de Villena dispuso su dormitorio en otras dependencias y ya nunca más, según lo atestiguaba la doncella Rosinda, volvió a pisar la alcoba matrimonial y se aliviaba en la Casa Árabe con las señoras y señoritas que le proporcionaba doña Ramona, la tarimera marquesa de Esquilache.

Don César de Villena, el padre de don Luis, murió en extrañas circunstancias cuando su hijo apenas contaba unos meses, por eso don Luis nunca conoció la verdadera historia de sus tierras que se extendían a la otra orilla del río Arimao donde se alzaba, sin duda, una de sus posesiones preferidas, el Ingenio Libertad que, según los entendidos, fue el primer trapiche de Cuba convertido en ingenio por la instalación de máquinas movidas por vapor. El Ingenio Libertad junto al soberbio edificio de los antiguos dueños y sus excelentes plantaciones formaban una espléndida tierra de más de 300 hectáreas que fue propiedad de un personaje extraordinario, don Manuel de Céspedes, el primer abolicionista de la Isla, un iluminado que convirtió su hacienda en un paraíso para las 1.300 personas que allí trabajaban.

Don Manuel de Céspedes estaba casado con Elizabeth Karrington una dama inglesa de fe católica, dotada de extraordinaria belleza y sensibilidad. La familia la completaban dos hijos que crecían en el mejor de los mundos, ajenos a la terrible tragedia de una colonia española eminentemente esclavista: Carlos Manuel que decidió dedicar su vida a los estudios de derecho para llevar adelante las ideas independentistas de su padre, y Manolita que a su mayoría de edad tomó el camino de la religión y entró en el convento de las clarisas de La Habana llegando a ser priora de Villaclara.

En aquellas tierras estaban abolidos no solo la colimba, el hierro que algunos hacendados usaban para marcar a los esclavos, sino incluso el rebenque, pues ni siquiera el simple latigazo era permitido. En aquel lugar paradisíaco la vida transcurría feliz y placentera arrullada por las canciones de los negros y los silbidos de las yaguasas que nadaban por el río.

El río Arimao y la sierra de Escambray separaban este edén de los extensos dominios de don César de Villena, llamado ya entonces el Rey del Azúcar, donde una caterva de esclavos trabajaba de sol a sol en condiciones infrahumanas.

Desde hacía años, por la especial dedicación de sus propietarios, el Ingenio La Libertad producía en gran abundancia el mejor azúcar de toda la Isla y era sumamente envidiado por don César de Villena que pretendía, a cualquier precio, conseguir la magnífica propiedad. Pero don Manuel de Céspedes no tenía ningún deseo de vender y viéndose don César incapaz de tomar posesión de aquellas tierras, decidió apropiarse de ellas por la fuerza, y en el verano de 1825 pagó a un grupo de soldados de fortuna para que dieran muerte a don Manuel.

Aunque la justicia no logró nunca esclarecer la muerte de don Manuel de Céspedes, no en vano don César de Villena gozaba del favor del Gobernador General, doña Elizabeth tuvo siempre la certeza de que el instigador de la muerte de su marido fue don César, y así se lo transmitió a sus hijos que, aunque

entonces solo tenían diez y doce años nunca olvidaron aquella terrible confidencia de su madre.

Elizabeth Karrington, ante el temor de nuevas incursiones asesinas, optó por vender las tierras y el ingenio a don César de Villena y en compañía de sus hijos se trasladó a la provincia de Oriente, lejos de los dominios del Rey del Azúcar, donde adquirió el ingenio la Damajagua, a unas diez leguas de Manzanillo, situado en un bello altozano desde el cual se divisaba el mar y la Sierra Maestra. En aquel ingenio de la Damajagua, aunque de dimensiones más modestas que el ingenio Libertad, la viuda de don Manuel de Céspedes, en compañía de sus dos hijos, siguió llevando a la práctica las ideas abolicionistas de su marido y muy pronto la Damajagua, con todas las ventajas de la libertad, se convirtió en un lugar maravilloso como lo fue el primitivo ingenio.

Doña Julia se sentía sola y prisionera en aquella isla. Ningún mensaje de los que intentó hacer llegar a Sevilla, a espaldas de su marido, arribó a su destino y a nadie pudo confiar sus sufrimientos. Solo la correspondencia matrimonial firmada por don Luis de Villena llegaba con puntualidad al palacio de los Mendoza trayendo siempre falsas buenas nuevas de la hija. Tampoco se atrevió nunca a confiar sus penalidades a sus amigos de La Habana, con el miedo de que sus confidencias pudieran llegar a oídos del irascible marido. Excepto el personal de servicio, todos ignoraban su peregrinación patética en busca del embarazo y ella, atemorizada, vivía en su jaula de oro esperando una preñez que no llegaba.

Al finalizar el primer año del terrible trienio, su confesor fray Ortuño de Ávila, penitenciario de la insigne catedral de La Habana, le aconsejó que expusiera su caso al señor Arzobispo con la seguridad de que Su Eminencia

resolvería el espantoso cúmulo de calamidades por las que atravesaba, pero el Cardenal-Arzbispo, admirador incondicional de un personaje ilustre y generoso como su marido, apenas prestó oídos a sus quejas.

- Exageráis doña Julia, exageráis. Don Luis tiene un carácter fuerte, pero es un santo y está muy enamorado de vos.

- Eminencia, mi marido...

El purpurado la atajó con un gesto de silencio mientras aspiraba una pulgarada de rapé.

- Por favor, doña Julia, el Señor aborrece el pecado del escándalo. Además no olvidéis que la madre de vuestro marido está a punto de ser beatificada.

Ante el gesto de sorpresa el Arzbispo le explicó:

- La madre de don Luis, doña Virtudes de Braganza, que murió al alumbrar a vuestro esposo, fue una santa mujer, un alma mística tocada por la gracia de Dios, cuya vida de entrega total a Cristo suscitó la admiración de cuantos la conocieron. A los pocos días de su muerte comenzó a obrar milagros y es posible que muy pronto sea elevada a los altares. Haríais bien en encomendaros a ella.

La bendijo, le dio a besar el anillo y la despidió.

Así transcurrió algún tiempo hasta que una noche clara y estrellada, con todo el esplendor de las constelaciones luciendo sobre la bóveda celeste, obedeciendo el último capricho de su marido maquinado por la vieja Santera de Cienfuegos, entró acompañada de Levítica en el convento de las clarisas de Villaclara.

Dos semanas había cumplido el niño cuando don Luis llegó a su palacio de La Habana y desde los primeros momentos fue tal su impresión que apenas se

atrevió a tocarlo. Cuanto más le observaba intentando analizar su inusitado aspecto, más difícil se le hacía admitir que aquella extraña criatura pudiera llegar a ser algún día el futuro Rey del Azúcar en el que tantas ilusiones tenían puestas.

Escuchimizado y silencioso, incapaz de esbozar una sonrisa, con sus enormes ojos esmeraldinos constantemente abiertos, como hipnotizado, mirando día y noche en perpetua vigilia las pinturas que adornaban el techo, reposaba en su cuna idealizado por las gasas que colgaban del baldaquino.

Aquella criatura seguía obstinada en beber solo leche con sal y lloraba al acercarle el pecho o cualquier otra bebida edulcorada, lo que denotaba una terrible aversión por lo dulce, que parecía vaticinar un rechazo hacia los asuntos del azúcar. Y además con aquella pelambreira roja, como de fuego, que no había conocido en ningún miembro de su familia... Don Luis apenas soportaba unos minutos la contemplación de su hijo y encerrado en su aposento privado se atormentaba buscando, más que la causa de aquellas anomalías, el remedio que pusiera fin a tan extravagante situación.

El Cardenal-Arzobispo asistido por el Penitenciario procedió al bautizo del niño, pero el sacramento no modificó en nada el estado del recién nacido, y antes de abandonar el Palacio, no sabiendo los eclesiásticos qué otra cosa hacer para solucionar aquel entuerto, solo pudieron recomendar a don Luis, amén de ablucionarse el miembro con agua bendita, para que en lo sucesivo no volviese a ocurrir semejante infortunio, paciencia y resignación añadiendo la frase consabida de que el Señor escribía a veces con renglones torcidos, cosa que para él, por muy Hermano Mayor de la Real y Muy Ilustre Archicofradía del Espíritu Santo que fuera, no le reportaba ningún consuelo. Pese a todo, en el fondo de su corazón, don Luis de Villena confiaba en que Levítica, la santera de Cienfuegos hija de un behique torturado por la Santa Inquisición, sería el vehículo

providencial para enderezar los renglones torcidos con que Dios, según el Cardenal-Arzobispo, escribía, a veces, sobre la vida de los humanos.

En algunos momentos, un atisbo de racionalidad le hacía sentirse culpable de haber recurrido a magias y sortilegios para conseguir el embarazo; bien es verdad que las consultas a los más famosos médicos de La Habana no dieron resultado. Ahora se preguntaba si no sería el momento de recurrir al doctor Valdés que tenía fama de resolver, siempre con acierto, todos los alifafes sin punciones, sangrías, cortes o cualquier otro método traumático que violara la integridad del cuerpo. Nunca se había atrevido a confiarle los problemas de su esposa, pues sabía que el doctor Valdés curaba solo con la palabra y no se conocían de él habilidades manuales dignas de mención, cosa que don Luis creía esencial para la consecución de un embarazo. Pero si el doctor Valdés poseía la taumaturgia terapéutica de la palabra ¿por qué no intentar ahora, por lo menos, su consejo para devolver la normalidad a su hijo?

El doctor don Laureano Valdés de Quirós, la persona más culta de toda la isla, vivía en el célebre palacio de Pedroso, en la misma plaza de la Catedral, un palacio que él convertido en la principal biblioteca de América.

Hasta hacía pocos años llegaba cada tres meses al puerto de La Habana un cliper procedente de Londres con un cargamento de libros de todos los países de Europa que, en enormes cajas de madera, eran transportados al palacio de Pedroso. La universidad de Salamanca, de la que el doctor Valdés fue eminente rector, recabó de las más prestigiosas universidades europeas ayuda bibliófila para que los saberes del viejo mundo llegaran al nuevo, y la respuesta fue tan generosa que, en menos de cuatro años, el palacio se vio abarrotado de libros muy principales y todo el saber que en ellos se encerraba fue asimilado por el don Laureano; por eso, su voz, expresadora de la enorme riqueza que los libros habían sembrado en su cerebro, poseía propiedades taumatúrgicas ya que dominaba

todas las ciencias y saberes filosóficos y para cualquier problema tenía la solución. Pero, aunque no era del dominio público, el doctor Valdés se ayudaba muchas veces con las semillas o la hoja de álamo plateado que trajo consigo de Salamanca.

El doctor Valdés no solo era consultado para asuntos médicos, le llamaban abogados y notarios de prestigio, solicitaban su ayuda matemáticos, arquitectos e ingenieros, incluso algunas veces era requerido en secreto al palacio arzobispal para evacuar consultas teológicas con el señor Cardenal-Arzobispo y los canónigos.

Con su inmenso saber don Laureano permanecía soltero, había llegado a la conclusión de que la homosexualidad podría ser el estado ideal. Antes de tomar tan trascendental decisión utilizó diversos métodos pragmáticos con los diferentes sexos. La relación con mujeres, reglada siempre por el menstruo y con el peligro perenne de la preñez, amén de la excesiva locuacidad y la disparidad de criterios que constantemente se manifestaba en sus conversaciones, hizo que inclinara su balanza por los hombres -al fin y al cabo el placer era un instante fugaz, rápido y pasajero-. Además, sus irrefrenables ansias de lectura mermaban sobremanera sus apetencias genésicas como ocurre frecuentemente entre bibliófilos, bibliotecarios, y bibliómanos, por lo que al fin decidió rodearse de un grupo de fieles sirvientes, en una variada gama de colores, que, amén de mantener en perfecto orden su gran biblioteca, se ocupaban de la casa, ropa y cocina, y podía gozar del amor con ellos sin sujetarse a reglas ni formalidades y sobre todo sin consecuencias. Pero todo esto ocurrió cuando el doctor Valdés llegó a Cuba. Lo que nadie sabía en La Habana era que el célebre médico dejó enterrada en tierras de España una triste historia que fue, sin lugar a dudas, la que dio a su vida el giro copernicano que le llevó a abrazar la homosexualidad.

Ya desde los años de juventud en Salamanca, por sus brillantes ideas y preclara inteligencia, gozaba de una magnífica reputación, hasta el punto que al poco tiempo de licenciarse en medicina, aún sin poseer el don de la palabra taumatúrgica, debido a su prestigio y la amplitud de sus conocimientos galénicos, fue nombrado rector de la Universidad. Al año siguiente se cumplió la gran ilusión de su vida: matrimonió con su prima Laura Esquivel, una preciosa criatura, una virgen de Boticelli, de la que había estado enamorado desde su infancia, con la que solía pasar aquellos deliciosos veranos en la finca familiar de Villaseca de los Reyes, junto al Tormes, mientras la caricia del viento producía sonidos de plata en las hojas de los álamos del río. En aquel idílico paisaje nació un amor de niños que se convirtió en amor de adolescentes, un amor que atravesó momentos de gran incertidumbre cuando Laura Esquivel, empujada por una repentina vocación, ingresó en el convento de las úrsulas. Pero él, que por entonces ya debía de gozar de algunos poderes especiales, pues no en balde su padre pertenecía a la cábala de Toledo y poseía un ejemplar del Sohar, logró introducirse en el convento y esconderse en el sepulcro del arzobispo Alfonso de Fonseca. Allí la esperaba agazapado, y cuando la novicia entraba en la iglesia para la oración, la distraía de sus rezos moviendo las alas de los leones de mármol que guardaban las cuatro esquinas del sepulcro y, con su voz especialísima que ya estaba dotada de poderes taumatúrgicos, le susurraba:

- Yo seré tu mejor esposo. Yo seré tu mejor esposo.

Laura se distraía de sus plegarias sin acertar a saber quién sería su verdadero Amado, y se le arrebolaban las mejillas hasta el punto que la Abadesa, al observar tanto desasosiego en la novicia a la hora de los rezos, decidió aconsejarla que su mundo no estaba en el convento. Entonces se casaron en aquella Salamanca de amaneceres de plata y atardeceres de oro formando un matrimonio feliz y apasionado que finalizó trágicamente cuando, a los dos años,

la hermosa Laura Esquivel falleció de parto tras dar a luz a un niño con dos cabezas que apenas sobrevivió unas semanas. La tragedia se había cebado en el Rector de Salamanca que con toda su ciencia fue incapaz de detener a la muerte. Desesperado, no lograba comprender que su bondad natural, su trabajo y sus sacrificios por los demás hubieran sido premiados con aquella horrible desgracia.

Durante el invierno se refugió en la finca de Villaseca de los Reyes, con la esperanza de que la nieve borrara sus recuerdos, pero al llegar el verano, cuando los álamos se cubrieron de argento, apareció en todas las hojas el rostro de Laura Esquivel y en el envés, las dos caritas de ángel de su hijo. Al fin, dispuesto a buscar una nueva vida lejos del lugar de tan tristes recuerdos, embarcó para Cuba.

Una mañana gris, envuelta en pequeñas ráfagas de lluvia que sacaba brillo a las fachadas y al empedrado de las calles, mientras el musgo, que se resistía a morir en las grietas de las paredes umbrías, parecía revivir con la bendición del agua, Napoleón preparó el quitrín, echó la capota, y don Luis de Villena, tomó las riendas del caballo y partió hacia el palacio de Pedroso.

El doctor Valdés le esperaba en su escritorio sentado en una mecedora de alto respaldo en la que se balanceaba constantemente mientras devoraba libros escritos en cualquiera de las cinco lenguas que dominaba. A veces detenía el balanceo y apoyándose en la mesa tomaba una anotación interesante sobre el vademecum del que nunca se separaba y entre cuyas páginas amarilleaba una hoja de álamo plateado con la efigie de los dos rostros más queridos por él. Sobre la mesa brillaban cuatro o cinco pares de espejuelos de diferentes potencias que constantemente cabalgaba y descabalgaba sobre su judaica nariz según el tamaño de la letra impresa.

Una vez se hubo retirado el criado que acompañara a don Luis, se acomodaron en dos confortables sillones de mimbre cubiertos de almohadones. El médico, que ayudó no solo en el alumbramiento de la criatura sino que ideó el ritual para que Levítica lograra la preñez de doña Julia, conocía perfectamente la historia y el motivo de la visita de don Luis de Villena y, como era su costumbre, evitó los preámbulos y fue directamente al meollo del asunto:

- Es posible que por los cuatro años que su señora tardó en engendrar haya habido algún desamor. ¿Me equivoco?

El Rey del Azúcar asintió sin decir palabra y el médico continuó:

- ¿Y cuántos fueron los años de desamor?

- Exactamente tres.

Hubo un silencio en la habitación. De vez en cuando las ráfagas de lluvia azotaban los cristales y la luz aumentaba o disminuía según el movimiento de las nubes. El doctor Valdés consultó su libro de notas y sentenció:

- Tres años de desamor son muchos años. No cabe duda de que en todo este tiempo la madre ha acumulado demasiados sufrimientos y durante el embarazo ha transmitido al niño sus angustias y sus penas, y la criatura, como es natural, ha almacenado un rechazo hacia vos. Un rechazo que se manifiesta en una aversión a lo más querido por vos: el azúcar. Ahí radica toda vuestra desgracia.

Era lógico el razonamiento y don Luis permaneció callado para no romper la inspiración del doctor Valdés.

- Quizá si conocierais la verdadera historia del azúcar podríais comprender toda la peripecia en que el destino os ha puesto. No sé si sabéis que el Papa Alejandro VI, fue quien dictó la bula *Inter Caeteras* limitando las zonas de conquista de España y Portugal en América. Este Papa formaba con Madona Vannozza una mágica pareja enamorada de las dulzuras de la carne, y fueron ellos quienes iniciaron la aventura familiar en pos del azúcar; una empresa que acabó en un

cúmulo de desgracias con la muerte del primer duque de Gandía y el asesinato del segundo duque a manos de un hermano. Aquel azúcar maldito, teñido de sangre, llegó a estas tierras desde el ducado de Gandia de la mano de un antepasado vuestro y ahora arrastráis su maleficio, acrecentado por el desamor.

Don Luis se levantó nervioso del sillón y en un gesto prepotente preguntó:

- ¿Y qué culpa tengo yo de toda esa desgraciada historia?

- ¿No pretenderéis que entremos en disquisiciones filosóficas sobre la herencia de la culpa? Vos solo tenéis la culpa de ser descendiente de aquella familia y haber buscado soluciones fuera de la palabra que al fin hubiera sido el único medio para remediar vuestra esterilidad.

- ¿Qué decís? -preguntó alterado don Luis sintiéndose herido en su exacerbada hombría- ¿que yo no sirvo para tener hijos?

- Eso hubiera sido lo menos importante -sonrió el médico-. Lo principal fue que vuestra precipitación os hizo perder el amor de una maravillosa mujer.

- Poco me importa a mí el amor -replicó con gesto desabrido.

- Mala cosa es ésa. Un hombre sin amor es como un barco a la deriva.

Don Luis quedóse un momento mirando fijamente a don Laureano sin saber qué contestar y al fin le espetó con un punto de ironía:

- Nunca he visto en esta casa a ninguna mujer.

- Amigo mío -sonrió de nuevo el doctor Valdés que nunca tuvo aspecto de aguachinangado-. El amor no obliga a tener mujeres. Los amores pueden ser de muchas naturalezas. Y -añadió- no es precisamente el amor lo que vos practicáis con las mulatas de Villaclara o con esas señoritas que os procura la marquesa de Esquilache.

- ¿Y qué decís de mi gran amor por el azúcar?

- No. Eso no es amor, ésa es una pasión desmedida que a nada bueno puede conducirnos.

- Bueno, bueno. Dejemos ya el asunto del amor. Lo que yo necesito de vos es que curéis a mi hijo.

El doctor Valdés quedó en silencio, consultó su inseparable vademecum, y obviando un discurso sobre el amor que quizá don Luis no hubiera comprendido sentenció:

- Es posible que si el niño escuchara la historia del azúcar pudiera comprender que se trata de un antiguo mal que os ha llegado por herencia, y conociendo la criatura el origen perverso del azúcar quizá cesara su extraña actitud.

- ¿Pero cómo va a comprender nada un niño recién nacido?

- No os hagáis preguntas que no tienen respuesta y confiad en mi palabra.

Don Luis de Villena quedó en silencio; con la mirada recorría la inmensidad de la biblioteca sin atreverse a hablar. ¿Qué argumentos podría tener él para discutir con el doctor Valdés? Además, era sabido en toda la isla de Cuba que su palabra tenía propiedades traumatúrgicas y él había venido en busca de esos poderes. Al fin se decidió:

- Pues contadle de una vez esa maldita historia.

- No os precipitéis. He de advertiros que con ello solo solucionaremos su repugnancia por lo dulce; en lo tocante al desamor hacia vuestra esposa...

- Eso es asunto mío. Vos limitaos a curar a mi hijo.

Sí, por supuesto, él, que había sido el artífice de la llegada de aquel hijo, iba a proceder a su curación contando la singular historia del azúcar, para lo cual escribió un papel con la lista de las personas que debían asistir a la ceremonia y las instrucciones para su ubicación y se la entregó a don Luis. Pero también tenía planeado en su mente ocuparse del desamor de doña Julia pues la nobleza de sentimientos de un castellano viejo como el doctor Valdés, con el pensamiento puesto en su amada Laura Esquivel mientras se besaban a orillas del Tormes, no podía permitir que la crueldad del rico azucarero se cebara en una inocente mujer.

Por fin el niño dormía plácidamente en su cama y doña Julia retrocedió una novena de meses y se vio llorosa y abatida entrando con Levítica en aquel antiguo convento de clarisas de la ciudad de Villaclara. Otro nuevo intento, otro sacrificio para complacer a su marido. ¿Hasta cuándo iba a durar todo aquel suplicio? ¿Qué descabellada idea se le habría ocurrido a aquella bruja de Levítica? ¿No eran ya suficientes tres años de sufrimientos y rituales disparatados? Era noche cerrada cuando desde la casa de Villaclara, partió la singular comitiva; la encabezaba Levítica, la seguía doña Julia en una silla de postas llevada por Juan de Dios y Pepe Antonio vestidos de mujer, y cerraba el cortejo Diamantina cargada con un enorme fardo que mantenía en extraño equilibrio sobre la cabeza.

La Reverenda Madre en persona, sor Manuela de la Cruz, la del lobanillo en la sotabarba que sangraba los viernes de cuaresma, les franqueó la puerta trasera del convento, sin reparar en la estratagema, y les condujo por un dédalo de pasillos húmedos y penumbrosos donde llegaba muy atenuado el canto seráfico de las monjas del coro. Doña Julia, velada por gasas y tafetanes, seguía a la priora, sin fuerza ni voluntad, dispuesta a cualquier cosa con la sola esperanza de que llegara el deseado embarazo.

- Confío que os encontraréis bien en esta santa casa -le dijo mientras abría la puerta de su habitación- Levítica y el resto de las sirvientas que os acompañan estarán aposentadas en las estancias contiguas, si necesitáis cualquier cosa solo tenéis que avisar con este cimbalillo.

Cuando la puerta se hubo cerrado y quedó sola en la habitación, se dejó caer sobre la cama y dio rienda suelta a un llanto histérico y descompasado. Poco

a poco se fue tranquilizando hasta quedar plácidamente dormida en un sueño profundo y reparador como hacía tiempo no disfrutaba.

La despertó el canto de una pareja de sinsontillos que se arrullaban revoloteando por encima de la cama, y al abrir los ojos se sorprendió al ver la habitación inundada de una luz singular, una luz transparente y diáfana como la del esplendoroso día de su llegada a Cuba, una luz que, de improviso, parecía haber borrado los tres últimos años de sufrimientos. Por primera vez, durante tanto tiempo, notó que la envolvía una sensación de sosiego y bienestar, y se entretuvo contemplando el amor de los pajarillos, los tapices de Flandes, los muebles franceses y las hornacinas desde donde la observaban tres magníficas imágenes en madera policromada de tamaño natural: un Sagrado Corazón de Jesús, una Santa Úrsula y un San Francisco de Asís con el cingulo mirífico que se ciñera la duquesa Juana de Aragón para dar a luz al glorioso San Francisco de Borja. No había finalizado de admirar aquel extraño museo en que se había convertido su dormitorio, cuando apareció Levítica, ¡su figura curvada se había enderezado! semejaba como si después de aquella primera noche en el convento también hubiera sufrido una transmutación; ya no era la mujer seria y huraña, llena de misterios, que conoció en otros rituales, ahora aparecía radiante y chispoleta con una especie de camisola de guarandol de vivos colores que se sostenía, como por arte de magia, sobre la protuberancia de sus pezones enhiestos; el pelo lo llevaba recogido en un moño coronado por una linda flor de pitajoní, y el rostro, terso y sin arrugas, mostraba una sonrisa de dientes blanquísimos como recién pulidos con raíz de alacancillo. Se presentó cargada de livianos vestidos, ropas sencillas, alegres y floreadas, la antítesis de los terciopelos, sedas y organzas con que vestían las grandes señoras, y le habló como una discípula aventajada del doctor Valdés:

- Ya sé que si os dijera que por fin van a acabar vuestras desgracias no me crearíais. Conozco cuanto habéis padecido y solo quiero una cosa de vos.

A doña Julia le pareció estar en otro mundo. De la noche a la mañana todo se tornaba diferente; del jardín llegaban suaves músicas de violines y marimbas, y Levítica, la santera de Cienfuegos, aquella mujer terrible de antaño, estaba ante ella, rejuvenecida, llena de dulzura y buenas maneras, diciéndole:

- ¿Podrías considerarme vuestra amiga?

La madre superiora le dijo antes de despedirse la noche anterior:

- Confíe en Levítica, los caminos del Señor son inescrutables.

Miró a la imagen del Sagrado Corazón que la observaba desde la hornacina; era exacta a la que presidía la capilla en su colegio de las Madres Esclavas de Sevilla y recordó la jaculatoria que la hermana Sagrario le enseñó cuando apenas cumplía los diez años para hacer su primera comunión.

- ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!

Y con una sonrisa de complicidad se dejó hacer. Levítica la ayudó a cambiarse aquellos encorsetados trajes por las dulces suavidades y libertades del hilo, y la vistió con una sayuela de yerbilla donde todas las tonalidades del azul y el amarillo hacían filigranas mezclándose en un dibujo de guacamayos y flores de genciana. Salieron al jardín y se sentaron ante una mesa cubierta con un mantel de altar, albo y almidonado, sobre el que había servido un excelente desayuno y mientras doña Julia desayunaba habló Levítica:

- Todo cuanto ha acontecido en mí se lo debo al doctor Valdés. Como veis -dijo poniéndose en pie- es persona de grandes prodigios -esbozó una sonrisa- y él ha sido quien ha ideado lo que va a ocurrir aquí esta semana.

- ¿El doctor Valdés? ¿Quién es ese hombre?

- ¿No oyó nunca hablar de él? -y añadió sin esperar respuesta- El doctor Valdés es un hombre sabichoso que tiene la gracia de la santería; pero no se asuste mi

amor, el doctor es uno de los más célebres médicos de La Habana al que acudimos en busca de consejo, santeros, ensalmadores y behiques. Cuando fallan nuestros remedios él siempre tiene la solución.

- ¿Y decís que es médico en La Habana?

- Sí, fue rector en Salamanca y de allí le vienen los saberes -y quitándose uno de los dos collares que llevaba, se lo puso a doña Julia y añadió: -Con estos dos sencillos collares de siete semillas de álamo plateado el doctor Valdés nos transfiere su gracia; él ha preparado un tratado de felicidad basado en el gozo de vivir sin miedos, donde la ataraxia o serenidad del alma es el fundamento de la felicidad, y esta filosofía, en la que voy a introducirlos, es el camino luminoso para lograrla; una filosofía acorde con la naturaleza, por tanto una filosofía esplendorosa con toda la magia fascinante de esta perla de las Antillas, a la cual se accede masticando una semilla del collar.

Era la primera vez que oía hablar de filosofías; ni a las monjas de su colegio, ni a los preceptores que tuvo después les oyó cosas como éstas, pero ya nada le extrañaba ni le preocupaba, había alcanzado el estado perfecto de imperturbabilidad y, finalizado el desayuno, masticaron una semilla y entraron de nuevo en la frescura de la habitación y, mientras doña Julia se tumbaba en la cama de esmaltes del señor Arzobispo, Levítica abrió el Cantar de los Cantares de Salomón, que le diera el doctor Valdés y comenzó a leer:

- ¡Bésame con besos de tu boca! Son tus amores más deliciosos que el vino. Son tus ungüentos agradables al olfato. Es tu nombre un perfume que se difunde; por eso te aman las doncellas.

La imagen de santa Úrsula cobró vida, y apeándose de la hornacina tomó un frasco de oloroso ungüento, se acercó a la cama y, desatándole la cabuya que sujetaba el vestido, comenzó a ungirle la piel suave y nacarina Doña Julia, extasiada, dejaba hacer a aquellas manos hábiles ante la mirada aprobatoria de

san Francisco de Asís y el Corazón de Jesús, mientras Levítica proseguía con la lectura del libro sagrado:

- Arrastrémonos tras de ti, corramos. Introdúcenos, Rey, en tus cámaras y nos gozaremos y regocijaremos contigo y celebraremos tus amores más que el vino. Con razón eres amado.

Al llegar a este punto bajose san Francisco de su hornacina y tomando otro `pomo de fragante bálsamo se puso también a masajear las partes más íntimas de doña Julia.

- Dime Tú Amado de mi alma -siguió la voz de Levítica la santera de Cienfuegos- dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía, no venga yo a extraviarme tras de los rebaños de tus compañeros.

Las suaves músicas de marimbas y violines procedentes del jardín fueron in crescendo. De pronto, hubo como un resplandor de plata en la habitación, se transformó el techo en un gran espejo, y el Corazón de Jesús, con todo su poder y majestad, bajó de la hornacina, se acercó a la cama y reposó sobre el cuerpo exultante de doña Julia a la vez que la dulce voz de Levítica recitaba:

- Mientras reposa el Rey en su lecho, exhala mi nardo su aroma. Es mi amado para mí, bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Es mi amado para mí, racimito de alheña de las viñas de Engadí.

La barba azafranada le acarició las mejillas, y en aquellos ojos verdes y profundos del Amado, doña Julia pudo contemplar, extasiada por primera vez, todas las maravillas del paraíso. Calló Levítica y hablóle así el Corazón de Jesús:

- ¡Qué hermosa eres amada mía! ¡Qué hermosa eres! Tus ojos son palomas. -Entonces, las pestañas del amado la acariciaron en un beso de mariposa mientras le susurraba al oído:

- Como lirio entre los cardos es mi amada entre las doncellas.

Era tal el clima de felicidad que la embargaba que ni siquiera se le alteró el pulso al oír aquella voz celestial y, llevada por una fuerza sobrenatural, respondió ella:

- Como manzana entre los árboles silvestres es mi Amado entre los mancebos. Me ha introducido en la sala del festín. Confortadme con pasas, reanimadme con manzanas que desfallezco de amor.

Doña Julia observó cómo san Francisco de Asís y santa Úrsula, asistidos por Levítica, preparaban recipientes de oro con manzanas reinetas y pasas de Corinto, y al elevar la mirada al espejo del techo se vio ella en todo el esplendor de su desnudez, junto al Amado, sentada en la cama de esmaltes del arzobispo mientras Levítica y los santos se acercaban trayéndoles leche y ricos manjares. Cerró un momento los ojos para apurar la copa de leche que le ofrecía santa Úrsula; en aquel instante cesaron las músicas y al abrirlos se encontró la habitación completamente desierta. Llamó y nadie contestó a su llamada.

Transcurrió un largo tiempo poblado de silencio como si el mundo se hubiera detenido y los malos pensamientos de sus años tristes pugnarán otra vez por apoderarse de su mente; para vencerlos mordió otra semilla de álamo plateado y musitó:

- ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!

De súbito la pareja de sinsontillos revoloteó de nuevo en la habitación, se avivaron los rayos de polvo de oro que se filtraban por entre los tenues visillos de silesia que cubrían los ventanales que daban a la Sierra de Escambray y, entre los reflejos de los meandros del río Arimao, vio otra vez al Corazón de Jesús, el de la barba florida y ojos de esmeralda, y exclamó gozosa:

- Vedle que llega saltando por los montes, triscando por los collados. Vedle que está ya detrás de nuestros muros atisbando por las ventanas, espiando por entre las celosías.

Entonces se abrieron los ventanales de par en par y apareció el Amado envuelto entre músicas diciendo:

- Levántate ya amada mía, hermosa mía y ven. Hazme oír tu voz, que tu voz es dulce y encantador tu rostro.

- Mi Amado es para mí y yo para él. -Y en un raptó de pasión mostrándole el papito exclamó: -Pastorea entre mis azucenas con tu bendito bálano.

Y gozaron del amor mientras los santos de los esmaltes que adornaban la cama arzobispal entonaban cánticos de alegría y sus voces eran acompañadas por la melodía de los violines y las marimbas que sonaban solas en el jardín a modo de rumbantela.

Era noche cerrada cuando se despertó. El espejo del techo se había esfumado y las tres imágenes aparecían inmóviles en sus hornacinas. Levítica, que estaba junto a la cama, la ayudó a ponerse una de aquellas livianas camisolas de rengue mientras le preguntaba con una sonrisa de complicidad:

- ¿Fue lindo, verdad?

Cenaron solas las dos mujeres en la frescura del jardín, envueltas por el intenso aroma de las flores blancas del chamico bejuco mientras la luna hacía guiños de complicidad entre las nubes. Había cesado la serenata y llegaban con toda claridad las voces del coro de las monjas clarisas. Juan de Dios, Diamantina y Pepe Antonio, los tres empleados de la casa de Villaclara que acompañaban a Levítica, servían la mesa en silencio y actitud sumisa sin atreverse a mirar a los ojos de doña Julia cuyas mejillas lucían un arrebol de felicidad.

Al entrar en la habitación, antes de acostarse, doña Julia se acercó a las tres imágenes y las golpeó con los nudillos para comprobar si de verdad eran de madera. Al hacerlo observó que sobre la base de la hornacina se esparcía un montoncito de serrín, señal inequívoca de que las termitas hacían su silenciosa y destructiva labor. Se metió en la cama y se durmió con un mohín de tristeza.

Pero, a la mañana siguiente, cuando Levítica comenzó la lectura del libro que le diera el doctor Valdés, y mordió otra semilla del collar, volvióse a producir la luz cegadora, el techo se convirtió en espejo, de nuevo tomaron vida las tres imágenes que reposaban en las hornacinas y el magnífico prodigio tornó a repetirse con toda felicidad. Y lo mismo ocurrió, sin interrupción, durante cinco días seguidos. Y al finalizar la gloriosa semana, acabadas las siete semillas de álamo plateado del collar, cesaron los prodigios y doña Julia dejó con gran pena el convento y volvió a la triste monotonía de su vida en La Habana.

Al fin, un buen día, se produjo la tan ansiada ausencia del menstuo. La noticia corrió de boca en boca por el palacio confirmando la preñez que obsesionaba a todos los habitantes de aquella casa. Adoración, el ama de llaves, la atribuyó a sus rezos, oraciones y novenas. Napoleón, el cochero, que en su juventud anduvo en amores con Levítica, intuyó las artes de la santera de Cienfuegos, pero nunca se atrevió a advertir a su amo de los peligros que podían derivarse de la intervención de aquella terrible mujer. Solo Jesualda, la comadrona de encías desdentadas, tuvo la certeza de que el prodigio de aquella tardía preñez se debía a los talentos del doctor Valdés. Y Rosinda, la doncella que había sido testigo tantas veces del desamor, respiró aliviada por el bien de doña Julia.

Cuando al atardecer don Luis llegó de Villaclara, la alegría en los rostros de la servidumbre le hizo presentir la buena nueva y al oír la noticia de labios de su mujer se limitó a exclamar:

- ¡Ya era hora!

Pero ni siquiera la abrazó, lo dijo distante y ya nunca más se restableció la armonía entre los esposos, pues el amor fogoso del primer año había fenecido. Ahora don Luis solo deseaba proclamar a los cuatro vientos que esperaba un hijo y, henchido de satisfacción y orgulloso de su gesta, volvió a llenar los salones de su palacio para festejar la noticia que anunciaba el arribo del nuevo Rey del Azúcar. Y allí tornaron a juntarse los Partagás, los Balboa, la Marquesa de Esquilache y la cohorte de escritores, pintores y escultores que daban lustre a aquella sociedad esclavista, incluso el escultor Giuseppe Gaggini que reprodujo en mármol el cuerpo espléndido de doña Julia y desencadenó los celos del marido, hasta el punto de batirse en duelo, fue invitado a la fiesta, pero doña Julia ya no apareció por los salones habaneros y voluntariamente se recluyó en sus habitaciones dispuesta a dejar pasar en soledad los nueve meses de gestación.

Esta vez la fiesta superó a aquella memorable cuando doña Julia arribó a La Habana. La gran multitud que abarrotaba la Plaza Vieja para presenciar la llegada de los invitados hacía presentir la importancia del acontecimiento.

Por la puerta barroca del palacio cruzó en primer lugar la carroza del Gobernador General con el escudo de España. Venía muy afilorado, vestido con el uniforme de gala rebosante de entorchados y medallas acompañado de la Gobernadora, la oronda duquesa de Camaguey, una madrileña hija de un guardia de corps de la Casa Real, presidenta en la Isla de un importante grupo de sáficas que solían reunirse en casa de la señora de Balboa para sus íntimas bacanales en las que no faltaban algunas negras haitianas y camerunas poseedoras de notables habilidades para celebrar en el altar de Lesbos. La duquesa que vestía un traje de crenolina rosa con anchos volantes y lazos de raso azul, y se cubría con una capota de paja con bridas a la moda directorio, tuvo que ser ayudada a bajar de la carroza por dos lacayos que se las vieron y se las desearon para sacar aquel voluminoso cuerpo del carricoche. Entró luego la berlina negra con el escudo

episcopal del señor Cardenal-Arzobispo tirada por dos caballos guajamones; Su Eminencia, alto, flaco, de piel verdosa y demacrado por las penitencias y ayunos, aspiraba constantemente por la nariz polvo de rapé; le acompañaba el Penitenciario, un cura torombolo de aspecto bonachón que había encontrado el paraíso en el Caribe y, ablandada por la benignidad del clima su rigidez de juicio, gustaba de las tertulias con los potentados para los que tenía siempre a punto un *Ego te absolvo* para aliviarles la conciencia. Tras estas representaciones de los poderes político y religioso, llegaba la aristocracia del dinero, los grandes negociantes del café, el azúcar y el tabaco, y algunos militares engreídos que suplían su falta de riqueza con la espada y la vistosidad de sus uniformes, y también, arribó, cómo no, la legión de artistas, felices por ser admitidos en los aledaños del poder donde nunca faltaban la buena mesa y las bellas mujeres.

Abrieron boca con una ensalada de chayates y pejibayes, después vinieron huevos con malanga, tortillas de cien maneras, arroz blanco al estilo chino, pargo y bogavante braseados, gallinas de Guinea con plátanos fritos, fufú de bananas, jamón en dulce, pavo trufado de calabacín, y de postre helado de guanábano, cocos azucarados y tamal de papayas con su flor afrodisíaca. Al final apareció el café, el néctar de Cubita bella, que con su aroma perfumó el inmenso salón. Todos lo saborearon a pequeños sorbos con expresiones de deleite mientras encendían enormes vegueros cuya densa humareda formó azules tufaradas que subían en espirales velando las pinturas del techo. Y no siendo las señoras menos remisas que los hombres en participar del tabaco, al punto, el puro grueso y anillado se mostraba como una dulce fellatio entre los dientes blancos de las damas.

Don Luis contrató para tan memorable ocasión un sexteto de cuerda francés y muy pronto comenzaron valeses, lanceros y polcas con muchos dengues y cruce de miradas, preludio de futuras coyundas en cualquier rincón del palacio,

pues las auténticas fiestas de aquella buena sociedad acababan siempre en lúdica bacanal, mientras el Cardenal-Arzbispo, hierático, sentado en el trono que antaño fuera del Gobernador, daba cabezadas de sueño con la nariz amarilla de tanto aplicarse el fusique. Tras los habanos y el café corrió el coñac y los amontillados traídos expresamente de España, y la coyunda se fue generalizando, pues muchos invitados ya andaban encuerudos de cintura para abajo mientras los ronquidos del señor Arzbispo parecían bendecir la memorable garzonía.

Afuera, en el patio de carruajes, cocheros, lacayos, doncellas y algún rodrigón de librea blanca con galones dorados, imitaban a los señores, y la coliche adquiría visos de auténtica orgía mientras los curiosos de la calle, que contemplaban a través de las rejas el festín, y a los que solía echárseles los restos de la opípara cena, se sumaban con mucho sambeque al desenfreno del palacio.

Doña Julia, en la oscuridad de su habitación, arrebujada entre sábanas de ruan, al arrullo de las cadencias del sexteto de violines, recordaba aquel maravilloso hebdomadario en el convento de Villaclara que le hizo redescubrir el amor que ya creía perdido, y sobre todo el goce de la carne con toda la plenitud e intensidad como viviera en el primer año de su matrimonio. Se acariciaba el vientre y sentía la nueva vida que el prodigio del Amado había hecho fecundar en sus entrañas.

- ¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!

Y se palpaba los pechos que comenzaban a endurecerse mientras los pezones se ponían erectos. Y así, acariciándose entre rezos y jaculatorias, se encontró felizmente mojada y se durmió diciendo:

- Ya duermo pero mi corazón vela. Es la voz del Amado que llama.

Corrían rumores hacía mucho tiempo, de que el título de marquesa de Esquilache era una distinción apócrifa concedida por el Gobernador General de la Isla, a petición de don Luis de Villena, como pago a los servicios prestados por doña Ramona como amante que fue de su padre don César de Villena y Pimentel, por lo que a la Marquesa se le atribuía, muy en secreto, la maternidad del actual Rey del Azúcar.

El tal don César de Villena fue un hombrecillo enclenque y nangado, de andar patojo, biznieto de un hijo bastardo del Virrey del Perú don Francisco de Borja de Aragón y Villena, de ahí que el apellido Villena trajera aparejada la posesión de las tierras, trapiches e ingenios de toda la parte central de la isla de Cuba, ya que los propietarios feudales del suelo se sintieron equiparados a sus homólogos castellanos cuando se les facultó para fundar mayorazgos y se les concedieron los derechos jurisdiccionales imanes a la condición señorial.

De los amoríos de don César y doña Ramona guardaba feliz memoria Adoración, el ama de llaves que llegó a Cuba, de doce años, como doncella de la esposa de don César, doña Virtudes de Braganza, dama portuguesa de extraordinaria religiosidad con fama de estigmatizada que dedicó su corta vida en La Habana a las obras pías y de la que hacía poco tiempo el Cardenal-Arzbispo había iniciado la causa de beatificación pensando que don Luis de Villena, Hermano Mayor de la Real y Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo, con su inmensa fortuna, bien podría pagarse el capricho de tener una santa en la familia.

Adoración daba fe que doña Virtudes y don César durmieron siempre en habitaciones separadas, pero mucho antes que la portuguesa arribase a La Habana, doña Ramona ya vivía en palacio con don César, y Zenobia, la antigua ama de llaves, una mulata cuarterona que se encargaba por entonces del servicio de palacio, le contaba con mucha songa a Adoración que, hasta la llegada de doña Virtudes de Braganza, siempre conoció a la señora Ramona como prima de don

César, con mando sobre todo el personal de servicio y viviendo en unas dependencias muy singulares del segundo piso -adornadas con lujos orientales traídos ex profeso de Arabia, Indostán y el Japón- que entre la servidumbre se conocían como "las dependencias del amor" y a las que solo ella tenía acceso por especial privilegio de don César.

Aún después de la boda con doña Virtudes de Braganza, Adoración fue testigo más de una vez de las visitas nocturnas de don César a las habitaciones del segundo piso, y la frecuencia de estas visitas era tal que el esmirriado y patuleco don César andaba algunos días desainado por la mucha efusión seminal. Pero lo más curioso de esta extraña situación fue que el nacimiento de don Luis tuvo lugar en el segundo piso y contra toda costumbre, estuvo rodeado de misterio y vedado a todo el personal de la casa, excepto a Zenobia, y ni a la misma Adoración se le permitió atender durante esos días a su señora como hubiera sido lógico. Si a todo esto unimos las enormes faldas abullonadas que usaban las señoras, nunca pudo saberse con certeza cuál de las dos mujeres estuvo embarazada y para colmo, justo después del nacimiento, con tres meses de diferencia, fallecieron ambos esposos en circunstancias muy extrañas nunca aclaradas. Desde entonces doña Ramona, tomó el mando, se instaló en las habitaciones del primer piso, amamantó y crió al niño y ejerció como tutora hasta su mayoría de edad ocupándose de la administración de todo el emporio azucarero pues era dama brava y no le dolían prendas en el uso del látigo.

Cuando don Luis de Villena alcanzó la mayoría de edad y se hizo cargo de los negocios, doña Ramona siguió todavía viviendo e intrigando en el palacio, y Adoración juraba ante los santos evangelios que fue ella, no solo la que le inició en el sexo, sino quien le procuraba todo tipo de mujeres para su solaz. Pocos días antes de iniciar el viaje a Sevilla para la boda, don Luis, que cada vez se sentía más atrapado en aquella dualidad de madre y amante que ejercía en él doña

Ramona, decidió poner fin a tan agobiante situación y solicitó al Gobernador General, mediante sustanciosa dádiva, la concesión para doña Ramona del título de Marquesa de Esquilache y, con el fin de alejarla del palacio, adquirió para ella un pequeño palacete del siglo XVIII, llamado la Casa Árabe, en la parte vieja de la ciudad, una casa de estilo moro con galería de madera de palosanto, como la cama matrimonial de sus antepasados, que corría alrededor de un patio central donde manaba el murmullo de un surtidor que hacía crecer en desmesura un paraíso de verdor. El palacete árabe había sido construido para el hijo de un sultán turco, un muchacho aficionado al travestismo, que llegó a La Habana a principios de siglo como amante de un lord inglés que trajo a la isla de Cuba las primeras máquinas de vapor. Corría la leyenda que era tal la belleza y ambigüedad del joven turco que un gran número de damas y caballeros tenían puestos sus ojos en él, y aunque el lord le proporcionaba todas las atenciones, un buen día desapareció misteriosamente atraído por la belleza de una mulata de Cienfuegos. Fue entonces cuando el inglés vendió a don Luis la Casa Árabe. Desde entonces la recién nombrada Marquesa de Esquilache dejó todo el poder que desempeñaba en el palacio de los Villena. Pero antes de abandonarlo descubrió a don Luis el secreto de la existencia de un hermanastro, en un estado de salud muy precario, encerrado en una de las habitaciones del segundo piso, del cual, a partir de ahora, debería de ocuparse de su manutención sin que nadie se enterara y muy especialmente poner todos los medios para que se conservara con vida, ya que según palabras textuales del behique Francisco Abraham eran “hermanos ligados por la muerte” y, si algo le ocurría al desgraciado, don Luis seguiría en pocos días la misma suerte.

Tres semanas después del parto de doña Julia llegó el día de proceder al relato de la historia del azúcar, y siguiendo las meticulosas instrucciones dadas a don Luis de Villena por el doctor Valdés, se dispuso el dormitorio del siguiente modo: en el centro de la habitación, el brizo con el recién nacido, que permanecía serio como hipnotizado, reflejándose en sus grandes pupilas las pinturas del techo con escenas del trasiego de la zafra y los trapiches. A cada lado de la cuna, dos sillones para los esposos. Junto al ventanal, la tarima y el trono del salón principal, a modo de cátedra, para el doctor Valdés. A su derecha, en tres sillones de cuero repujado, se aposentaron el Cardenal-Arzobispo, el Penitenciario y la Priora del convento de Villaclara. En primera fila, alrededor de la cuna, situáronse dos bancos corridos, traídos de la capilla; en uno de ellos tomaron asiento los encargados de la casa de Villaclara, Juan de Dios y Diamantina, Pepe Antonio, el maestro de azúcar de la casa de calderas que atemorizado por la presencia del amo permanecía con la cabeza baja sin atreverse a mirar, y Levítica, la santera de Cienfuegos. Doña Julia solo reparó en Levítica que para pasmo y sorpresa se mostraba de nuevo con aspecto viejo y encorvado, aunque en el brillo de sus ojos parecía transmitirle un mensaje de complicidad. En el otro banco, Jesualda, la comadrona de encías desdentadas, Adoración, el ama de llaves, la doncella Rosinda y Napoleón el cochero que no apartaba los ojos de Levítica pensando en sus antiguos amoríos y en sus malditos ungüentos. El resto del personal de la casa se sentó en el suelo; solo la mulatica permaneció en pie alimentando con orobias el pebetero junto a la imagen del Corazón de Jesús que, sobre su peana, presidía la habitación. Al principio don Luis se había opuesto a toda aquella parafernalia y en especial a la presencia de sus criados en la ceremonia, pero el doctor Valdés fue rotundo en sus exigencias y al final aceptó todos los detalles que indicó el médico.

Desgranaba el reloj de la torre de la catedral la última campanada de las diez, cuando hizo su aparición el doctor Valdés. Ocupó el sitio, pidió un vaso de sambumbia para aclararse la garganta, quitose el bonete, se alisó los pelos del aladar, carraspeó y, cuando sus ojos se posaron en doña Julia, otra vez sintió la turbación como el día que la asistió en el alumbramiento; aquella bellísima mujer era el vivo retrato de Laura Esquivel y a su memoria vinieron las palabras de su amada prima cuando en un arrebató de amor le decía: "No es necesario morir para alcanzar el cielo" y se cubrían de besos a la sombra de los álamos plateados arrullados por el murmullo del Tormes. Volvió a beber un sorbo de sambumbia para apagar los recuerdos y con la mirada puesta en don Luis de Villena comenzó el cuento del azúcar:

*Esta historia que dio origen a vuestra desventura se inicia cuando el esplendoroso y bienaventurado siglo XV comienza a ver la luz después de las negruras escolásticas que, durante el largo túnel del medievo, pusieron miles de cortapisas al humanismo. Un tiempo de maravillosos descubrimientos, de vuelta a las formas armónicas griegas y romanas. Un tiempo de búsqueda para una nueva interpretación de los fenómenos naturales. Un tiempo mágico de grandiosidades y acontecimientos portentosos en que brilló la genialidad de los Borja. Una saga, preñada de pasiones, amores y trágicos sucesos, que nace con el Papa Calixto III, Don Alfonso de Borja, continúa con su sobrino Rodrigo de Borja que también ocupó el solio pontificio con el nombre de Alejandro VI, protagonista de esta historia, y sigue con sus hijos, nietos y biznietos -una mezcla de santos y demonios- hasta el Virrey de Perú, don Francisco de Borja de Aragón y Villena, que trajo a estas tierras del Nuevo Mundo, desde el ducado de Gandía, las primeras cañas de azúcar; de ese azúcar que se ha convertido en vuestra desgracia.*

*El Papa Alejandro tenía siete hijos y una mujer tan hermosa como enamorada, llamada Madonna Vannoza, que durante toda su vida vivió siempre con la obsesión enfermiza de su prole.*

Esta alusión a un Papa con mujer e hijos no fue del agrado del Cardenal-Arzobispo que, irritado, miró con acritud al médico y se levantó de su asiento dispuesto a replicarle, pero el doctor Valdés le atajó con un gesto, y elevando el tono campanudo de su voz prosiguió la historia ante el silencio del auditorio.

*Aquel día con las primeras luces, Madonna Vannoza se levantó de la cama, abrió las contraventanas y el sol, al filtrarse por las vidrieras policromadas, inundó la estancia de guiños multicolores que hicieron transparentar su cuerpo, todavía hermoso, a través del camisón. Tomó el peine de plata, se sentó en el poyo junto al ventanal y comenzó a atusarse la blonda cabellera, mientras contemplaba el pausado subir y bajar de la enorme panza del Papa Alejandro, aquel caos genial de ideas y talentos del que tan profundamente estaba enamorada. Pero no solo le preocupaba la obesidad del Papa, su pensamiento andaba siempre ocupado por la vida y milagros de sus siete hijos, en especial le atormentaba el porvenir incierto de su hijo Pedro Luis; su figura algo contrahecha, la poca facilidad de palabra y aquellas eternas bubas que los médicos romanos no lograban quitar de su cabeza, le hacían desmerecer sobremanera al compararlo con el apuesto César, aguerrido y peleador al frente de los ejércitos pontificios, o a Jofré, de admirable estampa, casado con la princesa napolitana Sancha de Aragón y a punto de traerle su primer nieto, o a Juan, tan diestro en el arte de cetrería y en el juego de dados. Y si hablamos de las hijas... Girolana, Lucrecia, Isabel... todas de espléndida belleza, llenas de prebendas y sinecuras a la sombra de su augusto padre, rodeadas de ilustres pretendientes y con un magnífico porvenir asegurado si las cosas no se torcían; pero el bueno de Pedro Luis... La llamada a la puerta*

*distrajo a Madonna Vannoza de sus pensamientos. Se retiró a la habitación contigua, y tras un tiempo de cortesía, una caterva de mayordomos, gentilhombres, ayudas de cámara, e intendentes de la curia pontificia entraron para vestir al Papa.*

*Al Papa le aguardaba aquella mañana el embajador de Alemania acompañado del Cardenal Sforza. El alemán representaba a la compañía Grosse Ravensburger Handelshesellschaft la más importante suministradora de los azúcares y melazas que se consumían en Europa, y el cardenal deseaba que el Papa le concediera el monopolio para los estados vaticanos. Alejandro no vio ningún inconveniente en otorgar tal prebenda a un fiel cardenal como su amigo Sforza y el asunto quedó rápidamente zanjado. El embajador, antes de despedirse, abrió un cofrecillo de cuero repujado y ofreció al Papa una espléndida colección de tarros de cristal de Bohemia con unas muestras de los diferentes tipos de azúcar. Golosinearón los ojos del Papa y metiendo el dedo índice en ellos, los probó, alabando su finura y suavidad, sin sospechar los disgustos que iba a traer sobre su familia. Al interesarse por su peculiaridades el embajador explicó:*

*- Nuestras grandes plantaciones de caña de azúcar están principalmente en Motril y Gandía, donde los moriscos son unos consumados artesanos para la obtención de los más selectos azúcares de cande, de flor, de lustre y de pilón.*

Hasta ese momento de la historia, excepto para calmar los arrebatos del Cardenal-Arzbispo, don Luis de Villena había permanecido ausente con la vista perdida en las pinturas del techo y dándose golpecitos con el fuste en las botas de media caña, pero cuando el doctor Valdés nombró los diferentes tipos de azúcar se le despertó de pronto el interés por el relato y, más por curiosidad que como terapia, se dispuso a escuchar con atención la historia del azúcar.

*El nombre de Gandía le trajo al Papa recuerdos de sus tierras valentinas, de su Xátiva natal, de su Valencia tan querida... y, mientras paladeaba los azucarinos sabores en atento silencio, dejó al teutón que se extendiera en los entresijos económicos del negocio a la vez que grababa en su mente una idea que seguro sería muy del agrado de Madonna Vannozza. Finalizada la audiencia, abandonó la Sala, atravesó el patio de Belvedere y subió por la escalera de caracol que conducía a su apartamento privado; una pieza bellamente decorada con frescos de El Pinturichio y presidida por dos ventanales góticos que se asomaban a la frondosidad lujuriente de los jardines vaticanos. Una zona íntima y casi secreta, vedada para todo el personal, al que tan solo tenían acceso dos esclavas del Sudán a las órdenes de la dueña de aquel lugar, "la capilla del amor" como se la llamaba en voz baja entre los empleados de la corte papal. Madonna Vannozza, con la sonrisa dibujada en los labios, le esperaba para comer. Cuando sirvieron el café, el Papa sacó el cofrecillo con los frascos del azúcar y explicó con todo lujo de detalles la historia que había contado el embajador alemán.*

*- ¿Y de dónde habéis dicho que traen el azúcar esos alemanes?*

*- De Motril y Gandía*

*Permanecieron un momento sin decir palabra mirándose a los ojos. Solo se oía el susurro de las hojas movidas por el viento mezclado con el trino de los jilgueros en celo, y de pronto, como si ella captara la idea que aleteaba por la cabeza del Pontífice, preguntó:*

*- ¿Y ese ducado de Gandía, no podría ser la solución para nuestro hijo Pedro Luis?*

*- El negocio es de gran envergadura, pero... ¿estará él capacitado para llevarlo adelante?*

- Si él no sirve, tenemos más hijos. El problema será que el Rey Fernando conceda el ducado.

- A ése lo tengo yo bien cogido -sonrió el Papa mientras paladeaba una copita de rosolí. Y añadió empampirolo: - Demasiados favores ha recibido de la Santa Sede la católica pareja para que se atrevan a negarme nada.

Y así sucedió. Dos meses más tarde el Rey Fernando firmaba en su palacio de Alcalá de Henares la concesión del ducado de Gandía a Pedro Luis de Borja.

El doctor Valdés poseía una garganta privilegiada que le permitía variadísimos registros para imitar perfectamente voces masculinas o femeninas dándoles siempre el tono apropiado según la condición del personaje; este virtuosismo no solo potenciaba todavía más los poderes de su palabra sino que lograba mantener expectante la atención de los escuchadores que seguían boquiabiertos los avatares de aquellos personajes fabulosos.

Paseaba la pontificia pareja por los jardines vaticanos con la alegría de la buena nueva reflejada todavía en los ojos, cuando la madraza que habitaba en Madona Vannozza no pudo contener un deseo que siempre mantuvo oculto en su corazón y dibujando una pícaro sonrisa dijo:

- Ahora que ya nos lo han hecho duque, habrá que pensar en casarlo.

- ¿Casarlo? -se sorprendió el Papa-. Enclenque y esmirriado y con la cabeza llena de bubas, no creo que encontremos ninguna dama boba que quiera cargar con él.

- Qué cruel sois a veces con vuestros hijos. -Le tomó la mano entre las suyas, le besó con delectación la punta de los dedos y añadió ronquera: - Si os empeñarais, seguro que lo conseguiríais.

- ¿No estaréis pensando en la prima hermana del rey Fernando de Aragón?

- ¿Por qué no? ¿Acaso un hijo del Papa no se merece la prima de un Rey?

Desde que el doctor Valdés comenzara el relato, doña Julia observaba atentamente a los cuatro personajes del primer banco, le producía especial curiosidad la barba colorada del hombre cabizbajo que se sentaba junto a Levítica y en uno de aquellos trasiegos de ingravidas miradas, Levítica le sonrió y dirigió sus ojos a su vecino de banco y a la imagen del Corazón de Jesús que desde su peana, envuelto en los humos del pebetero, presidía la habitación. Doña Julia captó la señal y su mirada se posó alternativamente de la imagen, al rostro barbado de Pepe Antonio. Al momento presintió la dulce realidad de los versos de Salomón, y la embargó un sentimiento de emoción y ternura, a la vez que en lo más profundo de sus entrañas se le esponjaba un agradable calorcillo y las mejillas se le encendían de rubor. Luego, volvió sus ojos al niño y, justo en aquel instante, desapareció el pasmo de la criatura y sonrió por primera vez. Adoración y Jesualda, casi al unísono, gritaron:

- ¡El niño está riendo! ¡El niño está riendo!

Todos miraron hacia la cuna llenos de curiosidad y se armó un pequeño rebumbio. En los ojos de los dos amados pugnaron por salir las lágrimas, pero el doctor Valdés, sin dar mayor importancia al suceso, ordenó guardar silencio y continuó con voz pausada:

*Por la mañana, antes de las audiencias, el Pontífice dio órdenes al protonotario vaticano para que se ocupara con urgencia de los asuntos de la boda del duque de Gandía. Fueron y vinieron correos. Se movilizaron embajadores, delegados y comisionados; y la maquinaria de las cancillerías, pletórica de escribanos, secretarios, fedatarios y leguleyos, se puso en movimiento. Dos meses después, Pedro Luis de Borja y María Enríquez, prima hermana del rey don Fernando de Aragón, se casaban por poderes. Pero no llegaron nunca a conocerse; Pedro Luis, el primer duque de Gandía, víctima de sus alifafes, murió antes de emprender el viaje a los ansiados azucarales de*

*Gandía. El mismo atardecer del soterramiento, teñido el cielo romano de morados y añiles, Madonna Vannoza, con los ojos arrasados de lágrimas, sentenció:*

*- Juan será el segundo duque.*

*César sintió una punzada de celos en su corazón, había puesto sus ojos en la riqueza de aquel ducado, pero no era el momento de contradecir a su madre y guardó silencio.*

*Madonna Vannoza se esponjaba gozosa rodeada de su prole, pero, en el fondo de su corazón, reconocía que César, quizá por sus extraordinarias dotes naturales, era el hijo al que menos atención había prestado mientras se desvivía por los demás, y nunca llegó a sospechar el odio que estaba naciendo en uno de sus polluelos; solo el Papa, dotado de una especial clarividencia, presentía la tragedia que se cernía sobre sus dos hijos. Flotaba entre ellos una continua rivalidad que procuraban disimular ante los ojos de su madre por consejo de Miguel Ángel. Pero a raíz de la compra del ducado de Gandía la ambición y los celos de César comenzaron a aflorar. Si con el nombramiento de Pedro Luis apenas se inmutó, dadas las desgracias que adornaban al joven hermano, al tomar Juan el relevo del ducado los celos y envidias alcanzaron su punto álgido. Y cuando llegó aquella carta dando cuenta de las enormes riquezas que guardaban las tierras del azúcar, en la mente de César tomó cuerpo la idea de conseguir a toda costa tan excelente y apetitoso bocado.*

La concurrencia, sin apartar los ojos del doctor Valdés, seguía boquiabierta el relato del azúcar; ni tan siquiera el revoloteo de alguna mosca lograba distraer la atención de los presentes.

*Habían comenzado las primeras lluvias septembrinas que anunciaban el fin del verano, y una mañana de cielos plomizos, las campanas de todas las iglesias de Roma anunciaron la llegada de Juan de Borja, el segundo duque de*

*Gandía. Aquella misma tarde Madonna Vannozza abandonó a toda prisa Villa Gregoriana para entrevistarse con Miguel Ángel y organizar una cena familiar de bienvenida. Y deseosa de que al día siguiente, corriese de boca en boca por toda Roma el éxito de la cena, invitó a una serie de personajes singulares que sin duda darían cumplida noticia del acontecimiento y sobre todo de la concordia reinante en la pontificia familia. Acudieron entre otros: Don Juan Cervellón, noble caballero valenciano capitán de la Guardia del Papa, al que poco después mandaría asesinar César, El Cardenal de Perusa amigo íntimo, confesor y confidente de Madonna Vannozza, de gran influencia en el Sacro Colegio. Don Galcerán de Castelllar, señor de Picasent, un valenciano que ejercía de protonotario entre lo más florido de la sociedad romana, y Jorge Remolines que llevó el proceso contra Savonarola y fue premiado por el Papa con el cardenalato. No voy a entrar en detalles sobre la espléndida cena cuya relación ocuparía todo un tratado de "ars cistoria", pero sí diré que se prolongó con bailes de máscaras muy del agrado del Pontífice. A mitad de la fiesta apareció Miguel de Corella, Micalet, un bastardo valenciano de la casa del duque de Cocentaina que se acercó a Juan y tras una breve conversación entre sonrisas de complicidad, logró que se alzara de la mesa seguido por César.*

*Madonna Vannozza no pudo reprimir un comentario al oído del cardenal de Perusa:*

*- Estos hijos míos son incorregibles, seguro que van en pos de alguna aventura amorosa.*

*- No me extraña -subrayó el cardenal- Micalet de Corella goza de merecida fama de alcahuete.*

*Antes de abandonar el salón se acercaron los dos hermanos y entre risas y comentarios jocosos, se despidieron de la madre con un beso.*

- *Os espero mañana para comer -les advirtió-. Vuestro padre desea exponeros un interesante proyecto.*

*Al día siguiente, a mediodía, Juan no se presentó a la comida y César bromeó:*

- *Se entretiene demasiado con las mujeres.*

*A Madonna Vannozza no le agradó el comentario de César y mandó llamar a Corella. El valenciano, algo azorado, explicó:*

- *Anoche, cuando abandonamos el castillo de Sant Angelo, César se dirigió al palacio de la señora Adriana de Orsini y yo acompañé a vuestro hijo Juan a casa de doña Julia Farnesio.*

*Al oír el nombre, el Papa frunció el entrecejo, Julia Farnesio, la bella Julia, era íntima amiga del Pontífice y las malas lenguas la llamaban la esposa de Cristo.*

Ante el calificativo de esposa de Cristo, el penitenciario se volvió hacia el Cardenal-Arzbispo esperando una tajante condena por el sacrílego comentario, pero el purpurado se había dormido y cabeceaba sin oír las palabras del doctor Valdés:

*Madonna Vannozza nunca se atrevió a inmiscuirse en aquellas relaciones; el Cardenal de Perusa, su confesor así se lo había aconsejado desde que se conoció esta historia y, sin hacer ningún comentario, se limitó a ordenar a Micalet:*

- *Id prestos a la casa de doña Julia Farnesio y decidle a don Juan que le estamos esperando para comer.*

*Dado el cariz que había tomado el rostro del Pontífice y con el fin de aliviar la espera, ordenó al maestresala que sirviera oportuno; y no habían apurado todavía la segunda copa cuando regresó Micalet de Corella con la noticia de que el duque de Gandía no estaba en casa de doña Julia. Por primera*

vez el Papa tuvo el pálpito de que algo había sucedido y dio orden a don Juan Cervellón, capitán de la guardia pontificia para que se ocupara inmediatamente de la búsqueda de su hijo. En pocas horas todos los lupanares, palacios y tabernas de Roma fueron registrados y, ante el resultado infructuoso, Miguel Ángel, guiado por su intuición, propuso que se rastreasen las aguas del Tíber y Madonna Vannozza comenzó a alarmarse.

La primera pista la dieron unos barqueros que traían bastimentos a Roma y dijeron haber visto durante la noche a dos hombres que lanzaron un saco al río a la altura del Ponte Milvio. Cervellón mandó reunir un sinnúmero de barcas y con ayuda de garfios buscaron afanosamente el saco mientras varios nadadores buceaban entre la negrura de las aguas. Al fin, a la caída de la tarde, lo encontraron. Dentro estaba el duque de Gandía vestido tal y como se había levantado de la mesa la noche anterior, con sus anillos, joyas y la bolsa repleta de monedas de oro, cosido a puñaladas. En unas angarillas transportaron el cuerpo del desdichado hasta las puertas del Vaticano. Se le amortajó con los ornamentos cardenalicios y fue velado durante toda la noche en la Capilla Sixtina mientras la noticia se extendía por toda la ciudad mezclada con el llanto y los gemidos de Madonna Vannozza que no acertaba a comprender el motivo de aquella horrible desgracia.

A la mañana siguiente doblaron a muerto todas las campanas y su tañido congregó al cuerpo diplomático, al colegio cardenalicio, a la nobleza y al pueblo llano y generoso de Roma, admirador ferviente de la familia papal, para celebrar los funerales. Durante las exequias ya corría de boca en boca el nombre del asesino del duque de Gandía. Micalet de Corella, borracho como una cuba, entró en la basílica dando traspiés y encaramándose al púlpito gritó señalando a César:

- No olvides anotar en tu larga lista de crímenes el nombre de tu hermano. Yo soy testigo.

*Allí, en la misma iglesia, César, de una certera puñalada, selló la boca del testigo, y la sangre del valenciano corrió por las escaleras del púlpito. Nadie se inmutó. Cubrieron el cuerpo del delator con un lienzo blanco y la ceremonia fúnebre en honor y sufragio del duque de Gandia, subrayada por el magnífico réquiem de Giustiniani, siguió su curso. Madonna Vannozza nunca supuso el terrible tributo de sangre que tendría que pagar por el capricho de las tierras del azúcar. Una dulzura que ahora, ante el cuerpo sin vida de su hijo Juan, se convertía en acíbar. Ya no tenía bastantes lágrimas para llorarle y el regusto salado del llanto, le hizo olvidar, al fin, los azucarales valencianos.*

*Y así termina la verdadera y trágica historia de los orígenes del azúcar.*

El auditorio había quedado impresionado por el relato y el doctor Valdés levantándose de su asiento añadió:

-Ahora veamos si el don arcano de la palabra curativa ha producido sus efectos benéficos y ha vencido el rechazo que el niño experimentaba por lo dulce.

Ante la expectación general ordenó a Jesualda, la comadrona, que tomara al niño de la cuna y lo llevara a los brazos de su madre para que le diera el pecho. Rosinda, la doncella, acudió para ayudar a su señora. El doctor Valdés se acercó un instante y frotó la hoja de álamo plateado en la frente de la criatura. Los asistentes observaron con atenta curiosidad y doña Julia sacó su generoso pecho, lo acercó a la boca del niño, y éste se cogió al pezón y mamó feliz mientras con sus ojos esmeraldinos recorría los rostros de la concurrencia y su madre, gozosa, le acariciaba la roja cabellera, sin dejar de mirar a Pepe Antonio que permanecía arrobado ante la maternidad.

Don Luis de Villena apenas daba crédito al prodigio y sin poder reprimir la alegría por la curación de su hijo, que suponía la continuidad de los Villena al

frente del imperio azucarero, levantóse de su asiento y abrazó al doctor Valdés. Por su parte, el Cardenal-Arzobispo, aunque nunca creyó que el sacrílego relato pudiera conducir a nada bueno, ante el fenómeno que presenciaba con sus ojos, tuvo que reconocer los poderes taumátúrgicos de la palabra del antiguo Rector de Salamanca y poniéndose en pie bendijo a los asistentes y dijo solemne:

- En acción de gracias por este suceso, recemos un Padre Nuestro al Corazón de Jesús que con tanto amor bendice esta santa casa.

Luego habló al oído del Penitenciario:

- No me cansaré de decirlo, los caminos del Señor son inescrutables y a veces escribe con renglones torcidos. ¿No os parece?

El penitenciario esbozó una sonrisa de asentimiento, encendió otro magnífico veguero de Vuelta Abajo y pidió a don Luis que sirvieran de nuevo café y algún dulcecillo de cantua y frangollo para celebrar tanto prodigio. Antes de que el personal de servicio se retirara, el Penitenciario, Fray Ortuño de Ávila, con el rostro risueño, se acercó a la mulatica que atendía el pebetero y pellizcándola cariñosamente en la mejilla le preguntó:

- ¿Cómo anda la niña más linda de la Habana?

La mulatica Mercedes se sonrojó; no acababa nunca de acostumbrarse al cariño y atenciones que siempre le demostraba aquel sacerdote gordo y bonachón que tanto se preocupaba por ella.

Fue precisamente en Villaclara, acompañando al Cardenal-Arzobispo en su visita pastoral, cuando el bueno de fray Ortuño se quedó a cenar una noche en la casona solariega de don Luis de Villena y comenzó esta historia. Tras la cena apareció Candelaria con los mojitos de ron y hierbabuena y los dos hombres paladearon con deleite la agradable bebida mientras fumaban aquellos magníficos cigarros que el señor Partagás preparaba para don Luis con una preciosa vitola,

litografiada a todo color, en la que aparecía el grabado de un ingenio con la leyenda "Delicias del Rey del Azúcar".

Sentados en cómodas mecedoras, en el suave frescor de la galería porticada, la conversación languidecía cargada de largos silencios mientras un guabairo amaestrado cazaba insectos. Sonaron las horas y los cuartos en el reloj de la cercana plaza del ayuntamiento y antes de que tocara la media hora don Luis aquejado de un inoportuno dolor de cabeza se retiró a sus habitaciones.

Desde el fondo del patio llegaban muy atenuados los rasgueos de una guitarra y el ritmo de las marugas con que un grupo de montunos celebraba el final de la dura jornada. El penitenciario se entretuvo con la música y al poco rato volvió a aparecer Candelaria, la joven mondonguera, envuelta en el cálido perfume que exhalaba la noche y preguntó con mucho chiqueo:

- ¿El señor desea alguna cosa?

El penitenciario decidió olvidar las penitencias y tomarse una tregua en su dura lucha contra el maligno; él también tenía derecho a que se le perdonaran los pecados y sin pensárselo dos veces se lanzó de cabeza al fuego devorador de la bella Candelaria.

Tres gozosos días duró la visita episcopal y, todas las noches, Candelaria le trajo, a la intimidad de la habitación, el mojito de ron frío y hierbabuena para que el bueno del Penitenciario olvidara los calores que le surgían después de visitar el proceloso infierno que escondía la linda muchacha entre sus satinados muslos.

Al cabo de un año, en la siguiente visita episcopal a Villaclara, el Penitenciario volvió a cenar a la casa de don Luis de Villena y a la hora de los mojitos, envueltos en el humo de los Partagás, díjole don Luis en tono facistol:

- Tengo una sorpresa para vos.

- Me abrumáis con tantas atenciones.

- Ya sabéis que soy un fiel devoto de todos los asuntos de la Iglesia.
- Por supuesto, y Dios os lo premiará.

Entonces se presentó Candelaria con una criatura entre los brazos, una preciosa mulatica de piel canela con la misma expresión de bondad en los ojos que tenía fray Ortuño.

Al día siguiente la bautizó en la misma casa asistido por don Luis de Villena ataviado con su uniforme de Hermano Mayor en la Real y Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo en una sencilla ceremonia, bisbeando latines, donde Juan de Dios y Diamantina, los encargados de la casa de Villaclara, que no salían de su asombro, pues al principio creyeron que había desaparecido la impotencia y se trataba de una hija de don Luis, actuaron como padrinos de la neófito. Desde entonces con el pretexto de ejercer su sagrado ministerio por las diferentes iglesias de la diócesis, el Penitenciario viajaba cada tres meses a Villaclara, y Candelaria le recibía gozosa con la niña y el mojito de ron y hierbabuena.

Fray Ortuño, padre amantísimo, se cuidó personalmente de que nada le faltara a la angelical criatura y cuando cumplió diez años la recomendó para ser admitida en el palacio de los Villena, en La Habana, con el fin de tenerla lo más cerca posible de él y poder ocuparse de su formación.

Adoración conoció la historia de Merceditas por boca del mismísimo penitenciario y desde el primer momento se ocupó de que la niña se sintiera feliz en aquella casa. La mulatica respiraba una infinita bondad natural y muy pronto se hizo querer por todas las gentes de la casa que la veían como una criatura singular, ya que amén de llevar siempre la sonrisa prendida en los labios, andaba con especial ingravidez sin apenas tocar el suelo.

Todos los lunes del año, excepto los feriados, Napoleón tomaba las riendas del volantero y llevaba a la pequeña Mercedes hasta la casa del Penitenciario.

Llegaba puntual a la hora de la comida y el bueno de Fray Ortuño la sentaba a su mesa y, con toda paciencia y cariño, le enseñaba las reglas de urbanidad a la vez que le contaba mil y una historias con la idea de hacer de ella una joven instruida. Luego, a media tarde, aparecía el maestro de música, don Osvaldo Ruíz, antiguo discípulo de Fray Ortuño, para darle a Merceditas las clases de armonía y contrapunto en el pequeño armonium del salón, donde la niña se desenvolvía con gran soltura ante el teclado, al tiempo que don Osvaldo llevaba el compás sosteniendo en la mano un vaso de ginebra holandesa. Mientras, el Penitenciario sentado en su gran mecedora balanceaba la enorme panza de buen vividor, contando los días que faltaban para la próxima visita a la mondonguera de Villaclara y orgulloso de aquella hija que con tanto talento aprendía los secretos del arte de la música.

Durante mucho tiempo le había preocupado el provenir de su querida hija; ahora comenzaba a entrar en la edad peligrosa, su cuerpo tomaba aspecto de fruta apetecible para caer cualquier noche bajo el vientre de don Luis de Villena y, él sabía por experiencia que, en los tiempos que corrían, el color de la piel de Merceditas era una condición segura para su infelicidad. El único lugar para mantenerla a resguardo y completar su formación estaba en el convento. Su ilusión secreta era que triunfara el Comité Revolucionario que el abogado Carlos Manuel de Céspedes había establecido en su casa de la Damajagua y cuando lograda la independencia, las gentes de color, con más o menos tacha, alcanzaran los plenos derechos de ciudadanía, él mismo estaría dispuesto a sacarla del convento y dejar en libertad a aquella linda paloma color canela.

Ahora, después de finalizado el sabroso relato del azúcar y aprovechando la presencia de Sor Manuela de la Cruz, de la que conocía sus ideas abolicionistas, le pidió que acogiera a Merceditas en el convento de Villaclara en

calidad de postulante, él se haría cargo de la dote y de todo cuanto fuera necesario.

-Os la encomiendo muy encarecidamente. Para que viva en esta sociedad esclavista prefiero que, si ella lo quiere de buen grado, pase sus días en la paz del convento -y añadió en voz baja-: Solo os pido que permitáis a Candelaria, la mondonguera de la casa de Villaclara, que pueda visitarla cuando lo solicite.

Sor Manuela de la Cruz asintió con la cabeza y, sabedora de la admiración del Penitenciario por las ideas independentistas de su hermano, esbozó una sonrisa con la alegría de sentirse cómplice en la lucha contra la segregación racial precisamente en la casa que fuera del asesino de su padre.

Poco a poco fue disolviéndose la reunión. El doctor Valdés se acercó a doña Julia y con disimulo dejó entre sus manos un collar de semillas de álamo plateado. Luego tras despedirse de los eclesiásticos y de don Luis renunció amablemente a que Napoleón le devolviera a su casa en el quitrín y prefirió ir dando un paseo por el malecón. Por extraño que pueda parecer, el doctor Valdés tenía ganas de llorar. Durante la hora larga que duró el relato del azúcar, la imagen de doña Julia y el recién nacido estuvieron martilleando en su cabeza el recuerdo amargo de lo que dejó enterrado en Salamanca.

Las olas rompiendo en la escollera le salpicaban como una caricia de frescor que aliviaba el calor húmedo y pegajoso del mediodía, pero su pensamiento seguía anclado a muchas millas de distancia en tierras de Castilla. ¿Cómo había sido posible que su mujer engendrara un niño con dos cabezas y qué pudo ocurrir para que los dos seres más queridos se le muriesen entre los brazos? No encontraba ninguna respuesta y lloraba, mezclando la sal de sus lágrimas con el salitre del agua del mar, por no haber poseído entonces el don taumatúrgico de la palabra y desconocer las virtudes del álamo plateado que ahora solo le servían para llevar el bien a los demás, mientras Laura Esquivel y su

hijo se pudrían bajo las frías tierras de Salamanca. Seguro que hoy, con todos sus saberes no hubiera ocurrido aquella horrible tragedia. Pero cuantas más vueltas le daba a su cabeza, más llegaba a la conclusión de que estaba condenado a ser un hombre bueno.

Anduvo largo tiempo observando el trasiego de vapores y veleros que entraban y salían por la bocana del puerto rodeados por enormes bandadas de gaviotas y, al fin, pudo dejar la mente en blanco y su espíritu se serenó.

Se había apagado el cielo un poco antes que de costumbre a causa de unas espesas nubes que durante toda la tarde fueron acumulándose sobre el valle empujadas por el viento del sur cargado de humedad. El toque de la campana anunció el fin de la jornada, la negrada dejó el trabajo y cesaron los hervores y el trasiego en la casa de calderas impregnada de un olor dulzaino. Se sentía el silencio roto por el goteo del guarapo que se purgaba en los recipientes de arcilla purificándose con el paso lento del tiempo y Pepe Antonio, una vez acabó de anotar en el cuaderno la cantidad de vasijas recogidas, se tumbó en el catre que le servía de cama y se dispuso a soñar rememorando los avatares de una vida que nunca imaginó pudiera experimentar tal cúmulo de vicisitudes.

Las gentes de Cambados decían que era hijo de unos titiriteros de la troupe del circo del señor Perrault que en el verano de 1825, cuando el jubileo del Apóstol, llegaron de tourné por tierras de Galicia. Según rumores que corrían de boca en boca, José de Veiga, el carpintero del pueblo, encontró una mañana de nieves, junto a su taller, a un recién nacido envuelto en pañales y María, su mujer, que seguía sin hijos tras quince años de matrimonio, acogió a la criatura como

llovida del cielo. A los pocos días el Obispo de Mondoñedo vino a Cambados para bendecir la nueva iglesia de Santa Úrsula, y María y José le llevaron al niño para que lo bautizara. La noche anterior se había visto el cometa y se hablaba de extraños presagios porque, no solo se aparearon lobos con ovejas, sino que además, la Santa Compañía se dejó ver en varios lugares con fuegos fatuos de muy variado colorido.

Pepe Antonio nació envuelto en leyendas y, para colmo, ocho años más tarde, volvió el Obispo por aquellos pagos y, viéndolo jugar a la puerta del templo rodeado de otros niños, lo reconoció por un aura especial que ya vislumbró sobre su coronilla el día del bautizo en el instante que derramó el agua bendita sobre su cabeza. Su Ilustrísima, sorprendido de que después de tanto tiempo conservara todavía el aura bautismal, le mandó llamar y, tras departir con él media hora larga sobre cuestiones teológicas que dominaba por efectos de la ciencia infusa, propuso a sus padres que mandaran al niño al seminario de Santiago pues veía en él condiciones innatas para alcanzar la fama de los grandes oradores sagrados. Pepe Antonio vivió feliz en el seminario aprendiendo oratoria, dicción y retórica además de teología y dogma, hasta que un mal día murió su padre putativo y la viuda tuvo que sacarlo del seminario para que se hiciera cargo de la carpintería.

Unos años más tarde, cuando el muchacho cumplió los veinticinco, se cansó de las sierras, las azuelas y los martillos y decidió embarcarse para América. A nadie lo dijo pero, desde su estancia en el seminario, había larvado en el fondo de su corazón el espíritu misionero. Pero más que una vocación de convertir infieles, a Pepe Antonio le movía el espíritu de ayudar a los más necesitados.

La madre lloró desconsolada la partida del hijo, y una madrugada fría de noviembre, envuelto en lluvias, el exseminarista embarcó en el puerto de Vigo

rumbo a las amélicas. El vapor naufragó a la altura de las islas Azores a consecuencia de un fortísimo temporal, pero a los pocos minutos una luz insólita atravesó la oscuridad del cielo iluminando el lugar del hundimiento. Las aguas se calmaron y Pepe Antonio sintió que flotaba sin ningún esfuerzo, y como llevado por una fuerza sobrenatural comenzó a andar sobre las aguas. A su alrededor los náufragos desesperados forcejaban con denuedo intentando mantenerse a flote. Poco a poco fue ayudándolos a llegar hasta la playa y al final logró reunir sobre la arena a una docena de pasajeros; entre ellos estaba Carlos Manuel de Céspedes.

La hazaña del joven gallego fue muy comentada en Sao Miguel y algunas personas devotas de la Isla quisieron ver en este suceso la mano misericordiosa de Dios, pero Pepe Antonio que estaba acostumbrado a vivir rodeado de lo que algunos dirían sobrenatural, no le dio mayor importancia.

Carlos Manuel de Céspedes, un joven alto de aspecto noble y elegante, heredado de su madre inglesa; con bigote y perilla a la moda de la corte y unos ojos penetrantes, llenos de decisión, regresaba a la isla después de doctorarse en derecho por la Universidad de Madrid y durante los dos meses que permaneció en Sao Miguel, a la espera de otro barco, nació una excelente amistad con su salvador, y el recién licenciado explicó a Pepe Antonio sus planes para luchar por la independencia de Cuba, convirtiendo al exseminarista en un ferviente simpatizante para la noble causa.

Pepe Antonio vivió tres años en Sao Miguel donde se hallaba uno de los más florecientes emporios azucareros. Con su formación y sus buenas maneras no le fue difícil encontrar trabajo y como premio a su dedicación y laboriosidad, fue ungido con el conocimiento de los secretos del azúcar que tanto iban a cambiar el rumbo de su vida.

En cuanto Pepe Antonio llegó a Cuba y el Rey del Azúcar tuvo noticia de aquel joven gallego tan ilustrado y diestro en los asuntos de ingenios y trapiches,

no tardó en encontrarlo y le ofreció el puesto de encargado de las casas de calderas de todos sus dominios de Villaclara.

Pepe Antonio vivía tranquilo entregado en cuerpo y alma a su trabajo y, por extraño que pudiera parecer en un hombre joven y de buena salud, nunca se despertó en él la llamada del sexo; las enseñanzas del Obispo de Mondoñedo habían conformado su espíritu y sin ningún esfuerzo se apartaba de las situaciones peligrosas que la vida le presentaba en aquel paraíso de abundancia y belleza. Lo que a él verdaderamente le inquietaba eran los malos tratos que se dispensaban a las gentes de color. Vivía como un hermano lego ajeno a los apetitos de la carne y preocupado solo por el bienestar de los esclavos a los que solo podía ofrecerles el consuelo de sus buenas palabras, ya que por temor a don Luis de Villena nunca se atrevió a exteriorizar las explosivas ideas de la revolución que defendía su amigo Carlos Manuel de Céspedes, hasta que un buen día, Levítica, la santera de Cienfuegos, se cruzó en su camino y lo llevó al convento de las clarisas de Villaclara. Desde aquella gloriosa semana en el convento, en que tan miríficos sucesos acaecieron, el sexo que parecía dormido se despertó. Nunca pensó que el placer pudiera alcanzar tan altas cimas de felicidad, pero además, el placer se juntó aquí con el amor, un maravilloso embrujo que desde hacía nueve meses obnubilaba sus pensamientos y le hacía vivir en continua desazón, obsesionado por encontrarse de nuevo con su amada.

Ven del Líbano, esposa;  
ven del Líbano, haz tu entrada.  
Avanza desde la cumbre del Amaná,  
de las cimas del Sanir y del Hermón,  
de las guaridas de los leones,  
de las montañas de los leopardos.

Pero su amada no llegaba y Pepe Antonio leía y releía el Cantar de los Cantares esperando que la esposa, en carne mortal, hiciera su entrada triunfante en su particular Jerusalén; pero acaba siempre vencido por el temor de que todo aquello que sucedió hubiera sido un milagro irrepetible y ya nunca más pudiera volver a ver a doña Julia. Angustiado, pensaba continuamente en Levítica, a la que no veía desde los aciagos días del convento, para pedirle una solución a su mal de amores, y entonces, como por ensalmo, apareció la santera de Cienfuegos en la penumbra del quicio de la puerta.

- Traigo un recado del amo. Mañana nos esperan en La Habana. -Su voz sonaba ronca-.

- ¿Qué dices?

- Sí, con Juan de Dios y Diamantina.

Pepe Antonio se asustó.

- ¿Y qué quiere el amo? ¿No se habrá enterado de lo del convento? ¿No sospechará...?

- ¿Sospechar de qué? -preguntó Levítica-.

Pepe Antonio observó perplejo su extraña silueta recortada por la luz de la luna y respondió:

- De lo del convento.

- ¿De qué convento hablas?

- Del convento de las Clarisas.

- Pero ¿qué dices? ¿Cuándo has estado tú en el convento de las Clarisas?

- Tú misma me llevaste aquella bendita noche. ¿Es que no te acuerdas?

- Desvarías. No sé qué puede haber pasado por tu cabeza. A lo mejor es que le has dado mucho al ron. Será mejor que no pienses cosas raras.

- ¿Dices que desvarío? ¿Y cómo explicas tu segunda juventud?

- ¿Mi juventud? No digas guanajadas. Anda, enciende los quinqués y mírame bien.

Pepe Antonio prendió las lámparas de aceite que colgaban del techo y acercose a Levítica sosteniendo el farol que tenía sobre la mesa.

- ¡Dios mío!

- ¿Me ves bien?

Pepe Antonio con el espanto reflejado en los ojos no pudo responder.

- ¿Te has asustado?

Era Levítica, la santera de Cienfuegos, de edad indefinida, vieja, encorvada, con el pelo en desorden y el rostro ajado lleno de cascaranas.

- ¿Pero tú...? Por favor, no me cuquees. Dime la verdad. ¿Qué ha ocurrido?

- Mira Pepe Antonio, no te enguiches y déjate de historias. Don Luis ha ordenado que mañana hemos de salir para La Habana.

Levítica se volvió de espaldas y renqueando abandonó la casa de calderas por una serventia perdiéndose en la oscuridad de la noche envuelta en el chinchín que descargaban las nubes.

Ahora, finalizada la historia del azúcar, sentado allí frente a doña Julia que no dejaba de mirarle mientras amamantaba al niño, tuvo la certeza de que su gozo divino en el convento fue una realidad; y en los ojos de la amada y en la roja cabellera del niño encontró la certeza de que el Amor de los Amores les mantendría unidos en la distancia con la esperanza de un nuevo encuentro. Aquel bendito lunar junto al pezón izquierdo era la rúbrica que avalaba sus esperanzas.

Pero, cuando los de Villaclara abandonaron el palacio camino del pueblo, Pepe Antonio volvió a dudar y preguntó a Juan de Dios y Diamantina:

- ¿Fue hermoso todo lo del convento, verdad?
- ¿De qué hablas? -contestó extrañada la pareja.
- Pero... ¿vosotros tampoco?...

Siguieron los tres bajo las estrellas caminando en silencio y al pasar por delante de la pulpería de la calle de los Oficios vieron un grupo de gente que se arremolinaba en la puerta. Se detuvieron por curiosidad y oyeron el bronco vozarrón de un humatán que gritaba entre risotadas:

- A ver qué unguento le pones a tu chico para deshincharle los cojinetes.

Se asomaron y vieron entre la humareda de los fumadores a un muchachote, con gesto dolorido, sentado en una silla, sujetándose con las manos el bajo vientre mientras una muchacha bellísima, con el pelo suelto y los ojos chispeantes, zapateaba sobre una mesa coreada por los aplausos de los lipidiosos parroquianos. Pepe Antonio reconoció a la espléndida Levítica que le acompañó en los días jubilosos del convento y quedóse extasiado viendo cómo el baile se hacía cada vez más frenético hasta que, al fin, la mujer cayó desplomada sobre la mesa y las cuentas de su collar se desparramaron por el suelo. A duras penas Pepe Antonio las recogió. Eran semillas de álamo plateado, se las guardó en el bolsillo y abandonó la pulpería.

Si el primer año de su llegada a Cuba fue un capítulo esplendoroso de felicidad los tres años siguientes se convirtieron en un infierno. Un infierno que superó gracias a su profesor de música cuando le regaló una espléndida colección de novelas inglesas de Jane Austen, Edith Wharton y George Eliot que fueron, no solo una gran ayuda para sus tiempos de soledad, sino que le ayudaron a

descubrir una nueva vida en la que la mujer tenía un importante puesto muy alejado de la sumisión que hasta entonces ella había vivido como esposa fiel y resignada.

Los nueve meses de embarazo llenaron su vida de singulares descubrimientos. Durante todo este tiempo doña Julia abandonó los paseos vespertinos y las visitas al orfanato y se recluyó en el palacio. Un palacio que guardaba entre sus muros fantásticas historias, de las cuales el destino iba a convertirla en singular protagonista.

Su pensamiento estaba siempre puesto en el Amado y, todas las noches, arrodillada ante la imagen del Corazón de Jesús, después de un sinfín de rezos y jaculatorias, sin reparar en el collar de semillas de álamo plateado, obsequio del doctor Valdés, se preguntaba qué cúmulo de circunstancias especiales deberían darse para que se repitieran los venturosos sucesos del convento de Villaclara; pero el Corazón de Jesús permanecía lejano, inmóvil sobre su peana, frío e insensible, mientras el montoncito de serrín aumentaba de tamaño por la fuerza destructiva de las termitas en su silenciosa e imparable labor.

El único contacto con el mundo exterior llegaba a través de su profesor de música, don Osvaldo Ruíz, el amigo del Penitenciario, antiguo organista en la catedral de Cádiz, muy dado a la bebida que aunque andaba todo el día jalfnalf mantenía siempre la mente lúcida y hacía gala de una conversación interesante y amena a la vez. Dotado de una locuacidad extraordinaria entretenía a doña Julia contándole los dimes y diretes de la muy noble ciudad de La Habana y las mil y una historias de su perdida y añorada Andalucía. Historias y recuerdos que subrayaba algunas veces interpretando a la guitarra fandangos, seguidillas, soleares y peteneras con una voz aguardentosa, dotada de gran sentimiento, que hacía las delicias de la doncella Rosinda dispuesta siempre a acompañar con palmas las canciones de don Osvaldo.

Voló la blanca paloma,  
voló con toda su gracia  
hasta las tierras de Cuba  
y el gavián caprichoso  
robó a la paloma blanca  
el candor de su alegría.

Pero, sobre todo, pasaba muchas horas con Adoración, depositaria de tantos secretos, para oír de sus labios las leyendas que flotaban como fantasmas entre los muros del palacio del Rey del Azúcar.

Durante aquellos nueve meses, movida por la curiosidad, doña Julia lambareaba por todos los rincones del enorme palacio pero nunca se decidía a traspasar la puerta que llevaba a las habitaciones de los juguetes del segundo piso; aunque había visto más de una vez a su esposo, cargado con jabas y jabucos, subir con mucho misterio cerrando la puerta a sus espaldas. Pero, cuando conoció de labios de Adoración la vida de la Marquesa de Esquilache se le abrió un mundo de sospechas y no pudo resistir la tentación de visitar aquellas "dependencias del amor" que fueron su refugio y, aprovechando las largas ausencias del marido, se dedicó a rebuscar entre las gavetas de su escribanía hasta que en el fondo de un doble cajón encontró la llave.

Quiso subir sola, y una mañana después del desayuno cuando el personal se afanaba en la limpieza y en la cocina, emprendió el camino del segundo piso. Al abrir la puerta, sintió una desagradable vaharada de comida rancia. Descorrió los grandes cortinajes, abrió las celosías y la luz inundó la primera habitación. Era un deslumbrante salón revestido totalmente de tapices y alcatifas persas, con divanes y otomanas repletas de almohadas de seda en vistosos dibujos de cachemir que convertían la estancia en un mundo íntimo y silencioso. Del techo pendía una lámpara hexagonal con vidrios de muy diverso colorido parecida a las

de la Alhambra granadina. Las paredes estaban cubiertas con cuadros de flores y pájaros pintados sobre seda, y un batik de enormes dimensiones representando a la diosa Siva con aquellos enormes brazos que parecían esperar a un príncipe enamorado para fundirlo en un plural abrazo. Junto a los divanes se veían pequeñas mesitas de caoba con incrustaciones de marfil, pero el intenso hedor paliaba la belleza de aquella espléndida tarbea.

De las tres puertas que había en el fondo abrió la de la derecha y penetró en lo que debió ser la alcoba de doña Ramona. En la penumbra, una cama con dosel de enormes dimensiones daba al dormitorio un aire mayestático; al abrir las contraventanas apareció un mundo de telarañas envolviendo todos los muebles. Aquella estancia llevaba cerrada más de cinco años, desde que a doña Ramona la hicieran marquesa y don Luis la instaló en la Casa Árabe. El polvo y el olor a humedad que se mezclaba con el hedor a comida rancia se habían acumulado por todos los rincones de la habitación. Doña Julia quitó el polvo de una de las sillas y se sentó delante del tocador presidido por un espejo desazogado que le devolvió su imagen difuminada como si fuera un fantasma. Jaboncillos resecos, polvos de arroz, afeites y frascos medio vacíos de esencias y colonias pululaban por los cajones del tocador; en el último encontró un fajo de cartas atado con una cinta verde. Desató el envoltorio y examinó los sobres. Eran las cartas de novios que su suegro, don César de Villena, enviaba a la portuguesa doña Virtudes de Braganza. Comenzó a leer con curiosidad aquellas hermosas misivas encendidas de pasión, pero al momento se dio cuenta de que la mayoría de las cartas habían sido copiadas literalmente por su marido y eran idénticas a las que ella recibió en Sevilla firmadas por don Luis. Sintió una angustia que a punto estuvo de hacerla vomitar mientras el niño que llevaba en sus entrañas se estremecía, y tuvo la desagradable sensación de descender otro peldaño en la bajada a los infiernos del

desamor de la mano del Rey del Azúcar. No se encontró con ánimos de continuar y abandonó el recinto presa de una terrible sensación de asco.

Al día siguiente subió de nuevo con la intención de dejarlo todo en orden y borrar las huellas de su presencia. Recogió las cartas, volvió a anudar la cinta alrededor de los sobres y, al depositarlos en el fondo del cajón, descubrió un libro de tapas de piel repujada. Lo abrió, pasó la primera hoja en blanco y leyó: "Diario íntimo de Virtudes de Braganza".

Conocedora del proceso de beatificación promovido por el Cardenal-Arzbispo, lo cerró y lo bajó consigo, con la intención de entregarlo personalmente a Su Eminencia, pensando que fuera de utilidad para la causa.

Anduvo toda la mañana con el libro en la faltriquera. Constantemente acariciaba el repujado del cuero movida por la curiosidad. Y, cuando se retiró a su habitación para la siesta, no pudo resistir la tentación y comenzó a leer:

*Lisboa 2 de enero de 1803*

*Al fin han concluido todos los preparativos. Me he casado por poderes y mañana embarcaré para Cuba. Ardo en deseos de conocer a don César. Desde que comenzamos a cartearnos he ido enamorándome más y más. Cada carta es una expresión de amor apasionado más vehemente que la anterior. Por el pequeño guardapelo con su retrato que me ha hecho llegar por medio del embajador de España, imagino a un noble caballero de imponente figura con los ojos...*

*En navegación 25 de enero de 1803*

*El tiempo transcurre muy lento en este océano infinito de azules y me consumo contando los días que faltan para que el barco atraque en el muelle de La Habana y poder al fin abrazar a mi esposo.*

*La Habana 4 de febrero de 1803*

*Todas mis ilusiones se han venido abajo. El caballero que imaginé de imponente figura ha resultado un personaje flacucho y patizambo. No logro comprender*

*cómo un hombre desprovisto de toda gracia fuera capaz de escribir aquellas cartas exultantes de amor. Mi desgracia es que llego casada por poderes y... Gracias a Dios ha tenido la delicadeza de que comenzáramos nuestra vida viviendo en habitaciones separadas, con lo cual espero dar largas al cumplimiento del débito conyugal.*

*La Habana 3 de marzo de 1803*

*Anoche, al mes de mi llegada a La Habana, tuve mi primera relación carnal con don César. He quedado tan asqueada que he tomado la decisión de entregarme por algún tiempo a la vida religiosa y por supuesto a seguir viviendo en habitaciones separadas.*

*La Habana 18 de marzo de 1803*

*Como suponía, don César no ha puesto ninguna objeción a mis deseos y con ello he llegado a la certeza de que ya desde antes de mi llegada, su prima doña Ramona, que vive en el segundo piso del palacio, era su amante. Ahora tras conocer los desastrosos resultados de las últimas zafras comprendo también que su único interés era mi dote*

*La Habana 7 de mayo de 1803*

*Para mi desgracia he quedado embarazada tras la única relación que tuve con mi marido. Pondré mi suerte en manos del Señor misericordioso esperando que esta nueva vida no fructifique en mí. ¡Perdonadme Dios mío!*

*La Habana 24 de diciembre de 1803*

*Han instalado mi cama en el segundo piso y he dado a luz a una criatura a la que no me han dejado ver. Llevo una semana exhausta con fiebres muy altas y temblores que estremecen todo mi cuerpo.*

*La Habana 4 de febrero de 1804*

*Hace un año que llegué a esta maldita tierra. Apenas me quedan fuerzas para escribir. Todavía no he logrado ver a mi hijo. Siento los pasos de la muerte. He pedido confesión pero nadie atiende mis súplicas.*

Era la última página escrita, las restantes seguían impolutas, amarilleadas solo por el paso del tiempo. Doña Julia, estremecida, cerró el diario, se levantó de la mecedora y fue a la cocina. Mandó a Adoración que retirara una cazuela que se calentaba en el fogón grande y dejó caer el libro entre las brasas. El cuero se retorció como si estuviese vivo y cuando prendieron las hojas se formó una figura de humo que, iluminado por el rojo, el amarillo y el bermellón de las ascuas, tomó la forma del rostro de una mujer con el espanto dibujado en el rostro. Adoración cogida del brazo de doña Julia, exclamó:

- ¡Es doña Virtudes de Braganza!

En el silencio de la cocina, mientras se convertía el libro en ceniza, se oyó un lamento y el humo se perdió entre la chimenea.

Doña Julia secó con su pañuelo dos lágrimas que le corrían a Adoración por las mejillas y la consoló:

- Esperemos que pronto la veamos en los altares.

Don Osvaldo Ruíz llegó puntual para la clase de música y tras el chocolate con picatostes de rigor, a la moda de España, la tarde transcurrió envuelta en corcheas y semifusas mientras doña Julia sentía colgado sobre su pecho, el frío de la llave de la segunda planta esperando el momento para una nueva incursión.

Cuando don Osvaldo se retiró con la luz menguante del atardecer, doña Julia ya no se atrevió a subir a las dependencias del segundo piso, pero después de la cena, deseosa de conocer la historia de los tres personajes, llamó a Adoración y escuchó de sus labios, sin parpadear, toda la peripecia de doña Virtudes, don César y doña Ramona.

- ¿Y decís que mi marido es hijo de la marquesa de Esquilache?

- No hay certeza absoluta. Todo sucedió en las habitaciones de arriba que como sabéis siempre han estado vedadas al personal de la casa excepto para Zenobia, la antigua ama de llaves de don César, quien me dio a entender algunos detalles con mucho secreto, antes de su muerte.

Doña Julia se quedó extrañada recordando lo leído en el diario:

*24 de diciembre de 1803: "He dado a luz una criatura a la que o me han dejado ver..."*

Adoración añadió:

- Lo que sí puedo aseguraros, aunque yo apenas tenía doce años cuando llegué con doña Virtudes, es que solo durmieron juntos una sola vez, y me parece difícil que una mujer virgen pueda quedarse encinta en una sola noche de ayuntamiento.

Doña Julia permaneció un momento en silencio mientras su imaginación se disparaba en las más fantásticas elucubraciones, luego, mirando a Adoración le preguntó:

- ¿Te gustaría acompañarme para conocer "las dependencias del amor"?

Adoración puso un gesto de asombro y con voz temblorosa respondió:

- Si se enterara don Luis podría matarnos.

- No temas que nadie lo sabrá. Mañana, después del desayuno subiremos.

Las cortinas del primer salón habían quedado descorridas, la luz entraba a raudales dando vida a todo el colorido de alfombras, muebles y tapices y Adoración quedó pasmada del lujo y la belleza de la estancia. Luego penetraron en el dormitorio de la cama con sobrecielo lleno de telarañas. Después abrieron la puerta del centro; era una habitación más pequeña con una sola cama y Adoración la reconoció como la que usaba doña Virtudes en su dormitorio del primer piso, lo cual podría confirmar el doble alumbramiento. Además, en un rincón se veía un semicupio de hojalata medio oxidado donde seguramente lavarían al niño y a la parturienta.

Volvieron de nuevo al salón y franquearon la puerta de la izquierda. Daba a un largo pasillo iluminado tan solo por la luz que se filtraba entre el quicio de las ventanas mal encajadas; el hedor se hizo insoportable, pero las dos mujeres avanzaron resueltas hacia la puerta del fondo. Se oyó ruido de algo que se movía y se detuvieron asustadas. Abrieron la puerta con cuidado y se encontraron los barrotes de una reja que les impedía el paso. Apenas se veía nada, pero los ruidos se oían más fuertes y el olor se hacía insoportable. A duras penas abrieron las ventanas del pasillo y la luz se filtró entre los barrotes iluminando lo que parecía una lóbrega celda. Las mujeres gritaron aterradas y retrocedieron. Luego, poco a poco, fueron acercándose. Al principio solo observaron un ser deforme, un extraño animal que retozaba entre restos de comida y sus propios excrementos envuelto en una nube de guasasas que revoloteaban a su alrededor; pero al mirar con atención comprobaron, espantadas, que se trataba de una criatura humana con cabeza de hombre de unos cuarenta años sobre un cuerpecillo completamente piloso de apenas medio metro de estatura. Miraba a las dos mujeres muy excitado dando muestras de agresividad y alargaba sus pequeñas manos, que parecían zarpas por el tamaño de las uñas, a través de los barrotes mientras abría y cerraba la boca gruñendo como un verraco. Impresionadas por aquella horrible visión y medio mareadas por el nauseabundo olor empujaron a toda prisa la puerta de madera sobre los barrotes de hierro. Volvieron a cerrar las ventanas del pasillo y, tras borrar cualquier rastro que hubieran podido dejar en aquellas estancias, abandonaron el segundo piso con el horror reflejado en el semblante.

No había duda, que se habían producido dos alumbramientos y desde que la Marquesa de Esquilache abandonara la casa, don Luis había estado alimentando a su hermanastro, el hijo de doña Virtudes de Braganza y don César de Villena, el auténtico Rey del Azúcar, para mantenerlo con vida y evitar así el

maleficio de "los hermanos ligados por la muerte" que pronosticara el behique Francisco Abraham.

Fue una dura jornada acompañando al amo por los campos y trapiches tórridos de sol con una humedad pegajosa que hacía insoportable las labores en los cañaverales. Aquel don Luis, que en La Habana parecía un dechado de caballerosidad atento y afectuoso con los poderosos, experimentaba una completa transformación en sus dominios de Villaclara convirtiéndose en un personaje despótico y malhumorado y la crueldad surgía continuamente en el trato con los negros hostigándolos como bestias entre gritos y lamentos a punta de látigo. Entonces, Pepe Antonio, atemorizado por la presencia del amo, sentía una terrible frustración por no poder intervenir en defensa de aquellos desgraciados. Para colmo habían transcurrido tres meses desde que el doctor Valdés relatará la singular historia del azúcar y Pepe Antonio andaba cada día más agitado con el recuerdo de doña Julia amamantando al hijo.

Aquella noche don Luis de Villena quiso que le acompañara en la soledad de su cena en la casa de Villaclara, y el gallego, con su mejor traje, se sentó a la mesa del amo. Servían la mesa Candelaria y Diamantina con el gesto serio y sumiso como si jamás hubieran conocido al encargado de la casa de calderas. Aunque don Luis no acostumbraba a dar confianzas a sus empleados con los que solo hablaba de asuntos relacionados con el trabajo, hizo una excepción con Pepe Antonio, pues sabedor de los detalles insólitos de su vida en España y en las Azores, quería conocer aquella noche su opinión sobre asuntos de teología y taumaturgia. Él había oído hablar de las virtudes y poderes de las semillas del

álamo plateado que poseía el doctor Valdés y, si esto era cierto, estaba dispuesto a conseguirlas por todos los medios.

A la llegada del café, comenzó la conversación de sobremesa preguntando:

- ¿Qué te pareció la historia del azúcar?

- Es curioso que ya en aquellos tiempos los moriscos lo trabajaran igual que hoy lo hacemos nosotros.

- No voy por ahí -sonrió por primera vez don Luis- me refiero a tu opinión, como seminarista que fuiste, sobre el poder curativo de las palabras.

- En el evangelio está escrito que Jesucristo curaba con la palabra.

Don Luis de Villena se carcajeó abiertamente.

- ¿No me querrás decir que el doctor Valdés tiene algo de Jesucristo?

- ¡Dios me libre! Pero a veces, por delegación... El Señor se vale...

- ¿Por delegación? Cuando el embarazo de mi mujer ni el Cardenal-Arzbispo ni el Penitenciario lograron nada y esos eran unos buenos delegados.

Pepe Antonio guardó un momento de silencio y se atrevió a responder:

- Pero sor Manuela de la Cruz sí que...

- Nada. Ella prestó el convento pero el único milagro lo hizo el Corazón de Jesús. Y ése sí que es Dios. ¿No te parece?

- Bueno, Dios precisamente... -se atrevió a sonreír Pepe Antonio-.

- Entonces ¿quién es el Corazón de Jesús? -preguntó mirando fijamente a los ojos de Pepe Antonio que por un momento sintió un hormiguelo por todo el cuerpo-.

- Se trata de una devoción instituida por...

- ¿Una devoción con más poder que el mismísimo Obispo? No hombre, no. El Corazón de Jesús es Dios. Y solo Dios hizo el milagro de la preñez.

Pepe Antonio respiró aliviado. La vanidad y el orgullo de don Luis de Villena le habían obsesionado con la idea de que tenía trato directo con el mismo

Dios y gracias a su divina intervención se había consumado el embarazo de su esposa. Pepe Antonio sabía que la estrecha relación de su amo con el estamento religioso no solo se debía al poder que el mundo eclesiástico ejercía sobre la sociedad sino que además en don Luis habitaba una pizca de fe y, aunque en la busca de la preñez de doña Julia acudió a magias y hechicerías, siempre atribuyó a los inventos de Levítica el soplo misterioso de una presencia divina.

- Y no te quepa duda de que Levítica fue el ángel enviado por Dios para obrar el milagro. -apostilló don Luis.

- Sí, eso es cierto en cuanto al embarazo -afirmó Pepe Antonio tranquilizándose- pero tened en cuenta que en el asunto de la curación de vuestro hijo solo intervino el doctor Valdés.

- Ahí quería llegar yo -sonrió don Luis pensando en las semillas de álamo plateado.- Creo que el doctor Valdés está más en el campo de la magia que en el de la medicina.

Pepe Antonio no contestó y don Luis insistió:

- ¿Acaso no conoces tú las virtudes del álamo plateado?

- No sé de qué me habláis, yo de magias entiendo poco.

- En ese caso quizá Levítica pueda...

- A Levítica hace meses que no se la ve por aquí.

Viendo que Pepe Antonio no podía ayudarle mucho para conocer el verdadero secreto que encerraban las semillas del doctor Valdés, decidió cambiar de tema y acabaron la sobremesa contabilizando los magníficos resultados de la última zafra que le iban a permitir duplicar las exportaciones de azúcar a Europa.

**Aquella cena en ..... de los negocios,** se mezcló magia, teología y santería desazonó todavía más a Pepe Antonio y a la hora de meterse en la cama no lograba conciliar el sueño intentando encontrar la solución para lo que más le atormentaba: el reencuentro con doña Julia.

Daba vueltas sobre el jergón pensando vías y caminos para llegar hasta la amada y en una de tantas vueltas extendió la mano al cajón de la mesilla que tenía junto a la cama y sacó las semillas de álamo plateado que recogió aquella noche de guangara en la pulpería de la calle de los Oficios. A la luz incierta del quinqué las contempló casi con devoción, brillaban como piedras preciosas, eran idénticas a las del collar que Levítica y doña Julia llevaban durante los felices días del convento de Villaclara; las besó y entonces oyó con toda claridad la dulce voz de la amada que le decía:

- Vedle que llega saltando por los montes, triscando por los collados. Vedle que está ya detrás de vuestros muros atisbando por las ventanas, espiando por entre las celosías.

Levantóse de la cama y al abrir las contraventanas y observar el cielo encontró un sinfín de constelaciones que parecían llamarle con su incesante parpadeo, se sentó en el alféizar de la ventana acariciando entre sus manos las semillas y miró a Casiopea, a Andrómeda, a la Corona Austral y a la Cruz del Sur. El silencio de la noche solo lo rompía el croar estridente de las guasabalas, como un taladro que le repercutía en las sienes empujándole hacia un destino que era a la vez su deseo. Se puso entre los dientes una de las semillas y la masticó. Poco a poco notó que se extinguía el brillo de las constelaciones. Lo envolvió una oscuridad total y sintió como si un torbellino de aire cálido lo absorbiera y lo llevara volando por los aires.

Como todos los días, a las once, después de la última mamada, Rosinda se llevó al niño a otra habitación para que doña Julia pudiera descansar durante la noche. El niño tenía piche a la oscuridad y en cuanto menguaban las luces se ponía a jerimequear, por lo que hubo de habilitarse una habitación contigua al dormitorio, alumbrada con varios quinqués, a fin de que la criatura pudiese conciliar el sueño.

Antes de meterse en la cama, doña Julia se arrodilló en el reclinatorio ante la imagen del Corazón de Jesús para pedirle una vez más, el prodigio que nunca llegaba, y ante el gesto imperturbable de la imagen desgranó lentamente el rosario entre sus dedos en una monótona sucesión de avemarías mientras se escuchaba lejano el canto de los canónigos del coro catedralicio, y cuando las voces se apagaron en el silencio nocturnal coincidiendo con el último orapronobis de su letanía, se oía, inexorable, el ruido de las termitas anunciando que un buen día aquella imagen que tanto gozo le dio, acabaría convertida en un montón de escobina. Empujada por la siniestra visión se levantó del reclinatorio, se puso el zarcillo de semillas de álamo plateado que le regalara el doctor Valdés el día que contó la historia del azúcar, y se contempló en el espejo abriéndose generosamente el escote del camisón para que el collar luciera con todo su esplendor sobre la nacarada blancura de su piel. De pronto el espejo tomó forma redondeada y cuanto había en el dormitorio comenzó a curvarse hasta convertirse en una esfera de oro en la que todos los objetos desprendían destellos de luz dorada. Sintió los efectos de la ingravidez y se encontró flotando en el centro de aquella inmensa esfera áurea en la que se había convertido la habitación. Ululó un viento desconocido y en su ingrávigo balanceo notó cómo el camisón se le subía por la cabeza y quedaba pegado en el techo cubriendo los rostros de la legión de negros que se afanaba en las tareas de la zafra.

Otra vez volvió a oírse aquella música de violines y marimbas que le traían el recuerdo del jardín del Convento de Villaclara y vio su propio cuerpo, como dormido, tendido a los pies del Corazón de Jesús. A la imagen se le avivaron sus ojos esmeralda y al instante comenzó a hablar de esta manera:

- Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y ciervos del campo, que no despertéis ni inquietéis a la amada hasta que ella quiera.

Doña Julia se oyó a sí misma responder:

- En mi lecho, por la noche, busqué al Amado de mi alma. Busquele y no le hallé. Me levanté y di vueltas por la ciudad, por las calles y las plazas, buscando al Amado. Busquele y no le hallé.

Y el Amado de la barba florida sentándose en la peana, quedó a la altura de su cuerpo y alargando la mano llena de dulzura, la acarició diciendo:

- Es tu cuello cual la torre de David adornada de trofeos de los que penden mil escudos que te dan el poder. Tus dos pechos son dos mellizos de gacela que triscan entre azucenas. Antes de que refresque el día y huyan las sombras ireme al monte de la mirra y al collado del incienso.

Y ella sin poder contenerse respondió:

- Levántate cierzo; ven austro. Oread mi jardín que exhale mis aromas. Venga a su huerto mi Amado a comer de sus frutos exquisitos.

Y mientras el Amado comía de sus frutos exquisitos, tomaron vida los esclavos de las pinturas del techo y se sumaron con gran gozo y deleite al banquete nupcial en un festín de ébano y zulaque como el que ella presencié, emocionada, cuando el barco que la traía de Sevilla atracó en el muelle de La Habana aquella espléndida mañana llena de claridades.

Por allá donde pasaba, los animales huían a espetaperro y las gentes, con cara de miedo, contemplaban boquiabiertas aquel extraño monstruo de hierro que echaba humo por sus fauces ennegrecidas haciendo sonar un estridente silbato. En el traqueteante vagón que se movía como un auténtico cocoyé, viajaban, amén de dos señoras blancas envueltas en tarlatana para evitar los perniciosos efectos de la carbonilla, dos soldados de uniforme, cuatro campesinas enjaminadas cargadas con grandes cestos repletos de hojas de cojiba, una pareja de viejos guaibosos con la cara llena de pústulas y las manos vendadas a causa de un extraño mal, y un grupo de guajiros que no dejaban de majaderear a un pobre negro patojo acompañado de un muleque.

Pepe Antonio viajaba en el ferrocarril recientemente inaugurado y el incesante traqueteo apenas le dejaba dormir. Vencido por el cansancio recreaba, entre cabezadas de sueño, la espléndida noche con la amada preguntándose, como siempre, sobre la realidad de lo sucedido. Tan solo recordaba la turbulencia que le arrebató cuando, desde el alféizar de la ventana de su habitación, contemplaba extasiado las constelaciones. Luego le inundaba un mar de dudas al recordar, flotando en el interior de la esfera áurea, el cuerpo dormido de su amada y todas las delicias que acaecieron. Se palpó el bolsillo y comprobó que de las cuatro semillas de álamo plateado solo le quedaban dos y sonrió pensando que el extraordinario prodigio pudiera todavía volver a repetirse. Pero... ¿qué ocurriría cuando se terminaran las semillas? ¿Por dónde andaría Levítica? Si pudiera encontrar a la santera existía aún la posibilidad de lograr el gozo perpetuo con la amada, el gozo que nunca fuera turbado por amargos despertares que le sumían en una gran desazón y un mar de dudas.

Cuando Pepe Antonio, tras la cena, se despidió de don Luis de Villena, ya tenía decidido que su sitio estaba al lado de los revolucionarios, junto a su amigo

el libertador Carlos Manuel de Céspedes, hermano de sor Manuela de la Cruz, que durante su estancia en Sao Miguel le había hecho participar de sus sueños de independencia larvados en su infancia desde que don César de Villena urdió el asesinato de su padre para arrebatárles el ingenio Libertad. Entonces él y su hermana abandonaron con su madre de las tierras vecinas de Villaclara y se establecieron en el ingenio de la Damajagua, a diez leguas de Manzanillo, en un altozano desde el cual se divisaban los azules infinitos del mar y la Sierra Maestra, un monte poblado por cimarrones que, huyendo de sus amos, creían haber encontrado la libertad en aquellas tierras, aunque vivían siempre en constante peligro intentando burlar a los soldados del Gobernador dispuestos a cazarlos como alimañas.

El proceso de independencia comenzó a fraguarse en 1873 cuando los diputados cubanos fueron expulsados de las Cortes de Cádiz después de haberseles prometido leyes que nunca se les dieron. Los cubanos vivían sometidos a un asfixiante monopolio mercantil y a un régimen político tremendamente déspota. Cuba era una colonia de explotación y los cubanos perdieron la fe en la metrópoli y decidieron apelar a las armas para conquistar su independencia.

En septiembre de 1867 Carlos Manuel de Céspedes constituía, junto con Francisco Vicente Aguilera, quizá el hombre más barbado de todos los revolucionarios con una mirada inteligente que infundía respeto a cuantos le rodeaban, el primer Comité Revolucionario que al poco tiempo se extendió por Oriente, Camaguey, Las Villas y La Habana. A ellos se unieron otros personajes célebres, decididos de una vez a sacudirse el yugo opresor de la Corona, personajes de una Cuba en eterno conflicto que, por supuesto, nunca formaron parte de la sociedad habanera, decadente y esclavista que se reunía, junto al Gobernador, en las fiestas que daba el Rey del Azúcar en su palacio.

Al llegar Pepe Antonio al ingenio de La Damajagua se notaba un gran movimiento de gentes armadas y los negros, abandonados los trabajos del campo, se afanaban en la organización de las milicias disponiendo toda suerte de pertrechos para el levantamiento que se avecinaba. Carlos Manuel de Céspedes avistó a su amigo al fondo del camino que conducía a la casa y no pudo disimular su alegría al encontrarse de nuevo con el exseminarista. Se abrazaron, tomaron asiento bajo las arcadas del porche cubierto por una enredadera de flores de mechoacán y saborearon dos refrescos de cojatillo, los dos hombres platicaron con mucho fervor sobre la imperiosa necesidad de iniciar la revolución. Ese mismo día Pepe Antonio se convirtió en el lugarteniente de su amigo uniéndose en cuerpo y alma a su improvisado ejército.

Después de una semana de intensos preparativos, al atardecer del día 10 el pequeño ejército de Carlos Manuel de Céspedes entró por primera vez en combate y atacó a la guarnición del pueblo de Yara. Muy pronto la sangre y los lamentos de los heridos pusieron el contrapunto al trágico estruendo de la guerra que se extendía por todo el valle. La superioridad de las fuerzas leales al Gobernador propició que el bautismo de fuego resultara un completo fracaso para los rebeldes que, al fin, maltrechos y malheridos optaron por abandonar el cerco de la ciudad y regresar, con todo el peso de la derrota, al ingenio de la Damajagua. Allí les esperaba un gran amigo de Céspedes, el militar dominicano don Luis Marcano y su pequeño pero bien adiestrado ejército. En pocos días Carlos Manuel reorganizó a sus hombres y, animado por el fervor del dominicano y la experiencia de sus hombres, se decidió a tomar la ciudad de Bayamo.

El sitio de Bayamo se prolongó durante cuatro días librándose encarnizados combates, cuerpo a cuerpo, entre los sublevados atacantes y las fuerzas leales al Gobernador mientras la exótica facina que poblaba aquellos deliciosos parajes huía en desbandada por el estruendo de los cañonazos.

Se dio la circunstancia de que durante los mismos días varias de las palomas que zureaban por los tejados del palacio del Rey del Azúcar aparecieron muertas con gran consternación de todo el personal de la casa que no supo a qué atribuir aquel triste suceso.

En la madrugada del último día Pepe Antonio cayó herido víctima de una bala que le alcanzó en el vientre y fue evacuado hacia la segunda línea de fuego a una improvisada enfermería. Al atardecer se sintió muy débil por la pérdida de sangre. Pedía agua, pero no se atrevían a dársela por el tipo de herida que presentaba y Carlos Manuel se acercó para tranquilizarlo.

- Cálmate amigo, el médico no tardará en llegar.

- No, Carlos. No te engañes. Dame agua y déjame morir.

- ¿Pero qué dices? No pienses en esas cosas.

- Este es un buen momento para morir por una causa justa. Muero por la liberación del pueblo oprimido.

- No digas locuras. Tú no vas a morir. Ahora llegará el médico y te curará.

- Desengáñate, con la metralla que llevo dentro, ni el mismísimo doctor Valdés sería capaz de salvarme.

Carlos le pasaba el pañuelo por la frente para secarle el sudor mientras trataba de infundirle ánimos. Pepe Antonio, haciendo un gran esfuerzo sacó de su bolsillo las dos semillas de álamo plateado y entregándoselas a Carlos Manuel le dijo:

- Toma y usa de ellas cuando quieras lograr lo máspreciado del mundo.

- Para mí lo máspreciado es la independencia de Cuba.

- Pues no las pierdas nunca y ellas te llevarán al triunfo.

La esfera cárdena de sol, como un globo envuelto en llamas se ocultó con prisa por detrás de los montes y el rápido atardecer tropical dio paso a un cielo tachonado de estrellas. Se apagó el ruido de los cañones y, la bisoña soldadesca

encendió hogueras para prepararse la cena; al mismo tiempo se iluminaron las luciérnagas alrededor de Pepe Antonio y las guasabalas pusieron música al silencio. Todavía vivió hasta el día siguiente y pudo ser testigo de la conquista de Bayamo. Pero al llegar de nuevo la noche, coincidiendo con la aparición de la luna llena, moría en brazos de su amigo mientras con los ojos en blanco deliraba:

- Antes de que refresque el día y huyan las sombras, ireme al monte de la mirra, al collado del incienso. Ábreme amada mía, paloma mía, que está mi cabeza cubierta de rocío y mis cabellos de la escarcha de la noche, y veo sangre de muerte en mis entrañas. ¡Ábreme paloma mía!

Cada noche, en la soledad de su habitación, doña Julia, arrodillada en el reclinatorio, recorría con la mirada la imagen del Corazón de Jesús y las pinturas del techo esperando el nuevo milagro del amor. Desde los venturosos sucesos de la esfera áurea, en los que vivió una noche entera de felicidad, aguardaba, con la emoción latiéndole en el pecho, que se repitiera la visita del Amado y si a él le placía, también la de toda la cohorte de esclavos.

Una y otra vez había desgranado entre sus dientes las semillas del collar que le regaló el doctor Valdés cuando finalizó el relato del azúcar, pero el Amado ya nunca más volvió. Ahora solo le quedaba, entre las páginas del Cantar de los Cantares que reposaba en su mesilla de noche, aquella extraña hoja en la que aparecía el rostro de una mujer y las dos cabecitas de un recién nacido, y por más que recitaba una y otra vez los divinos versos, la imagen permanecía impasible. Solo el día que los periódicos anunciaron la toma de Bayamo cuando por la noche frotó los pies de la imagen con la hoja de álamo plateado, el Corazón de Jesús

destiló una gota de sangre y doña Julia recordó, con un vago presentimiento la mortandad de las palomas y el casabillo de sor Manuela de la Cruz del que manaba sangre los viernes de cuaresma, un tiempo de muerte y padecimiento.

Rosinda, la doncella que espiaba por el ojo de la cerradura, en el momento en que la vio acostarse y apagar la vela, se fue directamente a la habitación de don Luis, abrió el cajón del escritorio donde había visto manipular a doña Julia, tomó la llave del segundo piso y, comida por la curiosidad, subió, alumbrada por un quinqué, a descubrir los misterios que ocultaban "las dependencias del amor". Y aunque la trémula luz del chapapote no alumbraba con la magnificencia del sol, Rosinda quedó tan impresionada como Adoración y doña Julia, pero a diferencia de ellas no oyó ningún extraño ruido, solo el olor guiaba sus pasos en busca de lo desconocido, y fue abriendo puertas hasta toparse con la reja. Descorrió el pestillo y alumbró lo que le parecía un perro dormido. Se acercó con el ánimo de liberarlo de aquella pocilga y, de súbito, el homúnculo se abalanzó sobre ella, se le agarró al cuello y restregó desesperadamente su cara babeante y pilosa contra los pechos y el vientre de la aterrorizada doncella. Con gran esfuerzo Rosinda logró desprenderse del repugnante monstruo y salió a espeta-perro, pero antes de que llegara a la escalera sintió sus garras sujetándole las piernas y al derribarla sobre la alfombra del salón oriental, perdió momentáneamente el sentido. El hombrecillo de rostro machango y guatacudo se entretuvo lamiendo la sangre que fluía por los cortes de las piernas y luego, guiado por el olfato, buscó entre sus muslos la sangre del menstuo que Rosinda destilaba durante esos días. El lameteo hizo que la infeliz mulata volviera en sí y, horrorizada, sacó fuerzas de flaqueza y logró desasirse. La llama del quinqué se había apagado y por un milagro no se prendió fuego. La estancia quedó completamente oscura y Rosinda se precipitó abajo mientras aquel ser deforme y repulsivo la perseguía alumbrándola con sus terribles ojos fosforescentes.

Adoración y Napoleón la vieron aparecer en la cocina jadeante y horrorizada y no pudieron contener un gesto de sorpresa al observar que la joven, envejecida por el pánico, tenía el pelo completamente blanco. Le dieron a beber una vaso de fucanga y no habían logrado reponerse de la visión de Rosinda cuando se abrió la puerta de la cocina y asomó la horripilante cabeza del homúnculo. Las dos mujeres se abrazaron presas de pavor y Napoleón tuvo la suficiente sangre fría para lanzarle una doladera de cortante filo que fue a incrustarse en el quicio de la puerta.

- ¡No le mates -gritó Adoración- Es el hermano del amo!

El hombrecillo tomó la doladera con sus manos en forma de zarpa y huyó por el pasillo blandiendo el hacha y dando toda suerte de volteretas, feliz de poseer aquel peligroso instrumento.

Toda la algarabía pasó inadvertida para el resto del personal que descansaba en la planta baja, junto a las cuadras, y tampoco doña Julia se percató de nada hasta que oyó chirriar los goznes de la puerta de su dormitorio. Entreabrió los ojos y observó una luz fosforescente que iluminaba la habitación. Sonrió pensando que quizá, de nuevo, iba a comenzar el prodigio de la esfera áurea, pero el hedor le hizo descubrir al instante al ser horrendo y nauseabundo que habitaba la mazmorra del segundo piso, atemorizada, tomó la hoja de álamo plateado para protegerse y permaneció inmóvil para no delatar su presencia.

El siniestro personaje se dirigió a la imagen del Corazón de Jesús, se subió a la silla y con una fuerza inusitada la derribó al suelo; luego, con la hachuela, comenzó a trocearla mientras las termitas huían en desbandada, despavoridas por la saña de los golpes de muerte que propinaba el hijo de don César de Villena y doña Virtudes de Braganza.

Cada golpe seco sobre la vieja y venerable madera lo recibía doña Julia en los más profundo de su ser como si le arrancaran jirones de vida, y la luna llena,

que veía a través de su ventana entreabierta, era testigo, aquella misma noche y a la misma hora, de la muerte de Pepe Antonio, malherido por la metralla, en brazos de su amigo el libertador Carlos Manuel de Céspedes, pero ella ya no pudo escuchar la voz delirante del Amado que decía:

- Antes de que refresque el día y huyan las sombras, iréme al monte de la mirra, al collado del incienso. Ábreme amada mía, que está mi cabeza cubierta de rocío y mis cabellos de la escarcha de la noche, y veo sangre de muerte en mis entrañas. ¡Ábreme paloma mía!

Cuando la venerada imagen, regalo de la Priora de las clarisas de Villaclara, Sor Manuela de la Cruz, quedó reducida a astillas, el hermanastro de su marido husmeó buscando el olor de la carne del niño y, al no encontrarlo, abandonó la habitación.

Desde los quince años en que la santera de Cienfuegos le ayudó a comprender el verdadero drama de su existencia, bullía en su mente una terrible sed de venganza hacia su hermanastro y el olor de la tierna carne del recién nacido le hizo dirigir sus pasos hacia el que iba a ser el objeto de su venganza.

Napoleón y las dos mujeres, observaron aterrorizadas cómo el tozo entraba en la habitación del niño. Al momento volvió a aparecer llevando en sus brazos a la infeliz criatura que envuelta en la luz fosforescente de aquellos horribles ojos glaucos permanecía dormida. Sin prisas, sabedor de que nadie se atrevería a acercársele, la llevó escaleras arriba y se encerró con ella en su madriguera.

Doña Ramona, la futura Marquesa de Esquilache, que por entonces reinaba en el palacio del Rey del Azúcar, andaba muy preocupada por la suerte del hijo, enano y deforme, del difundo don César que ahora cumplía quince años.

Don César de Villena preñó, con pocos días de diferencia, a ella y a su esposa doña Virtudes de Braganza, y los alumbramientos tuvieron lugar el mismo día en las habitaciones secretas del segundo piso con la sola presencia de Zenobia. Doña Virtudes, la portuguesa, moría a los pocos días a resultas de las complicaciones del parto y don César lo haría tres semanas después a manos de doña Ramona que, harta de soportar a su amante, había preparado un delicioso licor con mezcla de macuey y polvo de arsénico y todas las mañanas a la hora del desayuno le preguntaba:

- ¿Quieres que te glorie el café?

Y don César que era un goloso de cuidado, ajeno a lo que le esperaba, respondía:

- Por supuesto que sí.

Y ella vertía en la taza de café una copita del delicioso licor arsenical, que poco a poco iba corroyendo las entrañas del patuleco don César de Villena.

A la muerte de don César, quedó ella, con su hijo Luis, que todos creían hijo de don César y doña Virtudes, como tutora y reina y señora de la casa, mientras el hijo deforme de la portuguesa, el verdadero heredero, permanecía confinado en el segundo piso. Su deseo hubiera sido acabar también con aquella criatura para que todos los títulos y dominios del Rey del Azúcar pasaran directamente a manos de su hijo y nunca pudiera descubrirse la existencia del auténtico heredero, pero Zenobia, que tenía dotes de clarividencia por su relación con el behique Francisco Abraham y era algo facístola, al morir don César le advirtió haciendo alarde de sus saberes:

- Deberéis tener mucho cuidado con el niño machango, pues la vida de vuestro hijo estará ligada siempre a la de él.

- ¿Por qué? -Se extrañó doña Ramona.

- No olvidéis que los dos hermanastros están ligados por lazos de muerte.

- ¿Qué queréis decirme con eso?

- Sencillamente que al poco de morir uno moriría el otro.

Por eso doña Ramona nunca se atrevió a dar muerte a aquella siniestra criatura que, con quince años, apenas levantaba tres cuartas del suelo y permanecía, ignorada de la gente, en el más absoluto secreto, encerrada en una habitación del segundo piso.

Tras la muerte del behique Francisco Abraham y con el regreso de Levítica a la pulpería, se extendió muy pronto por toda la ciudad de La Habana la fama de los poderes de la santera de Cienfuegos. Con sus dieciocho años recién cumplidos ya era una persona lepera y manicata, cualidades que parecían impropias de una joven de su edad, pero además estaba ungida por la gracia de la santería y curaba y resolvía toda suerte de males valiéndose de salmos, conjuros, pócimas, talismanes o simplemente tocoloteando los naipes sobre las mesas de la pulpería. Doña Ramona, sabiendo de quién era hija y concedora de las relaciones del joven Napo con la Santera de Cienfuegos y de su fama de milagrera, le pidió un día que la trajera a la casa y, después de amenazarla de muerte si desvelaba algo de lo que iba a ver, subió con ella a la habitación del desgraciado enano. Entonces se produjo un hecho portentoso. En cuanto la joven Levítica apareció delante de la desgraciada criatura, ésta abandonó su gesto hosco, sus ojos se iluminaron de alegría, se dibujó en su cara una mueca a modo de sonrisa y permaneció tembloroso mirando fijamente a Levítica. Poco a poco adoptó la actitud de un perrilo faldero y extendió sus brazos hacia ella balbuceando por primera vez unas palabras que parecían decir:

- Te quiero, te quiero.

Doña Ramona pensó que aquella era una señal premonitoria del gran bien que la Santera podría hacer para mantener con vida al hermanastro de su hijo y queriendo mantener a toda costa el secreto de su existencia, le hizo jurar tres veces que no saldría de su boca ninguna palabra relacionada con aquel homúnculo. Obtenido este juramento, la Santera comenzó sus visitas una vez por semana para tratar de aliviar las precarias condiciones y alargar de ese modo sus años de vida.

Lo primero que hizo Levítica fue pensar un nombre para aquella desgraciada criatura.

- ¿Te gustaría llamarte Jonás?

El enano comenzó a dar cabezadas de asentimiento mientras repetía:

- Yo Jonás, yo Jonás.

A medida que transcurrían las semanas Jonás se iba humanizando, y en poco tiempo hablaba y entendía perfectamente. Al principio lo entretenía con juegos de cartas y dados. Luego le trajo algunos juguetes, pero lo que más deseaba el muchacho era que Levítica le contara historias, y un buen día la Santera tuvo la singular ocurrencia de contarle la verdadera historia de su nacimiento que hacía de él el auténtico Rey del Azúcar. El relato pormenorizado de todas aquellas injusticias, que Jonás escuchó en atento silencio, hizo nacer en el desgraciado muchacho un gran odio hacia su hermanastro.

Los encuentros semanales con Levítica tuvieron que suspenderse dos años más tarde, en el momento que aquella criatura deforme, urgida por el deseo libidinoso, se empeñó en aparearse con la santera de Cienfuegos y, ante la negativa de ésta, doña Ramona decidió dar por terminadas las visitas dejando al hijastro en la más completa soledad. Solo al cabo de treinta años, cuando en vísperas del inminente casamiento de don Luis tuvo que abandonar el palacio del

Rey del Azúcar, descubrió a su hijo cuarentón la existencia del enano y, tras explicarle con detalle que estaban ligados por lazos de muerte, le hizo responsable de la vida del hermanastro. Desde entonces don Luis se ocupó personalmente de su custodia y alimentación; pero el hombrecillo nunca le habló, solo le gruñía y continuaba acrecentando el odio hacia el usurpador.

Doña Julia salió de su habitación con el rostro desencajado y se encontró a Rosinda y Adoración que venían hacia ella convulsionadas por el llanto y gritando:

- ¡El niño! ¡El niño!

- ¿Qué ha ocurrido? -preguntó la señora con un hilo de voz.

Napoleón que parecía más sereno explicó:

- El maldito enano se ha llevado a vuestro hijo.

- No es un enano, es la mismísima mabuya -apostilló el ama de llaves.

- ¿El demonio? -preguntó la señora con los ojos en blanco.

- Seguro que sí -sentenció Napoleón- ese maldito engendro no puede ser otra cosa que el diablo.

Doña Julia se desmayó y la luz blanca del amanecer, que comenzaba a inundar la galería porticada, tiñó de plata la palidez de los rostros de las tres mujeres. Napoleón, para evitar males mayores, las condujo hasta la cocina y, tras dejar bien atrancada la puerta, saltó al patio por una de las ventanas y reunió a los hombres que dormían en las caballerizas. Hizo que se armaran con hoces, hachas y palos y los situó en el inicio de la escalera que conducía al segundo piso con la

orden de impedir, a toda costa, el paso de cualquier ser viviente. Luego tomó uno de los caballos y se fletó a galuche tendido.

En aquel amanecer habanero, cargado de malos presagios, las herraduras sacaban chispas del empedrado y el caballo llegó echando los bofes a las puerta de la Casa Árabe de la Marquesa de Esquilache. El olor a opio se notaba ya desde la calle y, aunque la entrada a aquella casa estaba terminantemente vedada a las gentes de color, Napoleón se quitó el sombrero y se presentó con una reverencia ante su amo. En pocas palabras le puso al corriente de lo que sucedía y acto seguido don Luis y la Marquesa, con el espanto reflejado en el rostro, subieron en uno de los carruajes que había en el patio y Napoleón les condujo a toda prisa hasta el palacio.

Durante el trayecto don Luis no cesaba de maldecir y proferir amenazas con el gesto desencajado por la ira y doña Ramona le repetía una y mil veces:

- No seas impulsivo, recuerda que estáis unidos por lazos de muerte y cualquier cosa que le ocurriera se volvería contra ti.

En cuanto llegaron, don Luis mandó que se retiraran todos los sirvientes. Quedaron solos al pie de la escalera él y la Marquesa de Esquilache y en lo alto apareció el enano; con una mano sujetaba al recién nacido apretándolo contra su cuerpo y con la otra asía la doladera con la que hacía poco había reducido a astillas la imagen del Corazón de Jesús. Don Luis de Villena gritó fuera de sí:

- ¡Devuélveme a mi hijo!

El avieso personaje dirigió hacia él la luz de sus ojos fosforescentes y blandiendo al niño como un trofeo, como si de repente expresara el odio acumulado durante tantos años, emitió una siniestra carcajada que hizo que el pequeño rompiera en un llanto histérico seguido de grandes convulsiones. El tozo abrió la puerta de las habitaciones del amor, dejó al niño a buen recaudo sobre uno de los sofás y volvió a aparecer en lo alto de la escalera empuñando el hacha.

Don Luis de Villena cambió de táctica e intentó acercarse con un jabuco lleno de comida en la mano mientras le decía con voz suave:

- Yo soy quien te ha cuidado siempre y te ha dado de comer. Ahora si tú quieres podrás bajar de tus habitaciones y si eres bueno...

El enano, enfurecido, comenzó de nuevo a gruñir y levantó el hacha en actitud amenazadora.

- Es inútil -dijo la Marquesa-. La única persona que a lo largo de su vida le hizo razonar fue Levítica.

Otra vez aparecía Levítica en su vida. ¿Se iban a repetir con su hijo todo el cúmulo de peripecias a las que la santera de Cienfuegos era tan aficionada? Pero pensándolo bien no podía negar que ella fue el vehículo del que Dios se valió para el milagro de la preñez de su mujer. ¿Por qué ahora no podría obrar un nuevo milagro y aplacar las iras de su hermanastro? No lo dudó más y llamó a Adoración para que fuera en su busca.

- Señor, a la santera de Cienfuegos hace tiempo que no se la ve. Ni aquí en La Habana ni por Villaclara se tiene noticia de ella. -guardó un silencio y continuó: -Aunque si me permitís, yo os diría que lo que se necesita para dominar a ese espantoso hombrecillo, sería asperjarlo con agua bendita.

- ¿Por qué decís eso?

- Esa criatura está endemoniada, ha destrozado la imagen del Corazón de Jesús.

- ¿Es posible?

Rosinda apareció con un montón de astillas en sus manos en las que se podían reconocer los fragmentos de la sagrada imagen.

- Quizá -intervino la Marquesa de Esquilache- lo mejor sería que fueseis en busca del Cardenal-Arzobispo.

- Pero recordad que, con mi mujer, el Cardenal-Arzobispo no pudo conseguir nada -adujo don Luis.

- Esto es muy distinto; los restos de esa imagen denotan claramente que se trata de un caso de auténtica posesión diabólica.

- ¿Queréis que le muestre la cruz y os convenceréis? -preguntó Adoración.

Sin esperar respuesta se sacó del corpiño una cruz de plata labrada, regalo de doña Virtudes de Braganza, y acercándose al pie de la escalera se la mostró al enano. El horrendo personaje dio un salto en el aire al ver el crucifijo, comenzó a dar bramidos, se puso a cuatro patas ladrando y echando espumarajos como un perro rabioso, al mismo tiempo levantó una de las patas y se puso a orinar. El líquido amarillento y pestilente corrió por los escalones hasta que los orines llegaron a los pies de Adoración, entonces el líquido se inflamó y como una lengua de fuego corrió hacia el enano que, despavorido, se encerró en las habitaciones.

Aquello fue más que suficiente para que don Luis de Villena se decidiera a poner en práctica la recomendación de doña Ramona. Su Eminencia Reverendísima, acabada la misa, estaba firmando las bulas asistido por el Penitenciario y recibió sin demora a don Luis de Villena. El despacho episcopal rezumaba olores de rapé, cera antigua y humo de incienso. Todo el mobiliario era negro y frailuno del más puro estilo clásico castellano. Dos cuadros de Zurbarán y un enorme crucifijo de Montañés, de pelo natural, con mucho lujo de sangre y heridas, adornaban las paredes. Tras los cristales del ventanal, un enorme loro del Brasil, con la pata anillada por una cadena a los barrotes del balcón, repetía constantemente "Ave María Purísima" a los viandantes que pasaban bajo el balcón del despacho arzobispal, y todos, sin excepción, se persignaban al oír el saludo mariano del pajarraco famoso en toda la ciudad de La Habana.

A los eclesiásticos les extrañó que don Luis acudiera tan de mañana al palacio episcopal y además, al presentarse sin su uniforme de hermano Mayor de la Real y Muy Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo, no cabía ninguna

duda de que se trataba de un asunto de urgente e importante, y Su Eminencia le preguntó a modo de saludo:

- ¿A qué se debe vuestra grata visita a tan temprana hora?

- Traigo malas noticias.

- Tomad asiento y tranquilizaos, que nosotros, con la ayuda de Dios, procuraremos convertirlas en buenas.

Don Luis de Villena, que venía desde su casa maquinando una explicación sobre su hermanastro, inició su estratagema y, a modo de confesión, se postró de rodillas junto a la mesa del Cardenal-Arzbispo y mintió:

- Durante cuarenta años he guardado en mi casa el secreto del hijo habido entre mi padre y la Marquesa de Esquilache.

Su Eminencia aspiró una pizca de rapé, estornudó y, sin darle importancia, dijo tomándole del brazo para que se levantara:

- No debéis avergonzaros don Luis. Eso demuestra la bondad de vuestro corazón.

El Penitenciario asintió con una sonrisa.

- Pero debéis de saber -continuó don Luis- que se trata de un ser terrible, un pequeño homúnculo que apenas levanta medio metro del suelo, ñato y patojo con aspecto de mono y garras como de tigre.

- ¿Y habéis tenido la santa paciencia de soportarlo durante tanto tiempo?

- Lo hice porque era mi hermanastro.

El Cardenal-Arzbispo sonrió.

- Eso os honra. Cuando yo digo que sois un santo... ¿No os parece Fray Ortuño?

El Penitenciario volvió a esbozar una sonrisa de aprobación.

- Bueno, bueno -se levantó el Cardenal-Arzbispo-. Si ése es todo el problema que os atormentaba tomaremos unas copitas de vino de celebrar y brindaremos por vuestra generosidad y por vuestro hermanastro.

- No, Eminencia. El pequeño monstruo debe estar poseído por el demonio.

- ¿Qué decís?

- Esta madrugada ha penetrado en la habitación de mi esposa y ha destrozado a hachazos la imagen del Corazón de Jesús y después ha raptado a mi hijo.

- ¡Dios mío! Ése hombre está loco -exclamó el Penitenciario.

- No, no está loco. Ese maldito enano está endemoniado.

Su Eminencia volvió a usar el fusique y tras el estornudo sentenció:

- ¡Habrás que exorcizar al homúnculo! O si preferís -sonrió tratando de hacerle un favor a don Luis-. Dado que es una criatura sin razón ni raciocinio podríais acabar con su vida.

- Recordad que tiene alma -advirtió el Penitenciario mientras escanciaba el vino de consagrar.

Pensando que la idea del Cardenal-Arzbispo pudiera prosperar y poner en peligro su propia vida don Luis intervino:

- Si con el exorcismo fuera suficiente y nos devolviera a mi hijo, yo me comprometo a mantenerlo con vida hasta que Dios se apiade de él.

Mientras en el Palacio episcopal se discutía sobre el alma del homúnculo paladeando el vinillo dulce, y el Penitenciario preparaba el hisopo y el agua bendita, la Marquesa de Esquilache pidió a Adoración un pedazo de carne cruda y se dispuso a intervenir con la intención de rescatar al niño creyendo que su único deseo era la carne fresca y tierna del recién nacido. La infeliz no sabía que desde los tiempos en que Levítica lo visitó, aquella deforme criatura sentía un odio terrible no solo hacia su hermanastro sino sobre todo hacia ella que fue la iniciadora de su cautiverio.

- Jonás ¿quieres probar esta tierna carne de recién nacido?

Comenzó a subir los escalones mostrándole el pedazo de carne sanguinolenta. Pero antes de que pusiera el pie en el primer rellano, la pequeña

bestezuela, en un golpe certero, le lanzó el hacha clavándosela en medio de la frente. Las mujeres, que desde el fondo de la galería porticada presenciaban atemorizadas la escena, gritaron al unísono:

- ¡Dios mío!

La Marquesa cayó de espaldas y rodó los siete escalones quedando tendida en el suelo con un rictus de espanto congelado en el rostro mientras un hilo de sangre le resbalaba por la cara y se perdía entre el canalillo de su generoso pecho.

El destino había llevado a la Marquesa de Esquilache a morir a las puertas del que fue su paraíso de juventud, las habitaciones del amor, donde ahora se había instalado la tragedia, una tragedia que siempre acompañó los azucarales borgianos y hoy teñía de sangre el palacio del Rey del Azúcar.

A los pocos instantes del suceso, apareció don Luis seguido de los eclesiásticos. Doña Ramona todavía respiraba con dificultad y el Penitenciario se arrodilló a su lado, sacó un pequeño estuche con los santos óleos y se dispuso a darle la extremaunción. El Cardenal-Arzbispo indicó a don Luis y a las tres mujeres que se arrodillaran alrededor de ella y comenzó un bisbeo de latines mientras el Penitenciario ungía pies, manos, boca, ojos y frente con los santos óleos. Finalizado el ritual de costumbre, Su Eminencia ordenó desnudar el cadáver; las santas mujeres así lo hicieron y, acto seguido, díjole al Penitenciario:

- Sin que esto sea motivo de escándalo, ungid a la difunta los pechos y el monte de Venus para que, como tres nuevos gólgotas, conduzcan a la finada a las puertas del paraíso.

Así terminó sus días la tarimera Marquesa de Esquilache. Eran las diez de la mañana y aún podía verse en el cielo la luna llena que durante la noche presenció la muerte de Pepe Antonio y de madrugada la destrucción del Corazón de Jesús.

Mientras Rosinda y Adoración envolvían el cuerpo de la Marquesa con un lienzo blanco y daban aviso a la muertería para que se ocupara del funeral, el enano asomó la cabeza por entre la puerta del segundo piso, y curioso, se sentó en el último escalón contemplando impertérrito todo el ajetreo. Al fondo dos fámulas sostenían a doña Julia, que presa del llanto, no cesaba de pedir a Su Eminencia que iniciara el exorcismo para liberar a su hijo. El Cardenal-Arzbispo se revistió con sus ornamentos y precedido por el Penitenciario, llevando el pocillo con el agua bendita y haciendo sonar la campanilla de consagrar, subió hasta el primer rellano. La siniestra criatura no hizo ningún movimiento extasiada por los reflejos iridiscentes de la capa pluvial y Su Eminencia tomó el hisopo y lo roció con el agua bendita. Las gotas del agua llenaron su deforme cuerpo de un sarpullido negro, como gotas de alquitrán, y el tozo, sin inmutarse, entró en la habitación y volvió a aparecer llevando al niño en sus brazos. Pero cuando los religiosos, convencidos de las propiedades curativas del agua bendita, creyeron que se lo iba a entregar de buen grado, comenzó a apretarle la garganta mientras el niño se ponía cada vez más amoratado. Las mujeres gritaron aterrorizadas temiendo que lo estrangulara. Los eclesiásticos bajaron a toda prisa y don Luis, espantado por la actitud del hermanastro, le disparó con un arcabuz. El proyectil no llegó a alcanzarle y el enano, con el niño en brazos, se encerró de nuevo en las habitaciones del amor.

Doña Julia no pudo conciliar el sueño aquella amarga noche y cuando la doncella Rosinda acudió por la mañana con el desayuno, la encontró sentada en la cama contemplando, entre un mar de lágrimas, la cuna vacía. En su triste

semblante se dibujaba la pregunta que la atormentaba: ¿Qué iba a ser de su tesoro en manos de aquel siniestro personaje? Y el corazón se le estremecía por la pena. Pero allá en lo más hondo de su pensamiento flotaba un hálito de esperanza alimentado por la mágica hoja de álamo plateado que el doctor Valdés puso sobre su frente el día del alumbramiento. Confiaba también en las oraciones de la fiel Adoración y del bueno del Penitenciario y, cómo no, en los poderes mágicos de la santera de Cienfuegos que tanto había contribuido para la llegada al mundo del ansiado hijo y que, desde donde estuviera, seguro que conocería lo sucedido. Y con todos estos pensamientos alimentaba la esperanza de tener muy pronto de nuevo al niño entre sus brazos.

Su otra gran preocupación era el montón de astillas en que se había convertido el Corazón de Jesús, el Amor de los Amores... Ahora recordando la gota de sangre que derramó la noche anterior, y el sueño terrible de la guerra con un campo de batalla sembrado de muertos, doña Julia presintió que las felices aventuras con el Amado habían llegado a su fin y que el único apoyo que le quedaba en la vida, lejos de su querida Sevilla, era el doctor Valdés: aquel hombre excepcional por el que sentía una extraordinaria admiración. Para ella no pasaron desapercibidas sus palabras tranquilizadoras durante el alumbramiento, sus miradas de perplejidad y embeleso cuando la vio por segunda vez antes de iniciar el relato del azúcar y, sobre todo, el collar milagroso de semillas de álamo plateado con el que la obsequió, como entregándole parte de su corazón, cuando se despidieron tras finalizar la prodigiosa historia del azúcar que liberó a su hijo del encantamiento y la aversión por lo dulce.

Rosinda dejó la bandeja del desayuno sobre una mesilla, entornó las contraventanas para que la penumbra borrara los malos recuerdos de doña Julia y ordenó a la mulatica Mercedes que recogiera el montón de maderas, las colocara con mucha devoción en un jabuco de mimbre y luego las cubriera con el paño

morado de respeto que el Cardenal-Arzobispo mandó que se usara los días de ayuntamiento con su esposo, días aciagos que desde el anuncio de su preñez ya nunca más sucedieron y la mulatica cumplía la orden con mucha aplicación y besaba devotamente cada una de las astillas antes de depositarlas en el jabuco.

Sí, excepto el primer año de su estancia en Cuba, doña Julia estuvo siempre necesitada de amor, ahora, sin su hijo y ante los restos del Amado que reposaban en el jabuco de mimbre, se sentía completamente sola y desamparada.

Mi Amado ha desaparecido  
Mi alma salió por su palabra  
le busqué, mas no le hallé.  
Le llamé, mas no me respondió.  
Os conjuro, hijas de Jerusalén  
que, si encontráis a mi Amado  
le digáis que desfallezco de amor.

El pausado tañido fúnebre de las campanas vino a sacarla de sus elucubraciones. Anunciaba el soterramiento de la Marquesa de Esquilache y la buena sociedad habanera, que se reunía para las grandes fiestas en el palacio del Rey del Azúcar, se daba cita ahora para el entierro en la Casa Árabe, donde el sacateca había excavado, en el centro del espléndido jardín, junto a la fuente rumorosa que arrullara tantos amoríos, una hermosa tumba para acoger los despojos de la tarimera Marquesa de Esquilache.

Junto al Cardenal-Arzobispo, don Luis de Villena, ataviado con el uniforme de Hermano Mayor de la Real y Muy Esclarecida Archicofradía del Espíritu Santo, y con el gesto preocupado por lo que pudiera ocurrirle a su hijo, presidía la solemne ceremonia.

Gracias a Rosinda, toda la historia de la vida oculta de la Marquesa que sucedió en las habitaciones del amor y los detalles de su trágica muerte, ya

corrían de boca en boca entre los asistentes al funeral que, en un rosario de veladas sonrisas, rememoraban inolvidables bacanales y los tejemanejes de la ilustre alcahueta para proporcionar todo tipo de encuentros amorosos. Comidos por la curiosidad, desfilaban para observar de cerca a la difunta que, por arte y gracia del embalsamador, mostraba un rostro relajado, con los pómulos sonrosados, los ojos grises abiertos como platos, y un lazo con una flor de cojatilillo sobre la frente que disimulaba la horrible huella del hachazo mortal.

La importancia del personaje entre las gentes notables de La Habana y sobre todo su estrecha relación con don Luis de Villena, hizo que el Cardenal-Arzbispo oficiara una misa de corpore insepulto en el mismo jardín de la Casa Árabe poblado de olorosas guabilas, peonias y sasafrás, mientras el coro de canónigos de la catedral cantaba a capela el oficio de difuntos envuelto en los enervantes aromas que despedía aquel edén.

No había finalizado el sacateca de echar sobre la hermosa caja de caoba las últimas paletadas de tierra cuando apareció Napoleón lleno de prisas e impaciencia.

- ¿Qué ocurre? -preguntó alarmado don Luis.

- Vuestro hermanastro ha logrado huir.

- ¿Y el niño? -gritó agarrando al criado por las solapas de la librea.

Napoleón muerto de miedo ante la cólera del amo no se atrevió a responder y don Luis insistió fuera de sí:

- ¡¿Y el niño?! ¡¿Dónde está mi hijo?!

- Se lo ha llevado, - balbuceó Napoleón.

Ante la trágica noticia cesaron los latines y los murmullos de las gentes, y en una de las dependencias de la casa se formó un conciliábulo entre el Cardenal-Arzbispo, el Gobernador General y don Luis de Villena mientras en el patio la distinguida concurrencia comenzaba de nuevo a elucubrar con las últimas nuevas.

Don Luis les expuso la verdadera situación explicándoles los problemas de lazos de muerte que le unían con su hermanastro y, entre tazas de café y alguna copa de brandy, estuvieron largo tiempo evaluando los peligros que encerraba la delicada operación. Al fin llegaron al acuerdo de que era inevitable la intervención de la fuerza pública teniendo buen cuidado en que no hubiera derramamiento de sangre.

El Gobernador llamó a su ayudante, uno de aquellos militares presumidos que floreaba entre los asistentes al funeral, le dio las oportunas órdenes y en pocos minutos toda la guarnición militar de La Habana se puso en estado de alerta con una orden concreta: capturar al homúnculo y rescatar al recién nacido sin disparar un solo tiro.

Comenzaron cercando la manzana de casas situada entre las calles Bermaza y Monserrate donde vivían varias familias de negros briches, bozales y brincamos entre cuyos miembros abundaban los individuos enanos pensando que el tozo, convenientemente tizado, hubiera buscado refugio entre ellos para pasar desapercibido, pero el resultado fue infructuoso. A mediodía siguieron la búsqueda por la zona del puerto inspeccionando las bodegas de todas las embarcaciones, y durante la tarde las tropas peinaron literalmente aquella Habana lenta y señorial registrando hasta el último rincón de cada casa sin encontrar ni rastro.

Nadie sabía que el hombrecillo estaba dotado de un don especialísimo transmitido por Levítica que le permitía dar grandes saltos y, de esta manera, corría por los tejados de la ciudad sin necesidad de pisar la calle. Solo al atardecer, un grupo de lunáticos que celebraba en la Plaza Vieja sus rituales iniciáticos adorando a la luna llena, vieron cruzar por el cielo, saltando de tejado en tejado, a un extraño animal que no tenía aspecto de pájaro; inmediatamente dieron aviso a los soldados y durante la noche, desde las terrazas aledañas,

pusieron cerco a todo el barrio, tomando también las calles de Mercaderes, San Pedro, Churruca y Santa Clara, con la intención de proceder, al día siguiente, con las primeras luces del alba, al registro de todas las viviendas.

El desgraciado hermanastro de don Luis buscaba desesperadamente a Levítica, la única persona con la que había hablado a lo largo de toda su vida, con la esperanza de encontrar en ella a la mediadora para negociar la devolución del niño contra su libertad. En los tiempos de juventud en que se conocieron, la santera de Cienfuegos le había hablado de sus años felices cuando además de los amores de Napo, gozaba realizando sus primeras curaciones milagrosas en aquella habitación encantada llena de exvotos y artilugios taumatúrgicos -heredados del behique Francisco Abraham- situada en los altos de un establecimiento de bebidas. Aquel fue su santuario iniciático, y el enano volador tenía la certeza de que la descubriría en aquel ignoto lugar.

Al fin, en uno de sus saltos se introdujo en el soberao de la pulpería. Pero allí solo encontró a una mujer anciana que postrada en un jergón apenas le quedaban fuerzas para hablar y a duras penas pudo pronunciar estas siete palabras:

- Tú no puedes luchar contra el destino.
- Tienes que ayudarme -insistió desesperado.

Pero por muchos intentos que hizo, la vieja no volvió a abrir la boca y aunque abajo no cesaba el bullicio de los lípidiosos parroquianos bailando bolanchera, el siniestro hombrecillo, rendido de cansancio, se dejó caer en el camastro junto a la vieja, sin soltar al niño, y se quedó dormido. En aquel mismo instante, los soldados del Gobernador derribaron la puerta e irrumpieron en el soberao. El humúnculo casi no tuvo tiempo de reaccionar, abandonó al niño sobre la cama y saltó con rapidez desde la ventana perdiéndose por los tejados.

Mientras un grupo de soldados intentaba seguirle, los otros recogieron a la criatura y la llevaron a toda prisa al palacio del Rey del Azúcar.

En cuanto don Luis vio aparecer a los soldados con el niño, la primera pregunta fue saber si habían matado al hermanastro; la negativa le tranquilizó pero al observar el lamentable estado en que llegaba su hijo con aquella horrible marca de los colmillos grabada en la garganta ordenó trasladarlo de inmediato a la casa del doctor Valdés y hacia ella acudieron también doña Julia, Adoración y Rosinda.

Cuando llegaron las tres mujeres, el pequeño estaba tendido sobre la mesa grande en el centro de la biblioteca, don Luis sentado, expectante, en uno de los sillones y el doctor Valdés examinaba aquel cuerpecillo exangüe y blanco como bañado por un rayo de luz de aquella luna que tantas desgracias había alumbrado la pasada noche.

Las tres mujeres lloraban en silencio, el médico se afanaba buscando el remedio entre sus libros y otra vez volvía a auscultarlo.

- El niño ha perdido demasiada sangre. -Sentenció-.

- Pero ¿no es cierto que vos curáis con la palabra? -preguntó don Luis obstinado en no perder la esperanza.

- ¿Pero cuál es la palabra adecuada? Si no encuentro la solución en los libros poco podré hacer por vuestro hijo. -le respondió el doctor Valdés harto de sus extemporáneas interrupciones.

Y siguió hojeando los libros mientras en el silencio de la biblioteca solo se oía el tic-tac del reloj de péndulo y la débil respiración entrecortada de la criatura moribunda.

Doña Julia se acercó al escritorio y, con lágrimas en los ojos, puso entre las manos del Rector de Salamanca el puñado de semillas que todavía le

quedaban. El doctor Valdés la miró llena de ternura y le dijo en un susurro tuteándola por primera vez:

- No, amor mío. Gracias por tu generosidad pero esto no es suficiente.

Continuó absorto en la consulta de varios libros y al fin exclamó en voz alta:

- Ya lo encontré. Transfundir es la palabra mágica. -Luego añadió dirigiéndose a don Luis:

- Vuestro hijo necesita sangre humana.

Todos reaccionaron con un escalofrío.

- ¿Sangre humana?

- Sí. Según el tratado de Miguel Servet, la única solución para salvar la vida del niño sería restituir la sangre que le ha robado vuestro hermanastro.

- No haréis caso a lo que dice ese hereje que fue quemado en la hoguera.

- Ese hereje, como vos le llamáis, tenía toda la razón.

Don Luis dudó un momento y al final contestó de mala gana:

- Entonces tomad mi sangre para salvarlo.

- Vuestra sangre no sirve.

- ¿Que no sirve la sangre de su padre?

Doña Julia contemplaba atónita la conversación temiendo la respuesta del doctor Valdés, pero como siempre, éste tuvo las palabras apropiadas para atajar las situaciones peligrosas y respondió:

- ¿Acaso queréis transmitirle la herencia de los lazos de muerte que arrastráis con vuestro hermanastro?

Don Luis comprendió que el médico estaba cargado de razón y no contestó.

Por primera vez las manos del doctor Valdés iban a cooperar con la palabra y a convertirse en el vehículo curativo. Las tres mujeres se prestaron a

que el médico les extrajera sangre y con la ayuda de unas agujas y unas cánulas especiales practicó las correspondientes transfusiones en el cuerpecillo del niño que, al punto, vivificado por aquella singular energía, comenzó a cobrar color, y al poco rato, en brazos de su madre y seguido por las dos sirvientas, abandonó la casa del médico lleno de vida.

Don Luis permaneció sentado y en silencio con gesto huyuyo hasta que desaparecieron las santas mujeres; entonces el doctor Valdés tomó unas copas, escanció oporto y propuso un brindis:

- ¡Por vuestro hijo!

Don Luis no contestó; ni siquiera tomó la copa. Guardó un largo silencio y cuando el médico hubo apurado la suya preguntó:

- ¿Cómo queréis que brinde por un hijo por cuyas venas corre ahora la sangre de una mulata?

El antiguo Rector de Salamanca iba a responder, pero se dio cuenta de que sus argumentos no podrían nunca ser entendidos por aquel presuntuoso personaje obsesionado siempre por la fuerza de su fortuna y su poderío absoluto sobre vidas y haciendas, así que prefirió servirse otra copa de oporto y volvió a brindar.

- A vuestra salud.

Esta vez don Luis aceptó el brindis y tras vaciar la copa advirtió:

- Espero por vuestro bien que no diréis a nadie lo de la mulata.

- Id tranquilo. La sangre no tiene razas, además el juramento hipocrático me lo prohíbe; y no sé si, por suerte o por desgracia, soy un hombre de principios.

Don Luis de Villena abandonó la casa más tranquilizado pero al cabo de una semana le volvió el desasosiego. Las batidas de los soldados resultaban infructuosas. Al enano parecía que se lo había tragado la tierra, y aunque se publicaron anuncios en los periódicos y se leyeron bandos en las plazas prometiendo sustanciosas recompensas a quien pudiera dar noticia sobre su

paradero, los días pasaban sin que nadie aportara ninguna información. Hasta que un mal día apareció el ayudante de campo del Gobernador al mando de un grupo de soldados.

- No hemos tenido otro remedio -le dijo a modo de saludo.

Los soldados tiraron de la manta que cubría unas improvisadas angarillas y apareció, cosido a balazos, el cuerpo de su hermanastro cubierto por un enjambre de moscas que con mucha terquedad libaban la sangre del funesto hombrecillo. Allí mismo rememoró lo que tantas veces había escuchado por boca de doña Ramona:

- Recuerda que estáis unidos por lazos de muerte.

Con la lentitud propia del tiempo habanero transcurrieron varias semanas desde la muerte del hermanastro. Poco a poco don Luis fue olvidando los malos augurios de los lazos de muerte que les unían y siguió con sus viajes a Villaclara, como si la horrible peripecia hubiera sido solamente un mal sueño. Hubo entonces, por parte de don Luis de Villena, el intento de iniciar una aproximación hacia doña Julia, pero el cúmulo de sufrimientos acaecidos levantó una barrera infranqueable entre los esposos y aquel amor espléndido del primer año había desaparecido por completo. Aunque en don Luis, más que el amor, primaba un instinto de animal en celo, una atracción hacia el cuerpo espléndido de la bella sevillana que al fin paliaba en la Casa Árabe que ya desde antes de la muerte de la Marquesa de Esquilache había convertido en su segunda casa, un lugar para el goce y el placer que compartía con el grupo de incondicionales amigos.

Aquel matrimonio que se inició en Sevilla estaba completamente roto, pero doña Julia ya no era la esclava resignada y obediente dispuesta a sufrir en

silencio; las conversaciones con el profesor de música, la lectura de las novelas inglesas y todas los extraordinarios sucesos ocurridos habían transformado su carácter y ahora se sentía con fuerzas para enfrentarse abiertamente a su marido.

En toda la isla, los ánimos de los independentistas andaban en aquellos tiempos muy exaltados en la lucha contra el poder central. Se habían establecido dos gobiernos rebeldes: el de Oriente encabezado por Céspedes y el del Centro, liderado por Agramonte que por desgracia no consiguieron unificar bajo un mismo mando el movimiento insurreccional, pero el germen de la libertad había fructificado en el ánimo de todas las gentes y desde que comenzaron los primeros conatos revolucionarios, se percibía un brillo especial en los ojos de los esclavos como si adivinaran el final del largo infierno de la esclavitud. Hasta cuando llegó a Villaclara, don Luis observó ese brillo singular en los ojos de Juan de Dios y Diamantina, personajes de su absoluta confianza, siempre dóciles y pacíficos.

Aquella misma noche de su llegada, tras la cena en solitario, leyó en el “El Eco de Villaclara”:

*“Mediante una circular el presidente de la República en armas, Carlos Manuel de Céspedes decreta la destrucción de todos los campos de caña de la Isla y dispone para finales de año la sublevación de las dotaciones de esclavos. Céspedes pretende de esta forma extender la insurrección atacando a las grandes plantaciones azucareras cuyos propietarios apoyan financieramente a las fuerzas españolas. Se inaugura así la fase radical de la revuelta cubana, con*

*enfrentamientos entre los sectores revolucionarios y conservador, divididos ante la cuestión de la abolición de la esclavitud”.*

Don Luis miró con cierta nostalgia las panoplias repletas de armas, pensó en su amigo el Gobernador General y en la fuerza de sus ejércitos y se durmió sin más sobresaltos.

La luz del sol disipó lentamente las brumosas del amanecer y, al fin, quedó la mañana radiante y esplendorosa. Don Luis, orgulloso, contemplaba desde su caballo cómo las dulces cañas se abatían con el golpe certero del machete y la negrada se ocupaba llenando los carros tirados por yuntas de bueyes mientras, a su alrededor, los mayores, gente blanca y mal encarada, sicarios a las órdenes del amo, apremiaban a los esclavos hostigándoles con el zurriago. Don Luis recorría sus enormes posesiones henchido de satisfacción pero no lograba apartar de su cabeza las noticias de la incipiente revolución, aunque tenía la seguridad de que no había nacido el que se atreviera a tocar un palmo de sus tierras. Sin embargo, de vez en cuando, le sobrevenía, como una punzada, el recuerdo de su hermanastro muerto y la maldita profecía a la que temía más que a cualquier revolución.

Esa misma mañana, sor Manuela de la Cruz, Priora del convento de Villaclara, la hermana de Carlos Manuel de Céspedes, se levantó presintiendo el triunfo inminente de la revolución. El recuerdo de sus padres, aquellos iluminados que a principio del siglo ya predicaban el abolicionismo, la empujó a las dependencias olvidadas del ala sur del convento para contemplar, desde las ventanas del piso superior, las tierras del ingenio Libertad que fueron el escenario de sus días de infancia hasta el asesinato de su padre a manos de los mercenarios de don César de Villena.

Abrió las celosías para otear el paisaje y contempló el manto de verdes cañamelares que se extendía hasta los pies de la sierra de Escambray. Desde la

lejanía parecía todo envuelto en silencio, y pequeños grupos de altísimas palmeras recortaban con sus palmas el azul del cielo dibujando la dirección de la suave brisa. Allá a lo lejos se divisaba el magnífico ingenio cargado de recuerdos, la casa espléndida que albergó los momentos más felices de su vida rodeada de todos los suyos.

Contemplando toda aquella magnificencia no podía dejar de preguntarse qué hubiera sido de su vida si no llega a producirse la muerte de su padre. Seguramente ella no habría entrado en el convento y estaría casada y rodeada de hijos; siempre había sentido un profundo cariño por los niños, era quizá una de las renunciadas más fuertes que tuvo que hacer pero la campana le recordó que era tiempo de oración y cesó en sus elucubraciones.

Volvió a entornar ventanas y celosías y abandonó aquella ala sur del convento, que en su día habitó doña Julia y fue testigo de tan memorables prodigios con la presencia del Corazón de Jesús. Ahora en la oscuridad, seguía otra vez poblándose de humedades y telarañas que borrarían las huellas de tan glorioso pasado.

Don Luis admiraba el aspecto de las modernas instalaciones y hacía planes para cuando su hijo, su heredero, pudiera cabalgar junto a él recorriendo las extensas propiedades donde un sinfín de trapiches con sus enormes cobertizos, flanqueados por altísimas chimeneas, daban fe de las nuevas máquinas movidas a vapor. La casa de calderas recién construida presentaba un aspecto diferente de los viejos trapiches movidos por el esfuerzo del hombre. Ahora estaba todo mecanizado. Comenzaba la era industrial pero, como siempre, los esclavos seguían relegados a los más duros trabajos.

Don Luis descabalgó, entregó las riendas del caballo a un negrito que le sonrió mostrándole dos hileras de dientes blanquísimos y entró en la casa de calderas donde hervía el guarapo. Anduvo por el entramado de raíles que cruzaba

toda la amplísima nave para transportar las calderas hasta los depósitos donde se purgaba el azúcar en una apoteosis de dulzores olores mientras el intenso vapor desfiguraba los cuerpos de los negros que se afanaban en el trabajo.

De improviso se encontró rodeado de una treintena de hombres que le observaban con actitud amenazadora. Nunca había visto el odio tan perfectamente reflejado en los ojos de la negrada; siempre fueron miradas serviles y huidizas las que se escapaban de los ojos de los esclavos. Pensó que se trataba de una figuración suya y les sostuvo la mirada pero la actitud del grupo no varió ni un ápice y don Luis comenzó a sentirse molesto.

- ¡Vamos! ¡Volved al trabajo!

Los hombres permanecieron inmóviles. Parecían estatuas talladas en piedra. Le miraban fijamente sin parpadear manteniendo el cerco a su alrededor. Por primera vez sintió miedo y no tuvo más remedio que gritar llamando a los mayores en su ayuda, pero el ruido de la maquinaria ahogó sus voces y el cerco permaneció implacable. Comenzó a notar un sudor frío y echó mano al revólver, pero antes que pudiera disparar se encontró sujeto de pies y manos. Pateaba y maldecía, impotente e incrédulo, de verse en aquella situación. Sus esclavos, sus siervos, siempre temerosos, lo tenían ahora tumbado en el suelo, y uno de los negros, un congo musungui, se acercó empuñando un machete. Por primera vez vio dibujarse una sonrisa en el rostro de aquellos desgraciados y en la hoja pulida del machete se reflejó, por un instante, su cara desencajada de terror.

El círculo se había cerrado a su alrededor y el rosario de sonrisas de la negrada feliz fue la última visión que se llevó de este mundo.

La cabeza quedó limpiamente separada del cuerpo y la sangre brotó a borbotones.

Los hombres de la casa de calderas proseguían su trabajo con toda normalidad y entre en ruido y la humareda de los motores de vapor nadie más se percató del suceso.

El cuerpo fue convenientemente troceado y se echó a las calderas donde hervía la melaza. Al punto don Luis de Villena quedó convertido en azúcar. Uno de los negros cató la melaza y asintió con un gesto de satisfacción. Mientras el trabajo continuaba como si nada hubiera sucedido otro le quitó la montura al caballo del amo y le dejó en una serventía para que se perdiese por la sierra de Escambray.

La cabeza la guardaron en un cubo y al anochecer se la llevaron a Cienfuegos.

Levítica hizo un trabajo primoroso y la disecó dejándola peinada y convenientemente acicalada como si estuviera a punto de hablar. Luego la embalaron con mucho cuidado en un bonito estuche de madera de cedro y al día siguiente la facturaron en el ferrocarril de La Habana dirigida a don Luis de Villena y Braganza.

Al percatarse los mayores de la ausencia del amo dieron aviso al comandante del puesto de Villaclara y éste lo comunicó con urgencia al Gobernador General que, de inmediato, ordenó una búsqueda exhaustiva. Se removieron ingenios y viejos trapiches y se exploró hasta el último rincón de los inmensos campos de cañaduz. Todos los negros fueron interrogados y sus bohíos registrados de arriba a abajo con la esperanza de encontrar algún indicio, pero el resultado fue infructuoso.

El viernes siguiente, don Luis de Villena no regresó de Villaclara, en su lugar lo hicieron Juan de Dios y Diamantina con la noticia de que el amo no aparecía por la casa de Villaclara desde el lunes pasado.

La primera reacción de doña Julia fue de sorpresa, luego le invadió una sensación de placidez y bienestar que siguió en aumento a medida que transcurrían los días sin noticias de don Luis, como si le hubieran quitado de encima la enorme losa del irascible marido.

Durante algún tiempo estuvo perdida entre las diversas mercancías que transportaba el ferrocarril y un buen día a media mañana, un mozo de la estación del ferrocarril, vestido de azul mahón, trajo la caja de madera de cedro al palacio del Rey del Azúcar.

Napoleón la recogió en la misma puerta y anunció a doña Julia:

- Señora, se ha recibido una caja para don Luis.
- Está bien. Déjala en su despacho para cuando regrese de Villaclara.

Nadie podía figurarse que don Luis, por lo menos su cabeza, acababa de arribar, para in eternum, a la casa que le vio nacer.

Con la llegada de la caja, como si de un talismán mágico se tratara, se experimentaron un sinnúmero de cambios en el palacio del Rey del Azúcar que, si al principio pasaron desapercibidos para la mayoría de las gentes, fueron poco a poco tomando carta de naturaleza transformando el aire, los usos y los modos que hasta ahora imperaban en la ilustre casona.

El mismo día de la llegada de la caja varias parejas de sinsontillos aparecieron por las galerías del primer piso y pronto les siguieron guacamayos, frailecillos, acotechilis, pintacilgos y hasta loros reales, con lo cual aquellos inmensos soportales se convirtieron en un alegre cafarnaun de trinos y juegos de color. Coincidió también que sor Manuela, la Priora del convento de Villaclara, sabedora de la milagrosa desaparición de don Luis y conocedora de la opinión del Cardenal-Arzbispo de que el Señor escribía a veces con renglones torcidos, escribió una carta a doña Julia recomendándole conceder la libertad a sus sirvientes esclavos y así, en pocos días el palacio, impregnado de las ideas

abolicionistas de los Céspedes, se convirtió en un lugar feliz parecido al ingenio Libertad.

Transcurrieron tres meses y, pese al interés y a los esfuerzos que se pusieron en su busca, don Luis de Villena no aparecía por ninguna parte. Hubo rumores de muy variada especie en que incluso llegó a barajarse el asesinato, pero nada pudo probarse pues no se encontró ni rastro de su persona ni de ninguna de las prendas que llevaba el día de su desaparición por lo que, al fin, el Gobernador General se decidió a firmar un decreto, a efectos legales, considerándolo como muerto y desaparecido en algún combate contra los insurgentes, con lo cual, ante la buena sociedad habanera, elevaba al Rey del Azúcar a la categoría de héroe rindiendo así un último homenaje al compinche de tantos negocios y correrías.

La misma tarde de la firma del decreto, en prueba de amistad y de los buenos momentos vividos en su compañía, el Gobernador acudió personalmente, acompañado por sus amigos Balboa y Partagás, para entregar a la viuda, con la cual nunca existieron mutuas simpatías, la Gran Cruz del Mérito Militar y testimoniarle su más sentido pésame.

Doña Julia escuchó sin pestañear el memorial de buenas palabras que sobre su desaparecido esposo expresó el Gobernador y que los dos acompañantes suscribían con cabezadas de asentimiento, pero en el fondo era consciente del cúmulo de injusticias, falsedades y mentiras sobre las que se apoyaba la amistad de aquellos personajes.

Al día siguiente, como mandaba la tradición, aparecieron crespones negros en todos los balcones del palacio del Rey del Azúcar anunciando definitivamente el fatal desenlace. Durante las tardes hubo reunión de plañideras contratadas por Adoración, y rezo de los tres rosarios de rigor a cargo de un canónigo. Y el

domingo siguiente, el Cardenal Arzobispo, de negro y oro, ofició en la catedral una solemne misa de réquiem por el eterno descanso de su alma.

La viuda, nunca desconsolada, vistió de luto riguroso esa semana, y el lunes siguiente desapareció toda señal de duelo. Fue como si un soplo de aire milagroso hubiera borrado en un momento la presencia del Rey del Azúcar. Encargó a Napoleón que preparara el quitrín y dedicaba las mañanas a recorrer, en libertad, la espléndida ciudad de La Habana de la que hasta ahora se había sentido prisionera. Acostumbraba a llevar con ella, como dos amigas, sin hacer distinción de color, a Rosinda y Merceditas provocando el escándalo entre las señoras blancas que se cruzaban en su camino. Y por las tardes, encerrada tras los muros de su palacio, del que ahora se sentía dueña y señora, esperaba el milagro de la presencia del Amado para alcanzar la completa felicidad. Y un buen día en que la luna apareció en el cielo a media tarde, recibió por primera vez desde el cuento del azúcar, la visita del doctor Valdés. Quizá por pesar sobre ellos la herencia de una gran tragedia estaban predestinados el uno al otro.

El ferviente admirador de la angelical belleza de doña Julia, conocedor de los desamores del matrimonio, rememoró sus palabras cuando en la primera conversación con don Luis de Villena le dijo: "No solo procuraré restablecer la salud del recién nacido sino que también me ocuparé del desamor de doña Julia". Ahora, al fin, llegaba el momento, tan deseado, de acceder a aquel amor que tanto le turbaba.

Al principio ella no le reconoció; había abandonado sus negros ropajes y el bonete amarillo de Rector de Salamanca y se presentó, muy lindo, montado a caballo, con pantalón de terciopelo azul muy ajustado y una camisa blanca bordada con guarnición de encaje de Brujas. Quizá su noble figura perdió la gravedad de antaño pero conservaba la elegancia en sus maneras y doña Julia quedó doblemente impresionada ante su presencia porque en un abrir y cerrar de

ojos había rejuvenecido veinte años. Por primera vez se dirigió a ella sin mediar palabra y la besó larga y profundamente en la boca. Doña Julia dejó al niño en la cuna y tomándole de la mano le dijo:

- Yo soy para mi Amado, y a mí tienden sus anhelos. Acércate a mí porque ya dan su aroma las mandrágoras y a nuestras puertas están los frutos exquisitos que desde hace tres meses guardo, amado mío, para ti.

Él la rodeó con sus brazos por la cintura y atrayéndola hacia sí le susurró al oído mientras la besaba:

- Esbelto es tu talle como la palmera y son tus senos los racimos. Voy a subir a la palmera para tomarlos. Son tus pechos racimos para mí.

Al llegar a este punto la luz aumentó su intensidad, sonaron músicas de violines y marimbas, volvió a convertirse la habitación en una esfera áurea y se produjo el gozo infinito.

Cuando el doctor Valdés regresó a su casa observó que en la hoja de álamo plateado que amarilleaba entre las páginas del libro se habían borrado los dibujos de Laura Esquivel y las dos cabecitas del niño. Desaparecían así las huellas del pasado y el doloroso paréntesis de su vida en Salamanca.

Comenzó entonces un tiempo apasionado de amores juveniles entre doña Julia y el doctor Valdés. Éste sintió que de nuevo se repetía todo el largo y delicioso proceso de enamoramiento que experimentó con su prima Laura Esquivel. Y ella, no solo logró olvidar las delicias del primer año habanero, sino que volvió a repetir en su inocencia, todas las emociones como si fueran los primeros días de noviazgo y nunca hubiese conocido a don Luis de Villena que ahora, desde la caja de madera de cedro que reposaba sobre la mesa, sonreía gracias al buen trabajo de la Santera de Cienfuegos.

La vida de los enamorados entró en un ritmo apacible lleno de ternuras y felicidad. Todas las tardes el doctor Valdés llegaba puntual al palacio del Rey del

Azúcar y sentándose en la peana donde antaño reposaba la imagen del Corazón de Jesús iniciaba la plática amena mientras doña Julia escuchaba con embeleso las fantásticas historias. Durante aquellos días había comenzado el relato de los cuentos de las Mil y una noches y de los labios sensuales del amado surgían las aventuras amorosas de la princesa Scherezade en el mundo siempre lejano y misterioso de Oriente, hasta que Rosinda anunciaba la hora de la cena.

Cenaban juntos paladeando las exquisiteces que salían de las manos de Adoración, y luego, terminada la cena, subían a las habitaciones del amor, aquellas dependencias cargadas en otro tiempo de horror y de misterio, transformadas ahora, por el buen gusto de doña Julia, en un lugar amable y placentero. En las paredes, pintadas en un ligero siena, colgaba una extensa muestra de los pintores cubanos Patricio Landaluze, Vicente Escobar y Federico Fernández. Eran todas escenas de la vida de la Isla llenas de colorido y encanto rozando la sensualidad. Los muebles cómodos y sencillos con profusión de almohadones, pero sobre todo destacaban grandes maceteros donde crecía con todo su esplendor el álamo plateado. Y allí, en aquel lugar cargado de armonía y belleza con música de marimbas y violines, sucedían toda clase de prodigios y ensoñaciones.

La mulatica Mercedes andaba obsesionada por la hermosa caja de madera de cedro que reposaba sobre la mesa del despacho de don Luis. Ella recordaba perfectamente el día que la trajeron cuando Napoleón anunció:

- Señora, se ha recibido una caja para don Luis.

Y la señora contestó:

- Está bien. Déjala en su despacho para cuando regrese de Villaclara.

Habían transcurrido seis meses; don Luis murió en la guerra y nunca volvió de Villaclara. Desde entonces aquel despacho había permanecido cerrado y olvidado para todo el personal de la casa. Solo Merceditas lo visitaba de vez en cuando y se pasaba horas y horas contemplando y escuchando el tenue jadeo que escapaba de aquella misteriosa caja. Hasta que un buen día se decidió a abrirla.

Temblaba de pies a cabeza mientras desataba la cinta que sujetaba la tapadera, y al destaparla, antes de que pudiera percatarse de lo que había debajo del envoltorio de papel, oyó que le decían:

- Por favor, sácame de aquí.

Apartó el papel y apareció una mata de pelo negro ensortijado; tiró de él y quedó en su mano la cabeza de don Luis de Villena.

Aunque desde el principio, por ser hija de clérigo y tener un sexto sentido, presintió lo que encerraba la caja, no pudo menos de asustarse y con mucho cuidado depositó la cabeza sobre la mesa. Los ojos de don Luis, tras el largo encierro, parpadearon para adaptarse a la claridad y dirigiéndose a Merceditas le ordenó:

- ¡Anda enseguida y que avisen al Gobernador!

La mulatica no se arredró, le miró con una sonrisa de superioridad, tomó una mecedora y se sentó tranquilamente frente a la cabeza sin dejar de balancearse.

- ¿No me has oído? ¡He dicho que avisen al Gobernador!

- Por mí como si queréis decir misa.

- Insensata. ¿Sabes quién soy?

- Sois la cabeza de don Luis de Villena pero ya no tenéis ni brazos ni piernas. Ahora ya no sois nadie.

- ¡Maldita mulata! ¡Obedéceme!

- Será mejor que os calméis, de lo contrario volveré a encerraros dentro de la caja.

Por primera vez el poderoso y orgulloso don Luis compungió el gesto; como por ensalmo se borró su mirada altiva, se suavizó su ceño y comenzó a llorar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y quedaban sobre la mesa formando un lago donde se reflejaba perfectamente su magnífica cabeza.

- ¿Qué vais a hacer de mí? -suspiró-.

Merceditas guardó silencio, siguió balanceándose un buen rato en la mecedora sin apartar los ojos de la cabeza parlante barruntando fantásticos proyectos y, al fin, respondió:

- Os voy a convertir en mi juguete preferido.

Tomó la cabeza y antes que comenzara a lanzar improperios, la colocó en la caja, puso la tapadera, la ató con la cinta y se la llevó a su habitación.

Nadie reparó en la caja de madera de cedro y durante algún tiempo Merceditas la guardó debajo de su cama y todas las noches se dormía oyendo la respiración entrecortada de don Luis.

Un buen día inició sus juegos. Sacó la cabeza y cuando don Luis se puso a vociferar le metió un pañuelo dentro de la boca y lo enmudeció. Luego, con mucha parsimonia, le afeitó cuidadosamente la barba y la cabeza dejándolo completamente irreconocible, solo le respetó una pequeña mata de pelo para poder sujetarlo. Le sacó el pañuelo de la boca y le dijo muy seria:

- Ahora ya podéis decir cuanto queráis. Nadie os reconocerá y os convertiréis en el muñeco de Merceditas la famosa ventrílocua cubana.

Tras la muerte de don Luis, después de la semana oficial de luto, desde que doña Julia decidió la abolición de la esclavitud en su palacio y la adoptó como sobrina, Merceditas gustaba de aventurarse por las habitaciones del segundo piso y, muy pronto, se acostumbró a probar algunas hojas y semillas de

álamo plateado que crecían en enormes macetones alrededor del salón principal. A partir de entonces comenzó a soñar en convertirse en una famosa ventrilocua y recorrer el mundo en una compañía de variedades de las que, alguna vez, había visto anunciadas, en enormes carteles de vivos colores, a las puertas del Gran Teatro de La Habana. Hasta este momento solo había logrado emitir algunas voces sin mover los labios, pero ahora, con esta magnífica cabeza habladora, estaba segura que la gente creería que aquella era su propia voz saliendo de su privilegiado estómago. Se pasaba el tiempo encerrada en su habitación practicando horas y horas y al fin logró dominarla con tanta pericia que, amén de una estricta obediencia a todas sus órdenes, consiguió de la lenquaraz cabeza las más portentosas vibraciones realizando el cuninlingüis del que don Luis fue en vida un consumado maestro.

La primera actuación la realizó Merceditas una tarde en presencia de doña Julia, el doctor Valdés, el Penitenciario y todo el personal de palacio.

La mulatica se presentó espléndida con un precioso vestido de encaje blanco, con falda abullonada y un corpiño rosa tejido con hilo de oro que resaltaba un busto perfecto. Su piel desprendía un brillo de estrellas rutilantes convirtiendo su figura en una aparición.

La concurrencia la observaba perpleja entre sonrisas de aprobación y Merceditas, como una consumada actriz, dispuso con mucha ceremonia un pequeño velador en el centro del salón, depositó sobre él una bolsa de tela negra y habló así:

- Señoras y señores permitid que me presente ante ustedes. Soy la ventrilocua Mercedes y vengo acompañada de mi muñeco Felipón, la cabeza parlante más famosa de las américas que hoy, en honor a esta casa, se mostrará como el auténtico Rey del Azúcar.

Los asistentes se miraron con extrañeza y no pudieron reprimir una exclamación de espanto cuando Merceditas sacó de la bolsa, y puso sobre la mesa del velador, aquella cabeza monda y lironda completamente irreconocible.

- Vamos Felipón díles a estos señores cómo te llamas -ordenó la dulce voz de la mulatica.

- Soy don Luis de Villena -contestó con voz firme y profunda.

Todos los presentes se quedaron maravillados de la perfección con que Merceditas imitaba la voz del desaparecido don Luis y rompieron en un gran aplauso; sobre todo el Penitenciario no cabía en sí de gozo ante el virtuosismo de que hacía gala su queridísima hija.

- ¡Quiero que avisen al Gobernador!

- ¡Silencio Felipón! Si hablas sin ser preguntado te meteré otra vez en el saco. ¿Queréis que lo meta en el saco? -preguntó a los presentes.

- Nooooo.

- Muy bien, le perdonaré por esta vez. Y ahora para que veáis lo listo que es, me va a decir los nombres de todos vosotros. ¿Preparado?

Merceditas tomó un bastón, a modo de puntero, y comenzó a señalar mientras la voz firme y profunda decía:

- Adoración, el ama de llaves. La doncella Rosinda. El doctor Valdés. Vuestro padre el Penitenciario...

- ¿Qué dices? deslenguado.

Le golpeó la cabeza con el bastón y tomándolo por el mechón de cabellos que le había dejado en el centro de la calva, le miró fijamente a los ojos diciéndole:

- A ver. Repite.

- El Penitenciario Fray Ortuño de Ávila.

- Muy bien. ¿Y quien es la hermosa señora que está a su lado?

- Es mi esposa doña Julia Mendoza.

Merceditas volvió a mirar la cabeza con gesto enojado y le reprendió:

- Me parece que te estás tomando muy al pie de la letra el papel de Rey del Azúcar y no eres mas que un muñeco. Vamos, preséntale excusas.

- Perdonadme señora.

- Está bien. Ahora despídete.

Pero la cabeza intentó rebelarse y comenzó a gritar.

- ¡Napoleón! ¡Napoleón! soy yo, tu amo don Luis de Villena. Por favor avisa cuanto antes al Gobernador.

- Este muñeco se ha vuelto loco ¿No crees tú Napo? -preguntó Merceditas.

Napoleón dudó un momento completamente anonadado mirando a la cabeza y al fin balbuceó:

- Sí, sí Merceditas. Pero por poco has logrado convencerme, lo imitas tan bien...

Antes de que la cabeza continuara de nuevo sus protestas, la metió dentro de la bolsa y, mientras la anudaba convenientemente, añadió:

- Respetable público, la función ha terminado. Un aplauso para Felipón.

A partir de entonces Merceditas siguió amaestrando aquella mágica cabeza que, comprendiendo al fin lo inútil de sus protestas, se convirtió en un muñeco fiel y obediente de su ama que cada día, al finalizar el ensayo, le premiaba introduciéndole en la boca un azucarillo antes de guardarlo en la bolsa.

Al mes siguiente, gracias a la recomendación del doctor Valdés, Merceditas comenzó sus actuaciones en un espectáculo de circo y variedades que dirigía su antiguo colega y amigo, el francés, doctor Renné Carpentier, exrector de La Sorbona, y muy pronto, la cabeza de Felipón, bautizado como el Rey del Azúcar, se hizo famosa en La Habana y en toda la isla de Cuba.

Dos meses más tarde, las relaciones artísticas desembocaron en un amor apasionado y, apadrinada por su madre la mondonguera de la casa de Villaclara y

por el doctor Valdés, su padre el Penitenciario, en un ceremonia de mundo ringorrango, la casó en la misma catedral de La Habana con monsieur Carpentier. Y a los pocos días abandonó Cuba para triunfar con su famosa cabeza parlante por las principales capitales de Europa.

Por toda la isla corrían rumores que cada vez eran más las gentes de todo color que constantemente se unían al ejército de Carlos Manuel de Céspedes, y sus victorias sobre las tropas gubernamentales aumentaban de día en día. La táctica de las guerrillas daba buenos resultados y los insurgentes iban avanzando lentamente con el loco propósito de tomar La Habana, lo que supondría el triunfo final de la revolución y la conquista de la tan añorada independencia. Una independencia que Elisabeth Karrantong, la madre de Carlos Manuel, esperaba ver algún día mientras se entretenía en el ingenio de la Damajagua bordando la bandera de la futura república que muy pronto ondearía en el palacio del gobierno. Solo lamentaba que su marido don Manuel de Céspedes no pudiera presenciar el triunfo y la abolición de la esclavitud por la que tanto luchó durante toda su vida.

Pero la victoria final aún estaba muy lejana. La Priora de Villaclara acababa de recibir una carta de su hermano en la que explicaba las enormes dificultades que durante aquellos días atravesaba para iniciar la toma de la ciudad de Manzanillo; una posición clave para asegurar el avance de sus tropas. Sor Manuela leyó con gran interés las angustiosas noticias de su hermano y volvió a sentir en su corazón, el deseo acuciante de acudir a su lado para colaborar en la lucha por la libertad del pueblo oprimido. Era una idea que llevaba dándole

vueltas en su cabeza durante mucho tiempo, pues sentía, con gran desasosiego, que las oraciones eran insuficientes en una lucha tan desigual y tras varios días de ayunos y penitencias, para acertar en tan difícil opción, decidió al fin marchar junto a su hermano.

Una mañana después de los maitines, antes de que la comunidad de las monjas clarisas del convento de Villaclara abandonara la iglesia barroca donde todavía resonaban los ecos del armónium en una atmósfera cargada de incienso, sor Manuela de la Cruz les habló así:

- Todas vosotras conocéis las infrahumanas condiciones en que viven la mayor parte de las gentes de esta isla, y estoy segura de que el Señor misericordioso sufre ante tan lamentable estado de injusticia. Pero gracias a Dios un grupo de libertadores se ha sublevado contra el poder omnímoto que ejerce la corona española. Sí, ya sé que os parecerá duro que yo acuse a España, pero no voy a pedir os que empuñéis las armas; nada más lejos de mí que la violencia. Solo os pido que comprendáis mi actitud y si alguna de vosotras está dispuesta a ayudar a la noble causa de los desvalidos, la invito a que me acompañe.

Acto seguido se acercó el presbiterio, se quitó la toca y la depositó sobre el altar. En aquel preciso instante el casabillo de sor Manuela de la Cruz se puso a sangrar, señal inequívoca de lo acertado de su decisión. Las nueve monjas y las tres novicias que formaban la comunidad permanecieron boquiabiertas ante el ritual prodigioso de su abadesa, luego se miraron entre sí, aspiraron el aroma del incienso y como movidas por un resorte la rodearon postrándose de hinojos ante ella.

Solo una novicia llamada Elena tuvo el valor de repetir el gesto de la Abadesa y desprendiéndose de su toca la depositó sobre el altar y permaneció de pie junto a la superiora. Tras unos minutos de oración, sor Manuela entonó el Veni Creator y una vez finalizado el canto y se hubieron retirado las monjas,

abandonó la iglesia acompañada de la novicia. Las dos mujeres se dirigieron al ala sur del convento, donde tuvieron lugar los prodigios del Corazón de Jesús, para recoger los vestidos que trajo Levítica, con los que pensaban salir del convento sin llamar la atención.

Sor Manuela sabía que las tropas de su hermano estaban acercándose a Manzanillo y que muy pronto comenzaría el asedio de la ciudad: Un asedio que debido a las magníficas murallas que la protegían se presentía difícil y peligroso para los atacantes. Por suerte parecía que Dios había elegido para acompañarla a la persona idónea, pues Elena, una novicia alemana hija de un militar del ejército Austro-Húngaro que ingresó en el convento por imposición de sus padres, tras unas relaciones tempestuosas con un mulato por sus orígenes y procedencia estaba versada en el arte de la guerra y le sería de gran utilidad.

Antes de que cantar el gallo las dos mujeres abandonaron sigilosamente el convento y a través de una ciudad totalmente desierta se dirigieron a la estación para tomar el primer tren a Manzanillo.

Aunque andaban con el susto metido en el cuerpo temiendo ser reconocidas, el jefe de la estación, en la oscuridad de la noche, apenas reparó en aquellas dos mujeres que envueltas en el vapor de la máquina se subieron al tren. Además de los hatillos con los hábitos, por indicación de Elena, llevaban dos grandes garrafas de vino de consagrar y unas cuantas hojas de un pequeño álamo plateado que desde la gloriosa semana, había crecido en el jardín interior del ala sur del convento.

El viaje transcurrió sin contratiempos y desde la ciudad tomaron el camino del ingenio de la Damajagua. Dada su condición de mujeres no tuvieron grandes inconvenientes para llegar teniendo en cuenta que a causa del estado de guerra el Gobernador había promulgado el primer bando de reconcentración en el que se

ordenaba fusilar a todo hombre de más de quince años que se encontrara fuera de los poblados.

La llegada de las dos monjas al ingenio de la Damajagua fue acogida con grandes muestras de júbilo por doña Elisabeth que a su edad ya no pensaba volver a ver a su hija.

- Ésta es una señal inequívoca que la semilla de tu padre también ha florecido en ti -le dijo mientras se fundían en un abrazo.

Aquella noche cenaron los dos hermanos con su madre, acompañados de Elena, rememorando la feliz infancia vivida en el ingenio Libertad. Hablaron también de las vicisitudes que atravesaban los grandes personajes de la isla por la indecisión de algunos a sumarse a las fuerzas rebeldes y al comentar la extraña desaparición del Rey del Azúcar, sor Manuela sentenció:

- Verdaderamente los designios del Señor son inescrutables.

Más tarde, cuando la madre se despidió vencida por el sueño, sor Manuela, la novicia Elena y Carlos Manuel prepararon concienzudamente el plan para la toma de Manzanillo, y la idea que prevaleció fue la de Elena: llegarían las dos mujeres a la ciudad con las garrafas de vino haciéndose pasar por alegres campesinas deseosas de confraternizar con la tropa y, tras instalarse junto a la guarnición que protegía la puerta del este, al anochecer, invitarían a beber a la soldadesca del vino de las garrafas al que previamente habían añadido las hojas machacadas de álamo plateado. Al poco tiempo los soldados quedarían adormecidos, ellas abrirían las puertas y, en el relenco de la noche, el ejército de Carlos Manuel entraría sin dificultad.

A las doce sor Manuela se retiró a descansar y quedaron solos Carlos Manuel y Elena. Desde el primer momento que se vieron hubo una chispa de entendimiento entre ambos y la conversación se prolongó alrededor de unos

vasitos de Oporto. Carlos Manuel jugueteaba con las semilla de álamo plateado que le diera Pepe Antonio antes de morir y Elena preguntó:

- ¿Cómo habéis conseguido esas dos semillas?

- Me las regaló un amigo y me dijo que con ellas podría conseguir cuanto quisiera.

Elena sonrió con coquetería y preguntó:

- ¿Y cuál es vuestro deseo?

- El triunfo de la revolución ión.

- Seguro que con una de esas semillas lo conseguís. ¿Y qué pensáis lograr con la otra?

- A veces pienso que me gustaría parecerme a don Juan.

- ¿Acaso para lograr el amor de una novicia? -preguntó Elena sin dejarle de sonreír.

Se habían apagado todos los ruidos de la casa y una suave brisa movía las hojas de mechoacán que trepaba por las columnas de la galería porticada. Carlos Manuel miró fijamente los ultramarinos ojos de Elena y respondió preguntando:

- ¿Creéis que debe haber algo más dulce que el amor de una novicia?

- No sabría contestaros, y de todos modos sois vos el que tendríais que responder a esa pregunta.

Por extraño que pueda parecer, Carlos Manuel comenzó a sentirse inquieto ante la joven novicia. Aunque muy avezado en el campo de la guerra y el amor, no acertaba a tomar la iniciativa pensando en su madre y en su hermana que dormían en el piso de arriba y permanecía indeciso.

- ¿Me dejáis ver una de esas semillas? -pidió Elena.

Carlos Manuel le entregó una y la novicia la observó atentamente a la luz de la luna. Poco a poco la semilla se tornó transparente y mostró en su interior las figuras de Adán y Eva en el paraíso. Elena la puso entre los dientes y acercó su

boca hacia Carlos Manuel, éste junto sus labios a los de ella y los dos al unísono mordieron la semilla y, al instante, se vieron completamente desnudos inmersos en el esplendor del paraíso. Muy pronto sus cuerpos rodaron abrazados sobre un lecho de pétalos de rosa perfumados y no hubo manzana, ni serpiente, ni Dios castigador. Todo se convirtió en amor y en un deseo apasionado que se prolongó más allá de las tres de la madrugada, hasta que un suave despertar les devolvió a la triste realidad y cada uno, tras jurarse amor eterno, se retiró a sus habitaciones.

Doña Julia deseaba, de corazón, un matrimonio en regla con todas las bendiciones y que el doctor Valdés se convirtiera en su marido para que pudiera intervenir oficialmente en los negocios que conllevaba el título de Rey del Azúcar y al mismo tiempo asegurar una verdadera paternidad para su hijo. Aunque conociendo su personalidad nunca pensó que todas estas cosas pudieran interesarle, la lógica más elemental aconsejaba la conveniencia de un hombre al frente de la gran empresa del azúcar y de un padre para ocuparse de la educación del hijo.

Deseaba llevar estos planes en el máximo secreto y darle una sorpresa a su enamorado, pero necesitaba consejo para iniciar toda la tramitación de documentos y se decidió por el Penitenciario Fray Ortuño de Ávila con la certeza que era la persona en quien mejor podía confiar.

A la semana siguiente los dos solos tomaban el té en un saloncito del palacio. Estaba el ambiente silencioso y la luz se filtraba a través de las cortinas de encaje creando un clima adecuado para la confidencia. Allá en el fondo apenas se oía el piano donde Merceditas, practicaba sus lecciones con una partitura de Listz. Desaparecido don Luis y abolida la esclavitud en aquella casa, Fray Ortuño no dudó en encomendar a su hija a doña Julia y desde entonces la pequeña mulata pasó a ser considerada como una sobrina de la señora.

El Penitenciario mojó una pasta en el té y con el oído puesto en la melodía y sin apartar los ojos de doña Julia no pudo menos de expresarse con toda sinceridad:

- Después de tanto padecimiento convendréis conmigo que la viudez os ha rejuvenecido.

Doña Julia sonrió agradeciendo el cumplido mientras uno de los grandes espejos del salón le devolvía su imagen avalando las palabras del Penitenciario. Dejó la taza vacía sobre la mesilla, se secó los labios con la servilleta de encaje y entró en materia:

- Fray Ortuño, como confesor mío que sois sabréis que...

- No, no. -la atajó el Penitenciario- Yo como confesor no sé nada de vos.

- Está bien. Entonces os diré que deseo formalizar mis relaciones con el doctor Valdés.

- Me parece una idea excelente. Ojalá todos pudiéramos hacer lo mismo -sonrió con un guiño de complicidad mirando a la mulatica Mercedes que, conocedora del voraz apetito de su padre entraba en aquel momento, con la ingravidez que la caracterizaba, llevando otra bandeja de té y pastas.

Cuando Merceditas abandonó la estancia, añadió el Penitenciario:

- No veo al doctor Valdés ejerciendo como Rey del Azúcar pero comprendo que necesitéis un hombre para que se haga cargo de los negocios. Pero sobre todo creo que será un padre excelente para vuestro hijo.

- Ésa es mi principal preocupación y necesitaré vuestra ayuda.

- Sabéis que podéis contar con ella. ¿Queréis que me ocupe de pedir a España todos vuestros papeles?

- Yo no sabría por dónde empezar.

- Escribiré a Sevilla y a Salamanca solicitando vuestros certificados de nacimiento y el de viudedad del doctor Valdés.

- Me gustaría que todo esto no trascendiera para darle una sorpresa.
- Dejadlo todo en mis manos. Y me alegro que hayáis tomado esa decisión.

Al cabo de un mes, Fray Ortuño recibió del arzobispo de Sevilla toda la documentación solicitada a nombre de doña Julia Mendoza. De Salamanca, las noticias tardaron algunas semanas más y, por fin, el vapor-correo de la primera semana de junio trajo un sobre del arzobispado salmantino.

Fray Ortuño calentó la hoja de una antigua gumía que le servía de abrecartas y desprendió los sellos de lacre con el escudo episcopal. Extrajo el pliego y leyó atentamente:

*Reverendísimo señor Penitenciario:*

*Recibimos en su día vuestra carta con la petición del certificado de nacimiento y el de viudedad del doctor Laureano Valdés de Quirós que según decíais fue rector de esta universidad.*

*En primer lugar he de comunicaros que en los veinte años que llevo al frente de esta diócesis no he conocido a ningún rector apellidado Valdés. No obstante hemos revisado concienzudamente los archivos parroquiales de toda la ciudad y tampoco figura ningún nacido, por las fechas que indicáis, llamado Laureano Valdés de Quirós.*

*Os adjunto el certificado de defunción de Laura Esquivel Fernández, aunque no creo que pueda seros de mucha utilidad pues la difunta falleció hace doce años siendo novicia en el convento de las úrsulas de esta ciudad.*

*Quedo a vuestra entera disposición para cuanto necesitéis de los archivos de esta diócesis.*

Fray Ortuño se quedó perplejo sin acertar a comprender nada. Se sirvió un vaso de ron, encendió un veguero y volvió a leer la carta de Salamanca. La leyó cinco veces, luego tomó una cerilla y le prendió fuego.

# **GLOSARIO DE VOCES CUBANAS**

usadas en este libro

Procedentes del "DICCIONARIO PROVINCIAL DE  
VOCES CUBANAS" De Don Esteban Pichardo (Tercera  
edición notablemente aumentada y corregida)  
Habana. Imprenta del Gobierno. Capitanía General y Real  
Hacienda por S.M. 1861

**afilorado.** Arreglado con esmero

**afuetar.** Castigar con el fute

**aguachinangado.** Amanerado

**agualoja.** Bebida de agua y miel

**alfajor.** Dulce seco de raíz de yuca

**almacigado.** Color de caballería

**apolismar.** Magullar

**aterrillarse.** Enfermarse

**bacinica.** Orinal

**behique.** Sacerdote hechicero

**bienmesabe.** Dulce de huevo y almendra

**bitongo.** Niño mimado

**bolanchera.** Baile de hombres y mujeres en rueda

**bozal.** Negro recientemente llegado de su país

**briche.** Negro de frente prominente

**brincamo.** Negro natural de su comarca.

**cabuya.** Cinta

**cacuja.** Nata sobre la leche

**cafiroleta.** Dulce de moniato y coco

**caguayo.** Lagartija

**calambuco.** Que se dedica a cosas de iglesia

**calimba.** Hierro para marcar animales

**cantua.** Dulce de moniato

**casabillo.** Verruga

**cascambruca.** Pendencia

**cascarana.** Hoyitos que deja la viruela

**cocoyé.** Baile de negros

**cogotudo.** Persona de mucho carácter, altanera

**cojatillo.** Gengibre

**cojiba.** Planta de tabaco

**cubainicu.** Hierba medicinal para las llagas

**cujito.** Persona muy delgada

**cundeamor.** Enredadera de bello colorido

**cuquear.** Provocar

**cusube.** Dulce seco de harina

**cuarteron-a.** Hijo de mulata

**chapapote.** Petróleo

**chayote.** Fruta para ensaladas

**chinchal.** Casita de madera

**chinchín.** Llovizna sutil.

**chispoleta.** Mujer alegre

**chiqueo.** Mimo, arrullo

**desainar.** Enfermarse por la mucha efusión seminal

**encuerudo.** Desnudo

**engolillarse.** Emtromparse

**engrincharse.** Enfadarse

**escarranchar.** Abrir las piernas

**facistol.** Personaje afectado

**fletarse.** Irse

**frangollo.** Dulce de plátano

**fuete.** Látigo

**fucanga.** Bebida

**galuchar.** Galopar

**gallaruza.** Mujer desenvuelta

**gapalear.** Hacer movimientos desesperados

**gloriar.** Echar licor en el café

**guabairo.** Ave nocturna que caza insectos

**guabico.** Árbol de muchas y torcidas ramas

**guaiboso.** Persona propensa a quejarse

**guajamón.** Caballo bayo de crin blanca

**guajiro.** Campesino

**guanajada.** Sandez, necesidad

**guangara.** Bulla, algaraza

**guarandol.** Género de hilo tejido

**guarapo.** Caldo de la caña

**guarda raya.** Espacio entre los cañaverales

**guasabala.** Rana

**guasasa.** Mosca

**guatacudo.** De orejas grandes

**humatán.** Borracho

**huyuyo.** Huraño

**jaba.** Saco

**jabuco.** Canasto

**jalfnajalf.** Ebrio

**jangada.** Desacuerdo, necesidad

**jayabacana.** Árbol espinoso que florece en diciembre

**jerimequear.** Sollozar

**jubito.** Hombre pequeño y delgado

**ladino.** Negro instruido

**lambarear.** Vagar, deambular

**lepero.** Persona entendida

**lipidioso.** Alborotador

**mabinga.** Excremento animal

**mabuya.** El diablo

**machango.** Con aspecto de mono

**majaderear.** Molestar

**manguindo.** Holgazán

**manicato.** Esforzado, de gran ánimo

**marabú.** Hierba dañina para la caña

**marimba.** Instrumento musical

**maruga.** Maraca

**matrero.** Astuto, sagaz.

**mechoacán.** Campanilla silvestre

**mondonguera.** Sirvienta negra

**moringa.** Fantasma para asustar a los niños

**muerteria.** Funeraria

**muleque.** Niño negro

**nangado.** De piernas débiles

**negrada.** Conjunto de esclavos negros

**papito.** Diminutivo de coño

**patojo.** Que anda con los pies hacia dentro

**patuleco.** Zambo

**pechicato.** Miserable, cicatero

**pejibaye.** Palma de frutos comestibles

**piche.** Miedo

**quitrín.** Carruaje

**rebumbio.** Confusión, desorden

**refistolero.** Presumido

**rengue.** Tela para vestido

**ribota.** Broma

**ruan.** Tela para sábanas

**rumbantela.** Serenata nocturna

**sabichoso.** Que sabe mucho

**sacateca.** Sepulturero

**sambeque.** Bulla, ruido

**sambumbia.** Bebida hecha de miel, caña y agua

**sandunga.** Gracia

**sasafrás.** Árbol de veinte pies de alto y hojas dentadas y olorosas

**sayuela.** Batín sobre el camión

**semicupio.** Bañera de hojalata

**serventía.** Camino estrecho

**silesia.** Tela de hilo

**sinsontillo.** Pájaro pequeño

**soberao.** Desván

**songa.** Ironía

**tamal.** Pastel

**tarimera.** Alcahueta

**tocolotear.** Barajar el naipe

**torombolo.** Obeso

**tumbadero.** Especia de madero para apoyarse los esclavos cuando son azotados

**yaguasa.** Pato silbador

**yerbilla.** Tela de algodón

**zumbarse.** Marcharse